

ANGELES Y DEMONIOS

Textos de Georges Huber

LOS ANGELES	3
INTRODUCCIÓN	3
UN DILEMA	5
TESTIMONIOS Y CONFIDENCIAS	7
«Un bellissimo secreto»	7
Un cierto trato familiar	8
«Converso con él a menudo»	9
Conversar con el Ángel de los otros	10
Asociados al gobierno divino	11
A LO LARGO DE LA BIBLIA Y DE LA LITURGIA	13
Muriendo de sed en el desierto	13
Lo tomaron de la mano	14
Vieron aparecer un caballero	16
Reconquistar una tierra invadida	17
Si no se tuviera en cuenta la energía atómica	18
AQUÍ ABAJO NO SABREMOS NUNCA	19
Reflexiones de astronautas	19
Pasado de moda	20
Espantosamente amanerados	21
¿La química sustituye a la oración?	21
Sin elevarse a la atmósfera	22
Dar caza a los ángeles	23
GRIETAS Y EMBOSCADAS	25
Apenas si se osa hablar del demonio	26
Un papel providencial	27
Satán se disfraza	28
«Monsieur Vincent» pone en guardia	29
Dos bandos invisibles	29
«Tenemos con nosotros más aliados que ellos»	30
El príncipe de la mentira	31
Nunca ha dejado de engañar	32
EN TODAS TUS IDAS Y VENIDAS	32
Custodia de los ángeles y salvación de los no cristianos	33
«Pisarás sobre áspides y víboras»	34
Dios mantiene sus promesas	35
¿Rebajar a Dios o elevar a los hombres?	35
Una posición estratégica	36
Una súbita extensión de inteligencia	37
Su proximidad nos fortalece	37
Al modo como las gotas de agua impregnan una esponja	38
«Diríjase usted a su Ángel de la Guarda»	39
Para esparcir lo que rebosa	40
La fuente y el canal	41
No sólo cerca de nosotros, sino en nosotros	41
Nada que pueda desconcertar al que cree	42
Ni huelgas ni vacaciones	43
Todo hombre y a todo hombre	43
Su presencia en el culto de los hombres a Dios	44
Les presta sus alas	46
VEN SIN CESAR LO INVISIBLE	47
¿Tristeza de los ángeles?	47
¿Indiferencia o sabiduría?	48
El ángel sabía	49
«Verás que todo estaba bien»	50
Armonía perfecta	51
Unidad y fecundidad	52
Nunca está más activa	53
SENTADA A SU PUERTA	54

«Si escuchas su voz... »	54
«Tus oraciones me han hecho venir».....	55
Merecen que los ángeles les sirvan	56
Para que el sol pueda entrar.....	56
« Una nada rodeada por Dios».....	57
PERSPECTIVAS DE FUTURO	59
Decadencia y expansión.....	60
Presencia amiga en la soledad.....	60
Como los rayos X	61
El desierto florece	62
«Vivimos con los ángeles»	63
Maquinistas escondidos del cosmos	64
Para ver las estrellas.....	66
LOS DEMONIOS	67
LA CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO	67
Una de las grandes necesidades de la Iglesia contemporánea.....	67
Lagunas en la teología y en la catequesis	68
El enemigo desenmascarado.....	68
Las instituciones, instrumento de Satanás.....	69
Un terreno minado	70
Es una obra buena armarles	70
PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA	71
La Providencia utiliza la malicia de los demonios.....	71
María enfrentada a la serpiente	72
Las dos ciudades.....	73
EL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO	73
¿Dos divinidades rivales?	74
Caen bajo el dominio de Satanás	74
Es un rasgo característico de los impíos.....	75
UN INSTRUMENTO EN LAS MANOS DE DIOS	75
Un camino más rápido	75
... un signo de reprobación.....	76
Como con los ojos de Dios	76
Parece que la quiere destrozar.....	77
LA TÁCTICA DEL DIABLO: PASAR INADVERTIDO	78
El orgullo conduce a la ruina	78
El Vaticano II y las amenazas de Satanás.....	78
San Juan de la Cruz: comparaciones sacadas del arte militar	79
SUS PRESAS PREFERIDAS	79
Algunos indicios reveladores.....	80
COMO PERRO SUJETO POR UNA CADENA	81
¡Hacedlo de prisa!.....	82
Puede ladrar, pero no morder.....	82
BAJO LAS APARIENCIAS DE UN ÁNGEL DE LUZ	83
Bajo el pretexto de la humildad	83
Conducir al activismo	83
El más difícil de descubrir	84
EL MECANISMO DE LA TENTACIÓN	84
Satanás en nuestra vida cotidiana	85
Sólo Dios puede embriagar a Satanás.....	86
La mayor parte de los males penetran por ahí	86
Su influencia se expande como un gas deletéreo	87
UN ANTÍDOTO	87
A disposición de todos.....	88
DIOS UTILIZA LA MALICIA DE LOS DEMONIOS	88
Benefactores a pesar suyo.....	89
SOMOS MÁS FUERTES	89
CRISTO VENCEDOR DE SATANÁS	89
Un lugar colateral	90
Está en juego nuestro destino.....	90
El enemigo más temible.....	90
Estos transmisores de la gracia	91
La alegría espiritual, antídoto soberano	91

LA LUCHA DE LOS SANTOS CONTRA EL DIABLO.....	92
El demonio me inspiraba.....	92
Renunciar a su proyecto y hacer como todo el mundo	93
Como por encanto.....	93
No lo habría creído jamás	93
Los ángeles de luz vencen a los ángeles de las tinieblas.....	94

LOS ANGELES

INTRODUCCIÓN

«¿Qué es mejor, dime: hablar del vecino y de sus asuntos, husmearlo todo, o conversar sobre los ángeles y sobre cosas que pueden enriquecernos?»

SAN JUAN CRISÓSTOMO

Son sus ángeles. «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria con todos sus ángeles...» (Mt 25, 31). Son suyos por vía de creación. Al principio, antes de que el hombre apareciera, antes de que el universo fuera habitable, fueron por Él suscitados de la nada: «En Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, todo fue creado por Él y en atención a Él» (Col 1,16). Pero después serán sus ángeles por un nuevo título, que nos toca de cerca, cuando el Hijo único, que está en el seno del Padre, habiendo decidido abajarse hasta hacerse el Hijo del hombre, hará de ellos los heraldos de su designio de redención: «¿No son todos ellos unos espíritus, que hacen el oficio de servidores, enviados para ejercer su ministerio en favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hb 1, 14).

Anuncian este misterio de salvación primero desde lejos, sin poder todavía sondear su abismo. Bajo la economía de la Ley de la naturaleza son ellos quienes cierran el paraíso terrestre (Gn 3, 24), protegen a Lot (Gn 19), salvan a Agar y a su hijo en el desierto (Gn 21, 17), detienen la mano de Abraham levantada contra su hijo Isaac (Gn 22, 11), etc. Bajo la economía de la Ley mosaica, la Ley misma es comunicada por medio de su ministerio (Hch 7, 53; Ga 3, 19; Hb 2, 2), asisten a Elías (1 R 19, 5), Isaías (6, 6), Ezequiel (40, 2), Daniel (7, 16), etcétera. Ya al final, es un ángel el que predice a Zacarías el nacimiento del Precursor y quien anuncia a la Virgen de Nazaret «que ha encontrado gracia a los ojos de Dios, y que la virtud del Altísimo la cubrirá con su gloria».

Los ángeles están entonces a la espera de la Encarnación, pero ¿quién puede expresar su asombro en el instante en el que introduciendo a su Primogénito en el mundo, Dios dice: «que todos los ángeles le adoren»? (Hb, 1, 6). Cuando la Virgen de la Anunciación pronuncia su Fiat hay ciertamente algo nuevo en la tierra y en el desarrollo de la historia humana: poco a poco Isabel, Simeón, los pastores, los magos lo comprenderán. Pero en ese mismo instante el universo entero de los ángeles se iluminó, Cristo brilla en su cielo incomparablemente más que la estrella en el cielo de los magos, y son los ángeles quienes comienzan en la patria, en honor del Verbo encarnado, la acción de gracias que irá repercutiendo a lo largo de los días de nuestro exilio: Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14).

A partir de ese momento los vemos colocados bajo la irradiación inmediata de la Humanidad de Jesús, con la que en cierta medida están connaturalizados. Pueden entrar más íntimamente a servirle en el designio de su obra redentora. Protegen su infancia (Mt 1, 20), evangelizan a los pastores (Lc 2, 18), guían la huida a Egipto, se acercan a Jesús después de las tentaciones para servirle (Mt 4, 11), se alegran por la conversión de un solo pecador (Lc 15, 10), se indignan por el escándalo causado a la infancia: «Guardaos de despreciar a uno solo de estos pequeños; yo os digo que sus ángeles en los cielos están viendo continuamente el rostro de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 18, 10); palabra inmortal que asocia para siempre, en la memoria de los hombres, la inocencia del niño y la pureza del ángel. Con el espíritu de Cristo es como les es dado acompañar a Cristo. «Su aparición es siempre la señal de una intervención directa y decisiva de Dios, que en ese momento ya no deja que los acontecimientos sigan su curso, sino que a través de los ángeles

toma milagrosamente las cosas en la mano. Igual que en la Antigua Alianza fueron los instrumentos de Yahvé para conducir a su pueblo, llamar a sus servidores, revelarse a sus profetas, ahora toman parte en los acontecimientos de la vida de Jesucristo. Su papel está particularmente señalado en los relatos de su nacimiento, de su resurrección, igual que en las escenas en donde vemos a Jesucristo disputar las batallas decisivas del reino (tentaciones en el desierto, agonía en Getsemaní)... Asimismo, en el libro de los Hechos toman parte activa en el progreso del Evangelio, y ponen así de manifiesto la continuidad esencial existente entre el testimonio de los apóstoles y el ministerio terrestre de Jesucristo».

La noche en que fue traicionado, una sola señal de Jesús les hubiera hecho venir: «¿Crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición al punto más de doce legiones de ángeles?» (Mt 26, 53). Al final, «el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su Reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad» (Mt 13,41).

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6, 10). Primero la voluntad de Dios se cumple en el cielo, después viene al encuentro de la tierra. Se comunica de las criaturas invisibles a las criaturas visibles. Concede a las primeras el poder y la alegría de socorrer a las segundas, a los ángeles el descender hasta el hombre y hasta los lugares que éstos habitan. «¿No son todos ellos... enviados para ejercer su ministerio en favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hb 1,14).

Siguiendo un pensamiento de Atenágoras y de Orígenes, San Agustín escribirá: «A los ángeles celestiales, que poseen a Dios en la humildad y le sirven en la bienaventuranza, está sometida toda la naturaleza corporal y toda vida racional». Vemos que el cristianismo ha sustituido la concepción antigua de un cosmos cerrado en sí mismo -que es lo que le critica Santo Tomás a Aristóteles- por la concepción de un cosmos abierto a los acontecimientos de voluntad, a las libres intervenciones de los ángeles y de los hombres que, simplemente haciendo jugar las interferencias causales, sin atentar en lo más mínimo contra las leyes del universo ni su determinismo, suspenden o modifican su efecto en un caso particular. Sin limitarse a pensar en las intervenciones claramente milagrosas, que pueden ser obra de los ángeles, Santo Tomás afirma que ejercen un dominio inmediato, *immediatam praesidentiam* sobre las naturalezas inferiores. Añadamos que los descubrimientos de la física nuclear vienen a ensanchar estos horizontes; estos descubrimientos nos adentran en un mundo que sigue siendo el de la materia, pero en el que la materia, en razón de su indeterminación con respecto a nuestras medidas, se sitúa en una relación de conveniencia y de afinidad con lo invisible de las mociones angélicas, participando así, en cierto modo, de la invisibilidad del espíritu.

Jamás cesa Jesús de hablarnos de sus ángeles. El alma humana, sin ser un espíritu puro, es un espíritu. Abierta en su parte inferior a la acción de las realidades corporales, está abierta por su parte superior a la visita de los ángeles. En la vida silenciosa y preconsciente de nuestra inteligencia, los ángeles pueden sembrar sugerencias que, atravesando el umbral de la conciencia clara, ejercerán su influencia concreta sobre las vacilaciones y las orientaciones de nuestra existencia cotidiana. En un primer grado -es el caso más corriente-, de una manera muy concreta, pues lo que ocurre en la conciencia no lleva nada en sí que acuse ni siquiera un poco su origen. ¿Es natural o sobrenatural? Imposible decirlo. «¿Qué podemos concluir, sino que con frecuencia tomamos por inspiración natural lo que en realidad viene de arriba?... Cuando tenemos una inspiración repentina puede ciertamente tener un origen simplemente natural. Pero es probable que, con mayor frecuencia de lo que creemos, nos haya sido soplada al oído por nuestro Ángel de la Guarda».

En un segundo grado, «la iluminación y la inspiración recibidas tienen mucha mayor fuerza. En estos casos llevan como una marca experimentada, pero inefable, que las distingue de un proceso puramente natural. La luz que ilumina el alma es diferente. Y entonces, cuando el rayo de la luz profética tiene suficiente fuerza, el alma, con auténtica certeza, añade fe a lo que le ha sido mostrado en esa inspiración, particularmente (pero no necesariamente) cuando ésta responde a una petición hecha con un ardiente espíritu de fe y forma un todo con una larga experiencia de vida de oración». En un tercer grado, la luz profética experimentada llevará como la firma del espíritu bienaventurado (ángel o alma glorificada) de la que proviene: Juana de Arco reconocía sus voces.

«Y les dijo: en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Jn 1, 51). Los exégetas comentan esto muy brevemente. San Agustín meditó mucho sobre el sentido misterioso de estas palabras. Fueron dichas discretamente a Natanael, en quien Jesús acababa de reconocer «un verdadero israelita, un hombre sin doblez» (1, 47). Se necesita un corazón como el de Jacob, a quien el ángel pondrá por nombre Israel (Gn 32, 29), para comprender el sueño de Betel (28, 10-19); se necesita un corazón puro para ver a los ángeles. Pero, como tantas otras palabras de Jesús, éstas se dirigen, más allá de los oyentes contemporáneos, a la profundidad de los tiempos. Ésta es la pregunta de San Agustín: ¿Cómo los ángeles de Dios pueden «subir y bajar sobre el Hijo del Hombre»? Ahora Él reina en lo alto, en el cielo de su gloria, a la derecha del Padre. ¿Cómo puede estar al mismo

tiempo abajo, para que los ángeles desciendan sobre El? Sólo Jesús puede responder a semejante pregunta. Lo ha hecho, dice San Agustín, en el camino de Damasco. De una luz venida del cielo parte la voz: « Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch 9, 4). El mismo Jesús es a la vez el que está arriba y abajo. Está arriba en el cielo para iluminar e interpelar. Está abajo en la tierra para ser perseguido, en su Iglesia, que es su Cuerpo (Ef 1, 23). Entre este arriba y este abajo los ángeles siguen subiendo y bajando hasta el tiempo de la Parusía.

UN DILEMA

Aparecieron hace algún tiempo dos obras, inspiradas una y otra por la solicitud de las Iglesias para poner remedio a la actual crisis de fe: *¿Qué hay que creer?*, del Cardenal G. M. Garrone, antiguo Arzobispo de Toulouse y *Lo que no creo*, del Rev. John A. T. Robinson, antiguo Obispo anglicano de Woolwich, actualmente profesor de la Universidad de Cambridge.

Ambos prelados tratan el problema de los ángeles.

«Es demasiado poco decir que los ángeles ya no están de moda, escribe el Cardenal Garrone. Se prefiere no pensar en ello, por miedo a encontrarse ante este caso de conciencia dificultoso e insoluble: o bien afirmar con la Iglesia la existencia de estos seres misteriosos y verse así desagradablemente incluido entre los ingenuos y retrasados, o bien pronunciarse abiertamente en contra y situarse, no menos desagradablemente, en desacuerdo con la fe de la Iglesia y el sentido evidente del Evangelio. Resultado: abstenerse.» «Éste es el estado de espíritu y la opción de la gran mayoría.»

A uno y otro lado de este centro abstencionista, hoy mayoritario, el Cardenal Garrone señala dos grupos.

El primero está formado por hombres «que han aprendido a superar sus escrúpulos» y que con frecuencia se ven contados entre los espíritus fuertes e inteligentes.

El segundo comprende a «lo que queda de buen pueblo, que sigue pensando con la Iglesia, escucha el Evangelio tal como es, y reza con confianza» a estos invisibles compañeros de camino que Dios nos ha dado.

John A. T. Robinson empieza su capítulo sobre los ángeles evocando un artículo del *New Christian*, el «enfant terrible del periodismo cristiano en Gran Bretaña». Este periódico estima que ya es hora de que los ángeles se vayan: «Si desaparecen de los sermones, de las lecciones de Catecismo y de la liturgia, será ciertamente un beneficio».

John A. T. Robinson comparte ampliamente los puntos de vista del enfant terrible: «Si queremos ser sinceros, es preciso confesar que en el fondo todos somos del mismo parecer (que el *New Christian*); pues, a los ojos de la mayor parte de la gente, los ángeles no son más que otro añadido a la envoltura de imaginación y de irrealidad que reviste el Evangelio. Lejos de hacer que la fe sea más real, no se puede discutir que no consiguen sino separarla de toda realidad haciéndola todavía más lejana y más evanescente. Pienso que no es posible negar esto».

Hechas estas precisiones, el autor de *Lo que yo no creo*, concluye: «Así pues, en la medida en que se toma a las gentes tal y como son, y en que se trata de hacerles comprender la fe cristiana a partir de lo que les parece verdadero, estoy de acuerdo con el *New Christian*».

Ante estas divergencias de puntos de vista, ¿cuál deberá ser la actitud del católico? Poniendo su confianza en la enseñanza tradicional de la Iglesia, intérprete del Evangelio, ¿seguirá creyendo en la existencia de estos invisibles compañeros de camino? ¿Contarán, en su vida cristiana, con su presencia activa?

O bien, tomando como criterio de la verdad revelada lo que aparece verosímil al común de las gentes de hoy, ¿preferirá el fiel cristiano ver a los ángeles barridos de los sermones, de los catecismos, de la liturgia? ¿Se conducirá como si los ángeles fueran seres tan irreales como las hadas y tan inexistentes como Papá Noel?

Para dar una primera respuesta a estas cuestiones controvertidas, interrogaremos a la enseñanza y a la conducta de Papas modernos: Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI.

¿No es misión de los Sumos Pontífices confirmar en la fe a pastores y a fieles, y construir la Iglesia con su ejemplo y con su palabra? Entre las voces vivas de nuestro tiempo ¿no son para los católicos los intérpretes más auténticos de la doctrina cristiana?

La respuesta de los Papas nos dirá si podemos en buena conciencia unirnos a la masa de quienes niegan la existencia de los ángeles, o si no tenemos, más bien, que felicitarnos por pertenecer a ese

«resto de buen pueblo» que, aunque débil numéricamente, cree todavía con la Iglesia que los ángeles existen y que nos custodian.

TESTIMONIOS Y CONFIDENCIAS

El Papa Pío XI confió a un grupo de visitantes que, al comienzo y al final de cada una de sus jornadas, invocaba a su Ángel Custodio. Añadió que al hilo de las horas renovaba con frecuencia esta oración, especialmente cuando las cosas se complicaban, lo cual sucede con frecuencia en las ocupaciones del Papa.

«Nos importa manifestar esto, también por un deber de agradecimiento -continuó Pío XI-: Nos hemos visto siempre maravillosamente asistidos por nuestro Ángel de la Guarda. Muy a menudo sentimos que está ahí cercano, dispuesto a ayudarnos.»

Recordando las palabras de San Bernardo sobre nuestros deberes de respeto, de amor y de confianza para con nuestros Ángeles Custodios -exhortaciones que la Iglesia ha incluido en la liturgia-, Pío XI reveló a su auditorio que, siendo joven, tuvo la dicha de atender y captar bien los consejos del santo Doctor. Se imprimieron profundamente en su corazón. Al desarrollar en él la devoción del Ángel Custodio, «contribuyeron a todo lo bueno que el Papa había podido hacer durante su vida».

Semejantes confidencias serán una sorpresa para quienes no creen. Incluso podrán extrañar a ciertos fieles. Que Pío XI, que denunció a Stalin y a sus persecuciones en Rusia, que le hizo frente a Hitler y resistió a Mussolini, que este Papa, cuya fortaleza inquebrantable trae a nuestra cabeza el valor de un Gregorio VII, contase hasta tal punto con la asistencia de su Ángel de la Guarda y que lo invocase a menudo a lo largo del día ¿quién podría pensarlo? ¿Quién lo hubiera creído, si el mismo Pío XI no lo hubiera manifestado en un discurso público?.

Igual que él recurría con frecuencia al compañero invisible enviado por Dios para custodiarlo en todas su idas y venidas, Pío XI recomendaba a menudo esta devoción especialmente a cierta clase de visitantes y de fieles, como los representantes diplomáticos de la Santa Sede, los misioneros, los educadores y los boys scouts. «Recomendamos siempre esta devoción a quienes van en vanguardia. Con frecuencia se encuentran abandonados a sus propias fuerzas. Que no olviden entonces que tienen un guía celestial, que recuerden que el ángel de Dios vela realmente sobre ellos. Este pensamiento les dará valor y confianza».

«Un bellissimo secreto»

Juan XXIII reveló cómo Pío XI recomendaba a los representantes de la Santa Sede la devoción a los Ángeles Custodios. Nombrado en marzo de 1925 Visitador Apostólico en Bulgaria y, nueve años más tarde, Delegado Apostólico en Turquía y en Grecia, Mons. Angelo Roncalli residía en países donde los católicos eran minoría. El espíritu ecuménico aún no estaba tan a lo vivo, y la Santa Sede no tenía entonces el prestigio de que hoy goza en esas regiones. La misión de Mons. Roncalli era de las más delicadas.

Con ocasión de una de sus visitas al Vaticano, Mons. Roncalli oyó cómo Pío XI le confiaba «un bellissimo secreto» para facilitarle su misión en los Balcanes: el recurso y la presencia activa de los ángeles. «Fuente de perenne alegría para sus protegidos, esta presencia -explicaba Pío XI a su futuro sucesor- allana las dificultades y disipa las oposiciones. Cuando tengamos que hablar con una persona de difícil acceso para nuestras argumentaciones, y con la que, por consiguiente, nuestra conversación deberá tener un tono más persuasivo, recurrimos a nuestro Ángel Custodio. Le encomendamos el asunto. Le pedimos que intervenga cerca del Ángel Custodio de la persona con la que tenemos que vernos. Una vez establecido el entendimiento entre los dos Ángeles, la conversación del Papa con su visitante es mucho más fácil».

Los antiguos secretarios particulares de Pío XI han revelado otros detalles del trato familiar del gran Papa con los ángeles.

Esto, por ejemplo, escribe -acerca de quienes él llama «los ayuda de campo» del Papa el Cardenal Carlo Confalonieri, Prefecto de la Congregación para los Obispos, antiguo Secretario del Papa Pío XI:

«Pío XI tenía una gran devoción a los Ángeles Custodios. Primero al suyo, después a los ángeles que él sabía estaban al frente de los cargos eclesiásticos y de las circunscripciones territoriales.

»¿Tenía que llevar a cabo una misión delicada? Pedía a su Ángel que le facilitara el camino y que dispusiera favorablemente el ánimo de las personas con quienes debía tratar. Es más, en circunstancias particularmente difíciles, invocaba también al Ángel Custodio de su interlocutor, le pedía que iluminara e infundiera sosiego a su protegido.

»Cuando entró en la diócesis de Milán, de donde había sido nombrado arzobispo por Benedicto XV en 1921, Mons. Ratti se arrodilló para besar la tierra que el Señor le confiaba e invocó la protección del ángel de la diócesis. Igual hizo -en cuanto pudo- a su llegada a Polonia como Visitador Apostólico».

Su secretario, E. Pellegrinetti, después Nuncio en Yugoslavia y Cardenal, contó un episodio que revelaba la confianza de Pío XI en la asistencia de los ángeles. Era el verano de 1918, pocos meses antes del final de la Primera Guerra Mundial. El ejército alemán ocupaba una parte de Polonia. Recién llegado a orillas del Vístula, el enviado del Papa Benedicto XV hizo, el 24 de junio, una visita al gobernador general de Varsovia, el general Von Beseler, el famoso vencedor de Anvers y Modelin. Según tenía costumbre en vísperas de cada reunión delicada, Monseñor Ratti se encomendó con fervor a Nuestra Señora del Buen Consejo y al Ángel Custodio de su difícil interlocutor: por su nacionalidad, Mons. Ratti pertenecía a una nación enemiga de Alemania; tenía que ponerse delante de un alto personaje sin poder apoyarse en argumentos políticos ni militares.

Los acontecimientos dieron la razón a la confianza del Visitador Apostólico. Efectivamente, en su conversación con el general alemán, Mons. Ratti -según relata Pellegrinetti, testigo de la entrevista- adoptó tal actitud de sinceridad, utilizó expresiones tan mesuradas y pertinentes, puso en su voz tanta gravedad y suavidad insinuante, que acabó por ganarse el respeto de su marcial interlocutor. Si bien es cierto que el enviado de Benedicto XV no obtuvo todo lo que se proponía del gobernador general de Varsovia, al menos consiguió disipar prevenciones, atenuar obstáculos y arrancó promesas. Ya era mucho.

Estas experiencias dejan huella en un hombre. Así, una vez Papa, el antiguo Visitador Apostólico, cuando despedía a un Prelado encargado de una misión, le dirigía habitualmente las palabras de la liturgia: «Que el Señor esté en tu camino y que su ángel te acompañe» (Dom Benoit SICARD, de la Trapa de SeptFons, señala con cuánto éxito San Pedro Canisio recurría a la cooperación de los ángeles en sus misiones diplomáticas: «En el confesonario, en el púlpito, en sus viajes, en las diversas misiones que la Santa Sede le confió siempre se dirigía a su Ángel de la Guarda y se confiaba a él: y caso prácticamente único en la historia de una vida de más de setenta y dos años, siempre llevó a buen fin las tareas que emprendía».)

Un cierto trato familiar

También Pío XII habló del papel de los ángeles en la vida cristiana, aunque sin abandonarse a las confidencias de su predecesor Pío XI y de su sucesor Juan XXIII.

De Pío XII poseemos dos textos sobre los ángeles: una mención breve, pero importante, en una Encíclica, y una alocución pronunciada pocos días antes de su muerte.

La Encíclica *Humani generis*, aparecida durante el Año Santo de 1950, indicaba a los Obispos determinados «errores que amenazaban con arruinar los fundamentos de la doctrina católica». Entre las opiniones falsas, Pío XII denunciaba los puntos de vista de ciertos teólogos «que se preguntan si los ángeles son criaturas personales».

Denunciar este error en un documento solemne del magisterio, era afirmar implícitamente que los ángeles son en verdad criaturas personales. Era reafirmar la existencia de los ángeles, frente a quienes la discuten, reducen los ángeles a mitos, hacen de ellos «volátiles celestiales» o entidades vaporosas.

La alocución dirigida el 3 de octubre de 1958 por Pío XII a setecientos peregrinos americanos es una verdadera joya de teología pastoral. Es corta, pero densa de doctrina y rica en aplicaciones prácticas. El llamado «Pastor Angélico» exhorta a los fieles a mantener un cierto trato familiar con los Ángeles Custodios.

Siguiendo su método pastoral, Pío XII arranca de las cosas de la tierra para elevar gradualmente a sus oyentes hacia las realidades del cielo. Después de haber evocado las bellezas del mundo visible -el mar, el cielo estrellado- admirados por los peregrinos del otro lado del Océano durante su viaje, el Papa les recuerda «que existe también otro mundo, un mundo invisible, pero tan real» como el nuestro. Este mundo invisible que nos rodea está poblado de ángeles. «Estaban en las ciudades que habéis visitado..., eran vuestros compañeros de viaje. »

Y el Papa, inspirándose en la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en la liturgia, puntualiza el papel de los Ángeles Custodios en sus vidas: «¿No dijo Cristo, hablando a los niños, que tan queridos fueron por su Corazón puro y amante: ¿Sus ángeles en el cielo están siempre mirando el rostro de mi Padre que está en los cielos? (Mt 18, 10). Cuando los niños se hacen adultos ¿sus Ángeles de la Guarda les abandonan? ¡Ciertamente no!

»Cantemos los Ángeles Custodios de los hombres, decía la liturgia de ayer en el himno de las primeras Vísperas, compañeros celestiales que el Padre ha dado a su frágil naturaleza, para que no sucumba ante los enemigos que la acechan. Este mismo pensamiento se repite una y otra vez en los escritos de los Padres de la Iglesia.

»Cada cual, por muy humilde que sea, tiene ángeles que velan por él. Son gloriosos, puros, espléndidos y, no obstante, os han sido dados como compañeros de camino: están encargados de velar cuidadosamente sobre vosotros, para que no os apartéis de Cristo, su Señor.

»Y no sólo quieren defenderos de los peligros que os acechan a lo largo de vuestro camino, sino que están activos a vuestro lado, estimulando a vuestras almas cuando hacéis esfuerzos para elevaros cada vez más alto en la unión con Dios a través de Cristo».

Mientras que estamos inclinados a veces a limitar la misión de los Ángeles Custodios a un quehacer de defendernos y protegernos, especialmente en lo material, Pío XII va más lejos, con toda la tradición cristiana: nuestro Ángel de la Guarda, dice, opera para favorecer nuestra elevación espiritual y para desarrollar nuestra vida de intimidad con Dios. El Ángel Custodio es un maestro de ascética y de mística; es un guía que arrastra hasta las cimas.

Pío XII acaba su alocución exhortando a los fieles para que mantengan, ya aquí abajo, relaciones de trato familiar con sus invisibles compañeros de andadura, llamados a ser un día sus visibles compañeros de eternidad. «No queremos despedirnos... sin exhortaros a despertar, a avivar en vosotros el sentido del mundo invisible que os rodea pues las cosas que se ven son transitorias, las que no se ven eternas (2 Co 4, 18)- y a mantener un cierto trato familiar con los ángeles, cuya solicitud constante se emplea en vuestra salvación y en vuestra santificación. Si Dios quiere, pasaréis una eternidad feliz con los ángeles: aprended a conocerlos ya desde ahora».

«Converso con él a menudo»

También Juan XXIII tenía una profunda devoción a su Ángel de la Guarda. Se puede afirmar que este Papa ponía en práctica a la perfección el consejo dado por su Predecesor a los peregrinos del otro lado del Atlántico: «mantener un cierto trato familiar con los ángeles». Y se puede añadir que la fe de Juan XXIII en la presencia amorosa y activa de su Ángel era tal que, como a Pío XI, lo invisible se le hacía en cierto modo visible a los ojos de la fe.

Y también el Papa del aggiornamento habló con frecuencia en sus discursos sobre los Ángeles. Lo que más nos llama la atención en sus palabras es la sencillez y la naturalidad. Juan XXIII cree en la existencia de los Ángeles de la Guarda y en su misión cerca de los hombres, porque ha sido así revelado por Dios. Para él la cosa no tiene problema. No discute. No sutiliza. No complica lo que es sencillo. No plantea cuestiones que considera inconsistentes. Dios ha hablado: esto basta para el sentido común y la fe viril de Juan XXIII; Para Angelo Roncalli, la existencia de los Ángeles es una verdad tan cierta como dos y dos son cuatro, aunque tenga su origen en fuente distinta que las certezas matemáticas.

Juan XXIII cree en la existencia de los ángeles y aprovecha con alegría las ocasiones que se le presentan para recordar a sus oyentes esta verdad sosegadora. Sus palabras son instructivas. Además de exhortar a tener confianza en los Ángeles Custodios, hace a veces observaciones acerca de las actividades de nuestros invisibles Custodios.

Así, en un mensaje difundido con ocasión del 30 aniversario de Radio Vaticano, el 1 de octubre de 1961, Juan XXIII hizo alusión al apoyo misterioso que los ángeles prestan a las palabras del sacerdote, para que penetren en el espíritu de los oyentes y toquen su corazón: «Que los ángeles de Dios... sean los amables heraldos de nuestra voz... Que los ángeles, penetrando en las casas, digan... nuestra solicitud por que se establezca la concordia social, la pureza de costumbres, la práctica de la caridad, la paz entre naciones. Que inciten a los fieles a rezar por el Concilio ».

Exhortando unos meses más tarde al clero para que recite el breviario con acrecentado fervor por los buenos resultados del Concilio, Juan XXIII sugiere a los sacerdotes que recurran a los Ángeles Custodios: «Pediremos particularmente a nuestro Ángel de la Guarda que se digne asistirnos en la recitación diaria del Oficio divino, para que lo recitemos con dignidad, con atención y con devoción, y así sea agradable a Dios, fructífero para nosotros y para las almas de los demás».

Pero no sólo a los eclesiásticos recuerda Juan XXIII la presencia -activa de los Ángeles Custodios. Habla gustosamente de ellos a los demás fieles, especialmente a los padres. Que éstos inculquen en sus hijos la convicción de que no están nunca solos, que tienen un ángel a su vera; que les enseñen a

conversar confiadamente con él. «El Ángel Custodio es un buen consejero; intercede cerca de Dios a favor nuestro; nos ayuda en nuestras necesidades; nos defiende de los peligros y de los accidentes. Al Papa le gustaría que los fieles sintieran toda la grandeza de esta asistencia de los ángeles».

El culto al Ángel Custodio debería ocupar uno de los primeros lugares entre las devociones cristianas. «Nunca hay -declara Juan XXIII evocando la escena del Nacimiento de Belén y los coros de los ángeles-, nunca hay que descuidar la especial devoción al Ángel Custodio, que está al lado de cada uno de nosotros. Podría decirse que Belén nos ofrece en cierto modo una síntesis de luz: nuestro Redentor y Señor, María, que es su Madre y la nuestra, San José y los ángeles. Así se alimenta y se robustece nuestra vida sobrenatural».

Así pues, Juan XXIII considera el culto a los ángeles como una devoción esencial del cristiano. Nada de extraño hay en ello, puesto que, según hace notar el Cardenal Daniélou, «los más grandes santos y hombres de Dios han vivido su trato familiar, desde San Agustín a John Henry Newman».

Conversar con el Ángel de los otros

De actualidad en todo tiempo y lugar, el culto a los ángeles lo es de un modo particular en esta época nuestra. El desarrollo de los medios de transporte y el frenesí de la velocidad propio de los hombres de hoy ¿no los exponen a peligros crecientes, que requieren un suplemento de protección? ¿Y no son los Ángeles Custodios los protectores natos de los hombres? Invocando con mayor fervor a los ángeles, observa Juan XXIII en una alocución sobre el respeto al código de la carretera, obtendremos «su intervención sobre la razón y la voluntad de los hombres, e incluso sobre las fuerzas de la técnica, cuando una mal entendida emulación y el afán de batir récords puedan ser causa de ruina». El Jefe de la Iglesia desea que «se acreciente la devoción a los Ángeles Custodios. Cada uno de nosotros tenemos el nuestro, y cada uno puede conversar con los ángeles de los demás».

Tan persuadido estaba Juan XXIII de la existencia de los ángeles al lado de los hombres que, contemplando la masa de peregrinos y de turistas reunidos el domingo ante la Plaza de San Pedro, para el rezo del Ángelus y la bendición del Papa, pensaba también en las multitudes, igualmente numerosas, de Ángeles Custodios presentes invisibles en la misma Plaza. Por lo demás, ésta era la misma actitud de un Obispo particularmente querido de Juan XXIII: San Francisco de Sales, quien, antes de ponerse a predicar, le gustaba pasear la mirada sobre la asistencia para saludar a los Ángeles Custodios de su auditorio, invisiblemente presentes.

En una carta dirigida a Sor Angela Roncalli, una de sus sobrinas religiosa, cuando era Nuncio en Francia, el futuro Papa Juan XXIII se entregó a algunas confidencias acerca de sus relaciones con los ángeles. «Tu nombre de religión -le escribe-, que recuerda al de tu tío obispo, al de tu bisabuelo y al de tu hermano, que, éstos dos últimos, ya gozan de la compañía visible de los ángeles, debe ser para ti un estímulo para mantener trato familiar con tu Ángel de la Guarda, y también con todos los Ángeles Custodios de las personas que conoces y amas, en la Iglesia Santa y en tu Congregación. Es un consuelo sentir cercano a nosotros este Custodio celestial, este guía de nuestros pasos, este testigo de nuestros actos más íntimos. Yo mismo recito la oración Ángel del Señor, que sois mi Custodio no menos de cinco veces al día, y con frecuencia converso espiritualmente con él, siempre con sosiego y con paz. Cuando tengo que visitar a algún personaje importante para tratar asuntos de la Santa Sede, requiero a mi Ángel para que se ponga de acuerdo con el del alto personaje para que influya en su disposición de ánimo. Es una devoción que me recordaba muchas veces el Santo Padre Pío XI, de venerada memoria, y que me resulta muy fructífera».

Como nos ha hecho notar el antiguo secretario del Papa, Mons. Loris Capovilla, esta intimidad de Juan XXIII con el mundo invisible salía a relucir a través de manifestaciones que, a lo largo del día, brotaban de sus labios en las conversaciones con determinados visitantes: «Mi ángel bueno me ha inspirado tal cosa, mi ángel bueno me ha inspirado tal otra; mi ángel bueno me ha despertado esta mañana».

Terminemos esta evocación de las relaciones de Juan XXIII con el mundo de los ángeles, refiriendo un hecho poco conocido, que ha tenido una influencia incalculable en el destino de la Iglesia y, de rechazo, en el destino del mundo. En una confidencia hecha a un obispo canadiense, Juan XXIII atribuye a una inspiración de su Ángel Custodio la idea de convocar el XXI Concilio ecuménico.

¿Es que tuvo una aparición? Ciertamente no. En repetidas ocasiones Juan XXIII declaró públicamente que la idea de un Concilio se le ocurrió mientras estaba orando. En su conversación con

el prelado canadiense, el Papa simplemente precisó que fue por intermedio de su Ángel Custodio como Dios le dio esa inspiración.

No hay nada de qué extrañarse por esta manera de proceder de Dios, a poco que uno recuerde su norma de conducta en la historia de la salvación: cuando comunica a los hombres no ya una gracia sobrenatural, sino una idea, una sugerencia, una inspiración, Dios se sirve del Ángel Custodio como intermediario. Éste actúa secretamente sobre las facultades del hombre. Así, Dios utilizó la intervención de los Ángeles para dar su Ley a Moisés y para inspirar a cada uno de los Profetas.

Asociados al gobierno divino

La enseñanza solemne de Pablo VI viene a coronar los testimonios de sus tres predecesores.

En la profesión de fe del 30 de junio de 1968, en la clausura del Año de la Fe, el Jefe de la Iglesia, menciona en dos ocasiones a los ángeles: al comienzo, para afirmar su existencia, al final, para recordar su participación en el gobierno del mundo.

«Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles, como este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles, como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles, y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal» En su declaración acerca del Nuevo Catecismo Holandés, la Comisión cardenalicia nombrada en 1967 por Pablo VI recuerda con firmeza que la existencia de los ángeles es una verdad de fe: «Es preciso que el Catecismo declare que Dios ha creado además del mundo sensible en el que vivimos, el reino de los espíritus puros que llamamos ángeles». Y los Cardenales remiten a la Constitución Dei Filius, cap. 1, del Concilio Vaticano I, a la Constitución Lumen gentium, nn. 49 y 50, del Vaticano II. Anteriormente, en una carta dirigida al Cardenal Alfrink, primado de Holanda, el Papa, entre los complementos que había que introducir en el Catecismo Holandés, había indicado «la doctrina de la existencia de los ángeles, fundada en el Evangelio y en la Tradición de la Iglesia».

Aquí hay que hacer una puntualización. El Credo de la Misa no nombra a los ángeles, sólo los menciona implícitamente. Proclama la fe de los cristianos «en un solo Dios, Creador de cielo y tierra, de todas las cosas visibles e invisibles». El Catecismo de Trento explica que, por estas palabras «cielos y tierra», hay que entender todo lo que el cielo y la tierra encierran: el firmamento, el sol y los demás astros, las miríadas de ángeles; las montañas y los valles, el mar, la vegetación, los animales y los hombres. «Estas palabras de Creación del cielo y de la tierra deben entenderse de todas las cosas. Ya el Profeta David lo dijo en pocas palabras: 'Los cielos son tuyos y las tierras te pertenecen. Tú eres quien ha formado el globo de la tierra y todo lo que la llena'. Pero los Padres del Concilio de Nicea lo expresaron más brevemente todavía, añadiendo al Símbolo estas simples palabras: visibles e invisibles. En efecto, todo lo que abarca el conjunto de las cosas, todo lo que reconocemos como la obra de Dios, o bien puede ser percibido por los sentidos, y lo llamamos visible, o bien sólo se percibe por la inteligencia y la razón, y entonces lo llamamos invisible».

Al final de su profesión de fe, el Papa evoca las almas que contemplan a Dios en «la Iglesia del cielo», donde «están, en grados diversos, asociadas con los santos ángeles en el gobierno divino que Cristo ejerce sobre nosotros».

Gobierno divino: esta expresión recoge la misma de Santo Tomás que consagra la tercera sección de la primera parte de la Summa Theologica precisamente al gobierno divino). En esta sección, la cuestión 113 trata de la custodia de los ángeles sobre los hombres. Como lo subraya la profesión de fe de Pablo VI, ángeles y bienaventurados están asociados en grados diversos al gobierno de Dios.

En el Padrenuestro, la palabra cielo abarca también el mundo de los ángeles. En efecto, cuando - siempre según el Catecismo de Trento- pedimos a Dios que su voluntad «se haga en la tierra como en el cielo», «pedimos que, si los ángeles y los santos se conforman espontáneamente y con absoluto gozo a la santa voluntad de Dios, nosotros, por nuestra parte, obedecemos gustosamente sus órdenes, y de la manera que más le place».

En una palabra, al exhortarnos para que pidamos que la voluntad de Dios «se haga en la tierra como en el cielo», Cristo pide «que la voluntad de Dios sea hecha por los hombres como es hecha por los ángeles» según la fórmula de San Agustín. El Maestro nos propone a los ángeles como modelos.

Contrariamente al uso actual, Santo Tomás distingue la providencia y el gobierno divino: la providencia es en Dios la concepción del orden, mientras que el gobierno es la puesta en práctica de ese orden (Suma Teológica, 1, q. 22, a. 1, ad 2). El orden está concebido exclusivamente por Dios, desde toda la eternidad, mientras que para su ejecución en el tiempo se sirve Dios también del concurso

de los hombres y de los ángeles sobre el mundo. Los elegidos interceden por los hombres, mientras los Ángeles Custodios no sólo ruegan por los hombres, sino que actúan alrededor de ellos. Si por parte de los bienaventurados se da una intercesión, por parte de los ángeles hay una intercesión y una intervención directa: son al mismo tiempo abogados de los hombres cerca de Dios y ministros de Dios cerca de los hombres.

«Nuestro deseo es que se acreciente la devoción a los Ángeles Custodios. » Para responder a este deseo del Papa Juan XXIII, es por lo que, siendo simple seglar, hemos acometido la tarea de escribir este ensayo sobre el papel de los Ángeles Custodios en la vida cotidiana de los hombres.

Periodista, mezclado de continuo en las cosas del mundo, no ignoramos ciertamente hasta qué punto la existencia de los ángeles está hoy discutida. Sabemos de sobra que, al hablar de su presencia actuante en todas las idas y venidas de los hombres, nos exponemos a vernos clasificados entre los ingenuos y retrasados.No importa.

Nos parece que el hecho de que esta verdad puesta de relieve con energía por los Papas contemporáneos esté discutida, es un motivo más para dar testimonio bien alto de nuestra fe en la presencia activa de los Ángeles Custodios.

¿Dejaríamos de afirmar la existencia de miríadas de estrellas en el firmamento, porque unos miopes presuntuosos se pusiesen a negar la existencia de los astros?

A escribir estas líneas nos han animado no sólo sacerdotes y teólogos, sino también muchos seglares, lectores de artículos que sobre los Ángeles Custodios habíamos publicado en periódicos de diferentes países: Si tal es, según la doctrina cristiana, el papel de los Ángeles Custodios en la vida cotidiana ¿por qué se nos habla tan raramente de ellos?

Es posible que haya un nexo profundo entre la actual crisis de fe y el declinar de la creencia en los ángeles.

A LO LARGO DE LA BIBLIA Y DE LA LITURGIA

Para prevenir toda posible ambigüedad, señalaremos, con el P. Antonio Royo Marín, que la palabra ángel (que significa enviado) es empleada en cinco sentidos diferentes en la sagrada Escritura. Se aplica al Verbo, enviado al Padre al mundo; a San Juan Bautista, el Precursor; a los sacerdotes, que son como embajadores de Dios cerca del pueblo, a los profetas que anuncian el porvenir en nombre de Dios; por último, a los Ángeles propiamente dichos, espíritus celestes enviados por Dios a los hombres. Nosotros empleamos el término generalmente en este último sentido.

Negar los ángeles -escribe un filósofo cristiano en un movimiento de santa indignación contra la conspiración de silencio de que son hoy objeto- es arrancar una página de cada dos de la Biblia..., y esto por no decir nada del Ritual. «Desde el ángel del Paraíso al del Apocalipsis, que jura que ya no habrá más tiempo -escribe Paul Claudel-, desde el ángel que se aparece a Manré hasta el que ilumina a Zacarías, desde los que fustigan a Heliodoro hasta el que conduce al joven Tobías, desde el que consuela a Agar hasta el que pone en libertad a San Pedro, toda relación sagrada está como recorrida por estos tremendos hermanos, instructivos y llenos de compasión».

Efectivamente, toda la Biblia está atravesada por la presencia misteriosa de los ángeles. «Casi todas las páginas de los libros santos dan testimonio de la existencia de los ángeles y de los arcángeles», afirma San Gregorio Magno en sus Homilías sobre los Evangelios. Se siente la presencia actuante de los ángeles incluso cuando no aparecen visiblemente, como en el Génesis y en el Apocalipsis, en el libro de Tobías y en el de los Macabeos, en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles.

«Padre, ¿qué gratificación podré dar al joven que me ha acompañado?, pregunta el joven Tobías al término del viaje en el que obtuvo el beneficio de la asistencia del Arcángel Rafael. ¿Qué regalo podría igualar el bien que me ha hecho? Me ha llevado y me ha hecho regresar en buena salud. Él fue a recibir el dinero de Gabael. Él me hizo tomar una esposa de la cual alejó el demonio. Ha llenado de alegría a mis padres, me defendió de un pez que quería devorarme; a ti te ha hecho que vuelvas a ver la luz del cielo. Nos ha colmado de toda suerte de favores. ¿Qué regalo podría igualárseles?».

Estas frases del joven Tobías evocan de manera viva los beneficios materiales y espirituales que nos proporciona el Ángel de la Guarda. Son al mismo tiempo una ilustración de los versículos 11-13 del Salmo 90, donde con pocas palabras, pero densas, se señala la misión de nuestros Custodios invisibles: «Te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todas tus idas y venidas, y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen con las piedras; pisarás sobre áspides y víboras y aplastarás al león y al dragón».

Según el comentario de un Doctor de la Iglesia, San Roberto Belarmino, estas palabras deben ser tomadas con su sentido literal y también en un sentido figurado. Los Ángeles Custodios protegen a los hombres de los peligros físicos y los arrojan en los peligros morales. Por lo demás, la Biblia da testimonio de ello: nada de lo que afecta a los hombres deja a los ángeles indiferentes; todo lo que de un modo u otro afecta a la marcha de los hombres hacia su destino eterno interesa a los ángeles. Éstos podían hacer suyo el adagio de Terencio, aunque completándolo: «Somos los amigos de los hombres y nada que les afecte es extraño a nosotros. Desencadenamientos de las fuerzas de la naturaleza, ataques de los animales, pasiones humanas, intrigas, conspiraciones, guerras, todo puede ser objeto de una intervención decisiva del ángel desde el momento en que el destino eterno de los amigos de Dios está en juego.

En el libro de Tobías vemos al Arcángel Rafael, bajo el aspecto de un joven compañero de viaje, ocuparse de curar la ceguera del viejo Tobías, víctima del más banal de los accidentes: le cayó en los ojos el excremento caliente desde un nido de golondrinas. Oímos cómo el mismo Rafael da al joven Tobías consejos de moral conyugal y le recuerda que el deber de ser agradecidos con Dios está por encima de cualquier obligación y de cualquier afecto humanos»

Muriendo de sed en el desierto

En diversas ocasiones, el Antiguo Testamento nos muestra a los ángeles ocupados en asegurar la subsistencia de los hombres: un ángel surge junto a Agar y su hijo Ismael que se muere de sed en el desierto, y hace surgir al lado de ellos una fuente de agua. Un ángel despierta al Profeta Elías que, roto de desaliento, se había echado bajo una mata de retama: «Basta, Señor, arrebatame la vida, pues no

valgo más que mis padres». El ángel le ofreció un pan cocido entre las brasas y un cántaro de agua. Elías comió y bebió. Revigorizado con este alimento, el Profeta anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, la montaña de Dios. Y es también un ángel quien tomó al Profeta Habacuc, encargado de proporcionar la comida a los segadores, para transportarlo en un abrir y cerrar de ojos desde Judea a Babilonia, hasta el borde del foso de los leones en donde estaba encerrado otro Profeta: «Daniel, Daniel, toma la comida que Dios te envía». Y los ángeles son los que, durante cuarenta años, proporcionaron el maná a los hebreos, en la marcha hacia la tierra de Canaán; todas las mañanas, excepto los sábados -pues la ración del sexto día de la semana era doble-, los ángeles hacían que los hebreos encontrasen depositado en la arena del desierto el maná, alimento parecido a la semilla del cilantro.

La asistencia de los ángeles se manifiesta de modo particular en la agitada vida de Jacob. Huyendo de la cólera de su hermano Esaú, tuvo un sueño. Vio una escalera apoyada en la tierra y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo; por esa escalera los ángeles de Dios subían y bajaban; al mismo tiempo, el Señor reconfortaba a Jacob, anunciándole una posteridad tan numerosa como las arenas del desierto y prometiéndole su constante asistencia: «Estaré contigo en todas partes a donde vayas, y te volveré a traer a este país ».

Los ángeles volverán a aparecerse a Jacob en el camino de retorno, para confirmarle la asistencia de Dios cuando se encontrara con Esaú, cuyo resentimiento temían. Hasta tal punto Jacob experimentó la asistencia de los ángeles a lo largo de su agitada existencia que, antes de morir, bendiciendo a sus hijos, dará gracias a Dios por haberle dirigido durante toda su vida, y a su Ángel por haberle protegido de todo mal.

En repetidas ocasiones los ángeles intervienen en el Antiguo Testamento para corregir a los hombres. Así, un ángel se aparece en el desierto a Agar, que había huido de su señora Sara a causa de una reprimenda y la conmina a que vuelva con ella. Un ángel detiene el brazo de Abraham, dispuesto a dar el golpe de muerte a Isaac atado sobre el altar. Un ángel surge para disuadir a Balaán de que maldiga al pueblo de Dios.

Según la etimología de su nombre, los ángeles son mensajeros. Dios envía un ángel para anunciar a Abraham el nacimiento de Isaac, como enviará un ángel para anunciar a Zacarías el nacimiento de Juan el Bautista. Un ángel es quien, en nombre de Dios, hace las revelaciones al profeta Daniel y al profeta Zacarías, igual que en el Apocalipsis es un ángel quien revelará a Juan lo que debe anunciar.

Lo tomaron de la mano

Cuando Abraham encargue a Eliezer que busque esposa para Isaac, le exhortará a que se confíe a su ángel para superar las dificultades de esta delicada misión: «El mismo Señor del cielo enviará a su ángel contigo, para que tu viaje tenga éxito...». Una fe semejante animaba al padre de Tobías, cuando consolaba a su esposa después de que su hijo había partido: «No llores..., nuestro hijo volverá sano y salvo... Estoy convencido de que un ángel bueno de Dios lo acompañará y dispondrá felizmente todo lo conveniente, de manera que tenga la alegría de regresar con nosotros».

Para salvar a sus protegidos, los ángeles no se retraen ante intervenciones enérgicas. Así como Lot y los suyos titubeasen en alejarse antes de que Sodoma fuera destruida por la lluvia de fuego, dos ángeles los «tomaron de la mano, a él y a su mujer y a sus dos hijas, porque el Señor quería salvarlos, y los arrastraron fuera de la ciudad». Un ángel cerrará las fauces de los leones hambrientos, en cuyo foso el rev Darío había hecho arrojar a Daniel:

«Mi Dios ha enviado a su ángel que ha cerrado las fauces de los leones: no me han hecho ningún daño, porque a sus ojos yo era inocente... ». Un poder semejante muestran los ángeles sobre las fuerzas de la naturaleza cuando liberan a los jóvenes hebreos arrojados por el rey Nabucodonosor en el horno encendido, por haberse negado a dar culto idólatrico a la estatua de oro del soberano. Sidrac, Misac y Abdenago fueron atados y arrojados en el horno encendido, calentado siete veces por encima de lo ordinario. Los tres hebreos, que habían puesto su confianza en Dios, se paseaban ilesos en medio de las llamas, mientras que las gentes del rey no cesaban de alimentar el horno con betún, estopa y leña seca. Las llamas subieron hasta cuarenta y nueve codos por encima del horno, lo desbordaron y quemaron a los Caldeos que estaban allí cerca: «El ángel del Señor había bajado al horno con Azarías (Sidrac) y sus compañeros y no paraba de apartar el fuego de sus personas. E hizo en el centro del horno un lugar en el que soplaba una brisa refrescante: el fuego ni los tocó, ni les hizo ningún daño, no les causó ni el menor

dolor». Trastornados por una intervención tan aplastante de Dios, por medio del ministerio de un ángel, los tres jóvenes se pusieron a glorificar a Dios con un cántico que la Iglesia ha incluido en su liturgia, como oración central de la Hora de Laudes de los domingos y días festivos.

Testigo ocular de este milagro, el rey mismo reconoció la presencia del ángel en el horno, junto a los tres hebreos: «Veo a cuatro hombres sin atar, andando en medio del fuego sin que les pase nada, y el cuarto de ellos tiene el aspecto de un hijo de los dioses... Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, que ha enviado a su ángel para liberar a sus siervos, porque pusieron en ÉL su confianza, expusieron sus vidas desobedeciendo las órdenes del rey, antes que postrarse en adoración ante un dios que no es el suyo».

Perspicacia y probidad de este monarca pagano: está impresionado por la majestad sobrehumana del ángel, y rinde homenaje al espíritu de fe de los tres jóvenes, y a la fidelidad de su Dios. Bajo la sacudida de este milagro, todavía llega a más: «Ordeno que todo hombre, a cualquier pueblo o nación que pertenezca y cualquiera que sea su lengua, si habla mal del Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; porque no hay Dios alguno que, como ÉL, pueda liberar».

Pero de manera muy especial, cuando está en juego la existencia del pueblo escogido es cuando Dios envía a sus ángeles tan dóciles en escucharle como prontos a ejecutar sus órdenes. «¿No son los ángeles enviados para ejercer un ministerio en favor de los que serán herederos de la salvación?».

El faraón no hace más que poner dificultades para impedir que los israelitas abandonen Egipto y vuelvan a la tierra de Canaán. Para quebrar esta oposición del monarca y liberar a su pueblo, Dios da un palo enorme: una noche, por mano de su ángel, mata a todos los primogénitos de los hombres y de los animales.

Después, por ministerio de su ángel, Dios conducirá a los hebreos, durante cuarenta años, a través de mil dificultades, desde las orillas del Nilo hasta la Tierra Prometida. Para impedir que el ejército de los egipcios ataque la retaguardia de Israel el ángel levanta entre los beligerantes una niebla espesa, que recuerda las nieblas artificiales de las guerras modernas.

Durante el día el ángel extendía una inmensa nube sobre los hebreos, para preservarlos del sol, y durante la noche encendía delante de ellos una columna de fuego que los iluminaba. La asistencia del ángel estaba condicionada por la docilidad de los hebreos: «Enviaré a mi ángel para que vaya delante de ti, te guarde durante el camino y te lleve hasta el país que te he preparado. Préstale atención y escucha sus consejos, no vayas a despreciarlo... Si escuchas su voz, si obedeces mis mandatos, yo seré el enemigo de tus enemigos, oprimiré a tus opresores, y mi ángel marchará delante de ti...».

Vieron aparecer un caballero

Un ángel reconfortó a Josué en las cercanías de Jericó, prometiéndole la victoria, igual que, más tarde, un ángel preparará a Gedeón y le ayudará a emprender la campaña victoriosa contra los Madianitas.

A Dios y a la asistencia de su ángel atribuye Judit el éxito de su audaz empresa, introduciéndose en el campamento enemigo para matar a Holofernes: «Lo juro por el Señor, su ángel me protegió cuando salí de aquí, durante mi estancia (en el campamento de los asirios) y a mi regreso... Me ha traído hasta vosotros indemne de todo pecado, gozosa por su victoria, por mi evasión (del campamento) y por vuestra liberación».

La asistencia de los ángeles se hace más visible en la epopeya de los Macabeos, esos resistentes que se sublevan contra la ocupación de su país por los sirios y que defienden contra la idolatría el culto al verdadero Dios. La Sagrada Escritura relata tres fulgurantes intervenciones de los ángeles.

Vencido por los judíos, el general sirio Timoteo prepara una guerra de desquite, con numerosas tropas extranjeras y un fuerte contingente de caballería asiática. Antes de entablar la batalla, los compañeros de Judas Macabeo se ponen a orar. Suplican a Dios que se muestre «enemigo de sus enemigos y adversario de sus adversarios», como se lo tenía prometido

En lo más crudo de la pelea los sirios vieron aparecer, viniendo del cielo, sobre sus caballos con arneses de oro, a cinco hombres resplandecientes, que se pusieron a la cabeza de los judíos. Colocaron a Macabeo en medio de ellos y protegiéndolo con sus armas, estos ángeles lo conservaron sano y salvo. «Lanzaban flechas y dardos contra el enemigo; éste, cegado, se desbandó en pleno desorden».

Irritado por la derrota del general Timoteo, Lysias, primer ministro del rey de Siria, reunió un ejército de 80.000 hombres, sin contar una tropa de 80 elefantes. Pánico entre los judíos: «Cuando los compañeros de Macabeo se enteraron de que Lysias asediaba las fortalezas, lloraron y gimieron rogando al Señor, con todo el pueblo, que enviase a su ángel bueno para salvar a Israel». Judas Macabeo se pone en marcha con su gente.

«En las cercanías de Jerusalén vieron aparecer un caballero que se les puso en cabeza. Llevaba vestidos blancos y blandía armas de oro.» Reconfortados por la presencia de este ángel, los soldados judíos estaban «dispuestos a atacar no sólo a los hombres, sino a los animales más feroces e incluso a las murallas de hierro», observa la Sagrada Escritura. Se precipitaron como leones sobre los sirios y salieron victoriosos. Lysias, «que no carecía de inteligencia», reflexionó sobre esta derrota. Comprendió que la asistencia del Todopoderoso era lo que hacía invencibles a los hebreos: Dios combatía con ellos.

Algunos años después, nueva campaña de los sirios contra los hebreos, bajo el mando de Nicanor. Los judíos invocan la ayuda del ángel del Señor. La ayuda les llega y les proporciona una nueva victoria.

En tiempos de la ocupación de la Judea por los sirios, un ángel interviene de un modo llamativo el día en que Heliodoro, primer ministro del rey Seleuco IV, intenta poner la mano en el tesoro del Templo. Toda Jerusalén estaba consternada, toda Jerusalén invocaba la ayuda de Dios. Inconmovible ante este espectáculo, Heliodoro penetra en el Santuario y llega ante la cámara del tesoro. Entonces el Señor de los espíritus manifiesta su poder absoluto: se le apareció un jinete terrible, montado en un caballo adornado con un riquísimo arnés, que arremetió contra Heliodoro arrojándolo de su montura. Aparecieron también otros dos jóvenes de gran hermosura, fuertes, llenos de majestad, magníficamente vestidos, los cuales azotaban sin cesar a Heliodoro. Así, la irrupción fulgurante de tres ángeles salvó el tesoro del Templo.

Las intervenciones de los ángeles en el Nuevo Testamento nos son más familiares. Los ángeles anuncian la Encarnación del Verbo a María, su nacimiento a los pastores, su resurrección a las santas mujeres, y a los apóstoles su venida triunfal al final de los tiempos. Los ángeles sirven a Jesús después de las tentaciones en el desierto, y un ángel lo conforta en el huerto de Getsemaní. Jesús mismo habla de los ángeles en diversas ocasiones: ángeles de los niños, que unen la contemplación del rostro de Dios con la custodia de sus protegidos; alegría de los ángeles ante la conversión de los pecadores; legiones de ángeles capaces de defenderlo en el momento de su prendimiento; miríadas de ángeles acompañan a Cristo-Juez al final de los tiempos; ángeles que reúnen a los elegidos y apartan a los réprobos; vocación de los hombres llamados a compartir en el cielo la vida de los ángeles. Es llamativo el papel de los ángeles en la vida de San José. Se le aparecen en sueños en las etapas decisivas de su vida, para animarle a tomar por esposa a María de Nazaret, a huir a Egipto para salvar al Niño de la furia de

Herodes y, por último, después de la muerte del rey, a que vuelva primero a tierra de Israel y después a Nazaret.

Los ángeles intervienen visiblemente en los comienzos de la Iglesia: liberan primero a los apóstoles prisioneros de los judíos; después a San Pedro, arrestado por segunda vez. Intervienen para orientar hacia los gentiles el ministerio de los apóstoles y de sus colaboradores. Un ángel lleva a Pedro a ponerse en contacto con Cornelio, centurión romano de la guarnición de Cesarea, a bautizarlo a él y a los suyos. Un ángel pide al diácono Felipe que vaya al camino de Jerusalén a Gaza, para iniciar en la fe a un africano, el ministro de la reina Candace de Etiopía. Y un ángel, en Troas, bajo el aspecto de un Macedonio, se presenta por la noche a Pablo suplicándole que atravesase el mar y lleve el Evangelio a tierras de Europa: «Pasa a Macedonia, ven en ayuda nuestra».

Reconquistar una tierra invadida

Precisamente porque, junto con los autores inspirados de la Biblia y con toda la tradición cristiana, ve en los ángeles los protectores natos, los consejeros y los guías de los hombres en camino hacia un destino eterno, la Iglesia, en su liturgia, confía sus hijos a la custodia de los ángeles. Esta custodia no es un añadido en las estructuras de la economía de la salvación; es una de sus articulaciones esenciales. Por el ministerio de los ángeles es como normalmente Dios, fuente de todo bien, hace llegar sus luces a los hombres.

Si es cierto que la Hora de Completas se abre con una evocación del demonio, que como un león rugiente está al acecho de su presa, va y viene alrededor de los hombres para ver a quién devora, también es cierto que se cierra con una invocación a los Ángeles Custodios, llamados a contrarrestar las añagazas de Satán y a habitar en la mansión de los hombres para guardarlos en paz.

Son numerosos -y quizá poco conocidos los pasajes del Evangelio que nos muestran a Cristo como un jefe ocupado en reconquistar una tierra invadida por su enemigo: Satán, el príncipe de este mundo. Igualmente son numerosas las oraciones del Ritual que suplican a Dios que arroje a los demonios y sustituya la influencia tiránica que ejercen sobre los hombres y las cosas, por la presencia libertadora de los ángeles.

Por ejemplo, cuando bendice un establo, el sacerdote pide al Señor que defienda ese lugar de todas las maldades y de todas las astucias del diablo. Cuando bendice animales enfermos, la Iglesia ora para que «cese toda influencia del poder de Satán sobre ellos». En fin, cuando va a bendecir los campos, los pastos, los pastizales, suplica a Dios que la expulsión de los demonios lleve consigo la venida de los ángeles: Los ángeles malos se ponen en fuga: los ángeles buenos entran.

«Dígnate enviar del cielo tu ángel bueno, para que guarde y defienda este puente y a todos los que lo atraviesen», ruega la Iglesia cuando bendice un puente. Como un jefe militar, sitúa en él un ángel de facción, para defensa de los que por allí transiten.

«Escuchadnos, Señor, Padre santo Dios todopoderoso y eterno, y dignaos enviarnos del cielo a vuestro santo ángel para que vele sobre todos los que se encuentran en este santo lugar, para que los ampare y los proteja, para que los guarde y los defienda.» Esta oración del misal, que termina el Asperges del domingo antes de la Misa parroquial se vuelve a encontrar con ligeras variantes en muchas fórmulas del Ritual; por ejemplo, para la bendición de una imprenta, de una casa o de una escuela («que los ángeles guarden esta escuela, con sus maestros y alumnos»). Cuando bendice a una madre próxima a dar a luz, el sacerdote pide a Dios que aparte de ella «todas las acechanzas» de quien es el enemigo por excelencia de los hombres. El Ritual aplica a la bendición de los niños la oración de la fiesta de los Ángeles Custodios: «Oh, Dios, que con inefable providencia te dignas enviar a tus santos ángeles para nuestra guarda; concede a los que te imploran que seamos siempre defendidos por su protección y gocemos eternamente de su compañía». Igualmente, el Ritual se sirve de la oración de la fiesta de San Miguel para la bendición de los niños enfermos: «Oh, Dios, que con orden admirable distribuyes los diferentes ministerios de los ángeles y de los hombres, concede que la vida de este niño sea defendida en la tierra por quienes en el cielo os asisten y os sirven».

Los «milagros de la técnica», no hacen superflua la asistencia del Ángel de la Guarda, puesto que nos preserva de todos los accidentes. Pensemos en el «Apolo 13», que no pudo llegar a la Luna; en los submarinos que no retornan a sus bases; en los aviones que se estrellan; en los trenes que descarrilan, a pesar de los dispositivos de seguridad. «Situad, Señor, en estos carruajes a vuestros santos ángeles para que guarden a los viajeros de todos los peligros», ruega la Iglesia cuando bendice los coches de ferrocarril. En la bendición de un navío el sacerdote pide a Dios que envíe a su ángel bueno del cielo, para que proteja al navío y lo defienda de todos los males, con las personas que transportará. «Asignad a

vuestro ángel como compañero de camino a quienes viajen por las rutas de los aires, para que los guarde y lleguen sanos y salvos a su destino», leemos en la bendición de los aviones.

Asimismo, la oración de la Iglesia, al partir de una peregrinación o de un viaje, pide «que en compañía de sus santos ángeles, los fieles puedan llegar sin estorbo al lugar a donde se dirigen y, por último, al puerto de salvación eterna».

Si no se tuviera en cuenta la energía atómica ...

En una oración de excepcional densidad, la anáfora de San Cirilo de Alejandría afirma la universalidad de la protección de los ángeles. Esta protección abarca toda la vida del hombre: «Ten piedad, Señor, de los fieles aquí presentes y, por la virtud de tu Santa Cruz, y por la custodia de los ángeles, líbralos de todo peligro y de toda necesidad: incendios, inundaciones, fríos, bandidos, serpientes, fieras salvajes, ataques y acechanzas del demonio, enfermedades».

No. A los ojos de la Iglesia Católica, intérprete segura de la Revelación, los Ángeles Custodios no son ni vagos volátiles celestiales, ni seres etéreos indefinidos, ni entidades inasequibles o meros símbolos. Son seres reales, personalidades poderosas, espíritus puros, que, cuando se aparecen a los hombres tomando formas visibles, provocan casi siempre sentimientos de temor o de admiración, según los múltiples testimonios de la Sagrada Escritura.

Prueba de fe daba, y de buen sentido, el bienaventurado Pedro Fabro, uno de los primeros discípulos de San Ignacio, cuando, enviado en misión a Maguncia, antes de instalarse en una casa y en un barrio de no buena fama, se puso a librar a los locales de la ocupación de los ángeles rebeldes, y a instalar a los ángeles santos como guardianes invisibles. «En cada habitación de la casa dije de rodillas esta oración: `Te rogamos, Señor, que visites esta morada; aparta de ella todas las acechanzas del enemigo, para que tus ángeles santos la habiten y nos guarden en paz, y que tu bendición sea sobre nosotros para siempre, por Cristo nuestro Señor'. Hice esto con verdadera devoción y con el sentimiento de que era conveniente y bueno actuar así al entrar por vez primera en algún sitio.

»A continuación, invoqué a los Ángeles Custodios de los vecinos y sentí que esto también era conveniente y bueno cuando se cambia de barrio. Recé para que mis compañeros de habitación y yo no tuviésemos que padecer ningún mal por parte de los espíritus malos vecinos, y de modo especial de ese espíritu de fornicación que ciertamente debe encontrarse con las prostitutas, los adúlteros y los viciosos de cuya existencia en el barrio tuve noticia».

¿Reacción de un hombre miedoso? ¿Ocurrencias de un visionario? ¿Prácticas de un clérigo supersticioso? No. Actitud clara de un hombre de Dios cuya fe lúcida capta las realidades -la garra de los demonios y el poder de los ángeles-, que escapan más o menos a las gentes que no tienen una visión tan penetrante de los hombres y de las cosas.

Debemos convenir en que las medidas tomadas por el bienaventurado Pedro Fabro en el barrio de mala fama de Maguncia son más bien excepcionales. No porque sean un apartarse del pensamiento y la tradición auténticos de la Iglesia, sino porque están de acuerdo con ellos tan lúcidamente y con tanto rigor, que son poco frecuentes entre los cristianos, en perjuicio de ellos mismos.

Como señala un liturgista alemán, Johánnes Wagner, en una conferencia sobre «los ángeles en la vida moderna», el actual despego hacia el mundo invisible no es ciertamente un progreso para la humanidad. «El hecho de que el hombre moderno, e incluso el cristiano, no tenga ya conciencia, o no la tenga plenamente, de la existencia y el poder de los ángeles, ni ahoga esa existencia ni destruye ese poder. Por el contrario, esta ignorancia empobrece el espíritu del hombre, incluso llega a enervarlo. Lo expone a graves peligros y lo priva de una ayuda poderosa. » Y el autor ilustra su pensamiento con esta comparación: «La energía atómica existía desde el principio de la creación del mundo material, mucho antes de que el hombre ni sospechase su existencia. Del mismo modo, los ángeles existen desde el comienzo de la creación del mundo espiritual. Y seguirán existiendo siempre, aunque la humanidad ignore su existencia durante millones de años».

El mundo moderno no ganaría nada, y sí perdería mucho, si se comportase como si la energía atómica fuera un mito o la idea de unos cuantos exaltados. Así el cristiano no gana nada conduciéndose como si presencias amigas invisibles, enviadas por Dios, no lo siguieran en todas sus idas y venidas, dispuestas a defenderlo y a iluminarlo. Con esta conducta el cristiano perdería mucho en todos los niveles de su ser y en todos los terrenos de su actividad.

«Cuando Dios viene hacia los hombres, cuando viene del cielo, es decir, de ese lugar superior de la Creación que es el cielo, hacia la tierra, está acompañado o viene con sus ángeles que dispensan sus liberalidades, que son los ministros de su vigilancia y de su solicitud por nosotros.».

AQUÍ ABAJO NO SABREMOS NUNCA...

Algunos lectores habrán quedado sorprendidos al oír a Pablo VI afirmar el papel de los ángeles en el gobierno divino. Se habrán extrañado de la intimidad de Pío XI con su Ángel de la Guarda y la invitación que Pío XII dirigía a los fieles para que vivieran, ya aquí abajo, un trato familiar con sus futuros compañeros de eternidad. Y su extrañeza no habrá sido menor al ver a Juan XXIII, el Papa de la renovación de la Iglesia expresar el deseo de que la devoción a los Ángeles Custodios vaya creciendo en los fieles.

Este desarrollo supone un mejor conocimiento de la naturaleza de los ángeles y de su misión. Ahora bien, es difícil hacerse una idea exacta de los ángeles, y lo es más todavía hablar con acierto de ellos. Son seres puramente espirituales, que nuestros ojos de carne no han visto nunca y cuya existencia sólo la fe nos revela.

Si ya es dificultoso escribir la vida de los santos, cuyo pensamiento y cuyo actuar se elevan por encima del nivel corriente, ¿cómo hablar dignamente de estos seres incorpóreos que desbordan inteligencia, fuerza y amor? Un hecho que pone de manifiesto estas dificultades: aun habiendo escrito varios tratados sobre los ángeles, al final de su vida Santo Tomás confesará que aquí abajo no podemos conocer exactamente lo que son los ángeles. Efectivamente, «las sustancias angélicas, siendo superiores a nuestra inteligencia, ésta no sabría aprehenderlas tal y como son en sí».

San Juan Crisóstomo era de la misma opinión. Explicaba a los fieles de Constantinopla: «La esencia de nuestra alma no la podemos conocer exactamente, o mejor, la ignoramos totalmente. ¿Cuál es la sustancia del alma? ¿Es aire? ¿Viento? ¿Un soplo? ¿Una llama? Nada de eso, por cierto, pues todo eso es cuerpo, y el alma es incorpóreo». No conocemos la esencia de nuestra alma, ¿y querríamos conocer la naturaleza de los ángeles? «A pesar de todas nuestras investigaciones no podemos conocerla».

En cuanto a San Bernardo, autor de páginas espléndidas sobre los ángeles, reconoce su incapacidad para hablar dignamente de ellos: «¿Qué podré decir de los espíritus angélicos, yo que no soy más que un pobre gusano?». Todo lo más, podremos hacer algunas conjeturas sobre su ministerio y su jerarquía, inspirándonos en los nombres que la Sagrada Escritura les da.

El Maestro Juan Tauler se hace eco de estas declaraciones de importancia en su sermón sobre los santos ángeles: «No sé en qué términos se puede y se debe hablar de estos espíritus puros, pues no tienen ni manos, ni pies, ni rostro, ni forma, ni materia; el espíritu y el pensamiento no pueden captar un ser que no tiene nada de eso: ¿cómo, pues, se podría hablar de lo que son? No podemos conocerlos, y no es de extrañar, puesto que no nos conocemos a nosotros mismos; no conocemos el espíritu que nos hace hombre y del que recibimos todo lo que tenemos de bueno; ¿cómo podríamos, pues, conocer estos espíritus superiores cuya nobleza está muy por encima de todo lo que puede presentar el mundo entero?» .

Reflexiones de astronautas

A estas dificultades, que son de siempre, puesto que se refieren a la misma naturaleza de los ángeles, la actual crisis de fe viene a añadir otras nuevas. La astronauta soviética Valentina Tereskova declaró en un viaje a Italia: «Todos los astronautas de la Unión Soviética son comunistas y ateos. Ninguno de nosotros ha visto en el cosmos ni ángeles ni arcángeles, y pienso que nuestros colegas de Estados Unidos tampoco los han visto en el espacio». Interrogado acerca de esta declaración, el astronauta americano McDivitt, que es cristiano, hizo la siguiente observación: «Me parece que no hay diferencia entre 'aquí abajo' y 'allá arriba'. Si usted vive aquí abajo un trato de intimidad con los ángeles y con Dios, también allá arriba vivirá usted esa intimidad. Si no siente usted su presencia en la tierra, tampoco la sentirá en la Luna o en Marte».

En efecto, los progresos científicos han embriagado a muchos y les han llevado a no admitir más que la existencia de las realidades accesibles a sus investigaciones. Esta borrachera se contagia incluso a los creyentes. Hoy, un católico que cree en realidades cuya existencia sólo está atestiguada por la fe,

puede parecer incluso entre sus correligionarios como un retrógrado o un ingenuo, algo así como un adolescente que creyera todavía en la cigüeña que trae a los bebés.

Repetidas veces Pablo VI ha denunciado los peligros del «espíritu técnico»: «El dominio sobre las cosas y sobre las fuerzas naturales, la primacía otorgada a la actividad práctica y útil, la organización totalmente nueva de la vida como consecuencia de las múltiples aplicaciones de la técnica, todo eso suprime en el hombre el recuerdo de Dios y ahoga en él la necesidad de la fe y de la religión. Ya Pío XII..., en su radiomensaje de 1953, hablaba del `espíritu técnico' que impregna el espíritu moderno». Se considera el aprovechamiento máximo de las fuerzas de la naturaleza como el ideal supremo de la vida humana. La concepción técnica de la vida se convierte así en una forma concreta del materialismo.

Al «espíritu técnico» añadid una dificultad de orden puramente psicológico: la repugnancia difusa hacia el razonamiento abstracto. El hombre de hoy adquiere sus conocimientos principalmente por los sentidos -vivimos en una civilización de la imagen-, mientras que la fe exige el empleo del espíritu, pues sólo éste llega a las realidades inaccesibles a los sentidos. Así, el acto de fe se ha hecho actualmente más difícil, incluso a nivel psicológicos. La metafísica está en crisis.

Por lo demás, observa también el Santo Padre, el torbellino de la vida moderna atrae y arrastra de tal modo a los hombres de hoy, les impresiona de tal forma, hasta tal punto les atiborra de imágenes, de pensamientos, de pasiones, de deseos, de satisfacciones, de agitación, que no les queda tiempo para escuchar la palabra de Cristo. Y si algo oyen en la escuela o en la Iglesia, es para ellos un tema tan difícil, tan incoherente, tan aparentemente inútil, que con frecuencia experimentan más fastidio que satisfacción, sacan de ello más ideas raras que luz para iluminar sus almas y sus vidas.

El espíritu de «contestación» ha venido además a acrecentar estas dificultades de la fe. «Asistimos aquí y allá no tanto a una contradicción brutal, como a un someter a discusión ciertas verdades doctrinales: el pecado original; los milagros, hasta los del mismo Jesús; la virginidad perpetua de María; incluso la Resurrección de Jesucristo, fundamento de toda nuestra fe. Esta `contestación' más o menos manifiesta es una infidelidad a la enseñanza más clara de la Iglesia». «En el mundo del pensamiento hoy se duda de todo; por consiguiente, también de la religión -afirma Pablo VI-. Y parece que el espíritu del hombre moderno no encuentra reposo sino en la negación total, en el abandono de toda certidumbre, de toda creencia, como un hombre afectado de una enfermedad en los ojos no encuentra reposo sino en la oscuridad».

Pasado de moda

¿Cómo, entonces, extrañarse de que, obligados a vivir en un clima semejante, encuentren los cristianos dificultades para creer en la existencia de los Ángeles Custodios? ¿Cómo extrañarse de que en un mundo embriagado por los progresos de la técnica parezca no haber lugar para la acción de los ángeles? ¿Y cómo extrañarse de que autores enfermos de desacralización reduzcan a mitos o a símbolos las intervenciones de los ángeles en la Sagrada Escritura?

Entre los dos extremos opuestos -la plena aceptación de la angelología tradicional de la Iglesia y su negación no menos plena- hay una postura intermedia, medio afirmativa, medio negativa, como el gris entre el blanco y el negro. Dado que el calendario litúrgico contiene fiestas de ángeles, que los Prefacios de la Misa los mencionan, que el Padrenuestro hace alusión a ellos como modelos de obediencia a la voluntad de Dios, que todas las noches la oración de Completas invoca expresamente la protección de los Ángeles Custodios, no se negará su existencia ni su misión. Pero se recitarán esas oraciones sin inteligencia y sin corazón, como un aparato que reprodujera mecánicamente un texto grabado. Se imitará el psitacismo de aquella mujer a quien el pensamiento de la muerte le ponía la carne de gallina, pero recitaba diariamente las tres partes del Santo Rosario.

-Pero, querida señora -le dijo una amiga-. ¿Por qué tener tanto miedo a la muerte, usted que ama a la Virgen y que cada día le pide ciento cincuenta veces la gracia de una buena muerte?

-¿Yo pedir la gracia de una buena muerte? ¡Jamás! La sola palabra «muerte» me produce espanto.

-Sin embargo, usted dice en cada Avemaría: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Cada Rosario tiene cincuenta Avemarías. Haga usted la cuenta...

Cuántos clérigos, que ponen gesto de incredulidad cuando oyen a los seglares hablar de los ángeles, invocan todas las noches, puede que inconscientemente, al recitar Completas, la asistencia de los Ángeles Custodios...

Espantosamente amanerados

Hay todavía un responsable más del declinar de la fe en los ángeles: un determinado arte religioso adulterado, cuyas realizaciones traicionan más que traducen la naturaleza de los ángeles.

Se comprende bien que determinadas representaciones de los ángeles puedan apartar a los fieles de la devoción a los ángeles. Los diminutivos utilizados en ciertas lenguas para designar al Ángel de la Guarda no son, ciertamente, los más apropiados para inspirar respeto y confianza: así, la expresión italiana *angelino custode*, o la palabra alemana *Schutzenglein*.

Sería caer en el otro extremo barrer de la piedad cristiana todas las representaciones sensibles de ángeles. «La astucia del demonio consiste precisamente en arrebatarse a los luteranos todo aquello que podría despertar en ellos el amor a Dios», como las imágenes religiosas, escribe Santa Teresa de Ávila (Relación XXIII). Pero los angelotes carnudos o dulzones son una odiosa caricatura de los ángeles, igual que las Vírgenes cursilonas o de pasta flora son una pobretona representación de la Madre de Dios. Hasta qué punto estos ángeles amanerados se apartan de las apariciones angélicas relatadas en Daniel o por el autor del Apocalipsis! Estas apariciones producen espanto. Ante ellas, el profeta y el evangelista se prosternan con el rostro en tierra. El choque recibido por San Juan es tal que el Apóstol cree encontrarse en presencia de la divinidad. El ángel le invita a levantarse y a reservar sólo para Dios esos gestos de adoración.

Santo Tomás destaca una diferencia entre Zacarías y la Virgen María, objetos uno y otra de una aparición del Arcángel San Gabriel: «A la vista del ángel, Zacarías se turbó y el espanto se apoderó de él» (Lc 1, 12), mientras que María «fue turbada por las palabras (de Gabriel), y se preguntaba lo que significaba semejante salutación» (Lc 1, 29). «Algunos -comenta Santo Tomás- piensan que la Bienaventurada Virgen, acostumbrada como estaba a las apariciones angélicas, no se turbó en absoluto al ver el ángel sino que se sorprendió al oír todo lo que el ángel le decía, pues no tenía un tan alto concepto de su persona. Según dice el evangelista no fue a la vista del ángel, sino 'por sus palabras', por lo que la Virgen se turbó» (Sunia Teológica, III, q. 30, a. 3, ad 3).

«Si es cierto que el arte no es necesario para la piedad de los santos, sí es necesario para la nuestra, para la piedad del pueblo fiel al que pertenecemos -escribe el Cardenal Journet-. Conozco hombres a quienes la armonía de la catedral de Chartres les ayuda a rezar con el espíritu esponjado. También sé que las representaciones espantosamente amaneradas de San José, de San Luis Gonzaga, de San Francisco de Sales..., que veían todos los días durante su infancia, los han llenado de prevenciones imposibles de desarraigar contra estos santos cuya energía y magnanimidad son admirables» .

Por la voz del Concilio de Fermo (1726) la Iglesia se vio en la necesidad de poner en guardia contra los peligros de la belleza lasciva de ciertas obras de arte que representaban ángeles. Por contra, se ha observado cómo los ángeles de las catedrales góticas y los de Fra Angélico incitan a la oración. «La devoción de los ángeles se alimenta necesariamente al tomar contacto con estas obras. Sólo al contemplarlas nos sentimos más puros, más deseosos de ver y amar a Dios».

Hay que reconocer, no obstante, que no es fácil para un pintor o para un escultor representar un ángel. Aparte de eminentes cualidades técnicas y artísticas y de sólidos conocimientos religiosos, le hacía falta quizá, para salir airoso del intento, un cierto trato familiar con esos seres espirituales.

Tuvimos ocasión de relacionarnos en Roma con una mujer pintora, que ejercía su arte como un apostolado en la ex - República Popular de Alemania Oriental. Antes de echar mano de los pinceles pasa ratos de oración ante el Sagrario. Apoyadas así en la oración, sus obras llevan a la oración. Son muchos los encargos que recibe de parroquias. Esta mujer podría haberse establecido fácilmente en Austria o en Alemania occidental y conseguir una excelente situación económica. Prefirió llevar una existencia clandestina en la Iglesia del silencio, persuadida justamente de que el arte sacro es un auxiliar precioso para resistir espiritualmente contra el materialismo ateo.

¿La química sustituye a la oración?

La aparente inutilidad de los ángeles es otra fuente de dificultades para creer en su existencia. El hombre moderno cree poder sacar de sólo las fuerzas de la naturaleza lo que antes esperaba de las intervenciones de lo alto. «Antiguamente -decía un predicador que se consideraba avanzado- los

campesinos hacían procesiones de rogativas para tener buenas cosechas. Hoy ya han evolucionado y emplean abonos.» La química ha sustituido con ventaja a la oración...

Se hace un razonamiento análogo a propósito de los ángeles. Los dispositivos de seguridad, los seguros de enfermedad y de accidentes, los servicios de policía, los progresos de la medicina, etcétera, todo eso parece proteger suficientemente al hombre moderno contra los infortunios de la vida. Así, pues, ya no hay sitio para Dios y sus ángeles en las dificultades de la vida diaria. Como si Dios no hubiera advertido a los hombres que se afanan en vano si el Señor no sostiene sus esfuerzos. ¿Es que los abonos protegen el campo del granizo y de las heladas, de las inundaciones y de las sequías? Quiérase o no, en fin de cuentas «los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, todo viene de Dios».

Si en el pasado se ha exagerado en un extremo, sería bueno no caer hoy en el extremo opuesto. Si ayer algunos cristianos concedían demasiado a los ángeles, sin duda hoy se les da demasiado poco. Sean los que sean los descubrimientos de la ciencia, el principio de Santo Tomás queda en pie: para todas sus intervenciones materiales en el universo, Dios se sirve del ministerio de los ángeles. Son como los brazos y las manos de Dios.

«Ministerio», esta palabra encierra la solución para otra dificultad: el pensar que el ángel estaría en competición con Dios. La idea de esta interferencia llevaría pura y simplemente a eliminar al ángel como un comparsa que estorba.

¿Un ejemplo? Al Papa Juan XXIII le gustaba atribuir a la inspiración de su Ángel de la Guarda los pensamientos acertados que le venían a lo largo de la jornada. Podría decirse: ¿no es esto una exageración piadosa, o un simple modo de decir, puesto que, según la oración de la Misa para pedir la paz, es de Dios mismo de quien nos llegan «los deseos santos, los consejos sabios y las obras buenas»? En una palabra, una de dos: o estas inspiraciones provienen de Dios o provienen del Ángel de la Guarda. ¿Por qué no habrían de venir, por títulos diferentes, de Dios y del ángel al mismo tiempo? ¿Por qué no ver en Dios su fuente y en el ángel su canal? Entre la fuente y el canal no hay oposición ni interferencia sino continuidad y colaboración. Reconocer el papel secundario del canal no es negar la función primordial de la fuente.

«En razón del orden del universo un ángel preside la tierra, otro las aguas, otro el aire, un cuarto el fuego y así su influencia se extiende a todo el orden de los vivientes, de las plantas e incluso de los cuerpos celestes» (ORÍGENES) «A los ángeles celestiales, que poseen a Dios en la humildad y le sirven en la bienaventuranza, está sometida toda naturaleza corporal y toda vida irracional» (SAN AGUSTÍN)

Pero, precisa el Cardenal JOURNET: «esta acción de los ángeles, como la de nuestra libertad, puede ejercerse sin atentar lo más mínimo contra las leyes del universo».

Sin elevarse a la atmósfera

Una noción mezquina de Dios, que ve en Él un justiciero más que un padre, puede también conmocionar la fe en la custodia de los ángeles. ¿Cómo se podría pensar en que un Dios terrible pueda confiar amorosamente cada hombre a un ángel que le acompañe en todas sus idas y venidas? Para comprender este gesto de un Dios que es amor, en «un mundo corrompido en el que todo se vende y se compra» (Pío XI), y para no medir los atributos divinos por el rasero de las virtudes humanas, importa saber elevarse por encima de las nociones corrientes. Es arduo. No es corriente. Es incluso imposible para las solas fuerzas humanas. Para conseguir esta superación, el hombre necesita una energía sobrenatural. «Son poco corrientes las almas que no miden la bondad divina según sus cortos pensamientos», podríamos decir con Santa Teresa de Lisieux.

En efecto, el hombre no se decide a admitir que Dios confía la guarda de cada criatura humana a uno de esos seres resplandecientes de inteligencia, de fuerza y de belleza. Sólo un espíritu iluminado por la fe viva puede admitir este prodigio de amor que arrebató a San Bernardo: «Se trata de un maravilloso efecto de su bondad y uno de los mayores testimonios de su amor que podemos recibir». Dios manda a sus ángeles, «a esos espíritus tan elevados, tan felices, tan cercanos a Él, tan unidos a Él, tan sumisos a Él, sus verdaderos amigos y familiares: y para nuestro beneficio les manda descender a la tierra». Las misericordias infinitas de Dios «nos obligan a cantar sus alabanzas y anunciar sus maravillas a los hijos de los hombres».

¿Por qué podríamos extrañarnos de que Dios destine a los ángeles al servicio del hombre -se pregunta el Abad de Clairvaux- si les ha enviado su propio Hijo? «El mismo rey de los ángeles vino no para ser servido, sino para servir y para dar la vida por una multitud de hombres. » Al revelarnos la

bondad inconmensurable de Dios, el dogma de la Encarnación y de la Redención proyecta una mayor luz sobre la enseñanza de la Iglesia en lo que se refiere a la custodia de los ángeles.

Mientras más tomemos las ideas de un mundo secularizado como criterio de la verdad religiosa, más se nos hará problemática la existencia de los Ángeles Custodios. Por el contrario, mientras más tomemos como regla la palabra misma de Dios, como la interpreta la Iglesia católica, más se verán solucionadas las dificultades. Una fe vigorosa las aclarará, como el viento disipa la niebla. «¿Que hay en ese ambiente muchas ocasiones de torcerse? Bueno. Pero ¿acaso no hay también Custodios?».

Junto al incomprensible amor de Dios por los hombres, la fe nos revela también su sabiduría y su poder infinitos, que se reflejan en el mundo de los ángeles. Podríamos decir, aplicando a la existencia de los ángeles lo que Santo Tomás canta de la Presencia real: «Si nada se presenta ante los sentidos, la fe basta, por sí sola, para dar firmeza a un corazón leal»

La fe basta, mientras que todos los demás motivos por sí solos no son suficientes para establecer con certidumbre la existencia de los ángeles. En definitiva, no es porque conviene que haya criaturas espirituales entre Dios, espíritu increado, y los hombres, compuestos de cuerpo y de espíritu, por lo que el cristiano cree en la existencia de los ángeles. Tampoco es porque en religiones no cristianas, antiguas y modernas, se encuentren algunas equivalencias de ángeles buenos y malos, posible supervivencia de una revelación primitiva, por lo que creemos en los Ángeles Custodios. Creemos porque la Iglesia, fiel intérprete de la Revejación, presenta su existencia y su actividad como una verdad revelada por Dios mismo. «Sólo por la fe conocemos la existencia de los ángeles», afirma San Agustín.

Para salir al encuentro de los ángeles no es necesario subir a la estratosfera. Se puede subir hasta allá sin encontrarlos. Para escucharlos y hallarlos basta con elevarse al plano sobrenatural. Entonces se les percibe con lo que el mismo Santo doctor llama «los ojos de la fe».

Una preocupación excesiva por no chocar la conciencia moderna puede llevar al cristiano a dar la espalda a la luz que Dios nos ofrece en la Revelación y a quedarse así en las tinieblas de la ignorancia y del error, e incluso quizá hasta a ofender a Dios por negarse a adherirse a su palabra. Poner en duda la veracidad de Dios es blasfemar.

El espíritu de conformismo con un mundo secularizado puede llevar a tristes abdicaciones. Para agradar a los hombres de poca fe, algunos católicos no dudarán en desagradar a Dios. Olvidan a San Pablo: «Si todavía siguiese complaciendo a los hombres, no sería siervo de Cristo». Por el contrario, parecen decir: «Si todavía estuviese en plan de aceptar en todos los puntos la doctrina de la Iglesia, dejaría de agradar al mundo».

Dar caza a los ángeles

Un último capítulo de dificultades puede tomar pie en la misma Sagrada Escritura, cuando habla de la actividad de los ángeles.

Pablo VI señala que «las dificultades para la fe provienen también de los estudios filosóficos, exegéticos, históricos, aplicados a esta primera fuente de la verdad revelada que es la Sagrada Escritura. Privado del complemento que le proporciona la Tradición y la asistencia autorizada del Magisterio de la Iglesia, hasta el mismo estudio de la Biblia está lleno de dudas y de problemas que desconciertan la fe más que reforzarla». (Discurso del 30-X-1968 sobre la situación dramática de la fe). El Papa añadía: «Dejado a la iniciativa individual, el estudio de la Biblia engendra un tal pluralismo de opiniones, que la fe se ve removida en su certidumbre subjetiva y despojada de su autoridad social. De ello se sigue que tal fe pone obstáculos a la unidad de los creyentes, cuando debería ser la base de la convergencia de pensamientos y de espíritus: no hay más que una sola fe». (Ef 4, 5) Es necesario señalar que estas palabras de Pablo VI no son una condenación global de los estudios exegéticos modernos, como hay quien lo ha pretendido. Lo que el Sumo Pontífice rechaza es una exégesis que se hurta a la luz de la Tradición y del Magisterio. «Es evidente que la Tradición sagrada, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia están tan conexos entre sí y tan compenetrados, por disposición sapientísima de Dios, que ninguno puede subsistir sin los otros, y todos juntos, cada uno a su modo, contribuyen eficazmente, bajo la acción del único Espíritu Santo, a la salvación de las almas» (CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática Dei Verbum [La Revelación divina], n. 10).

Citemos al azar algunos pasajes de la Sagrada Escritura susceptibles de desconcertar a los lectores no iniciados. El libro de Daniel nos muestra a ángeles en conflicto entre sí (10, 13). Creemos que los ángeles disfrutaban de una felicidad sin sombra: Isaías (33, 7) anuncia que los ángeles de la paz llorarán. Por otra parte, el libro segundo de los Reyes (19, 35) atribuye a un ángel exterminador la muerte

de 185.000 guerreros asirios en una sola noche; los exégetas, apoyados en el testimonio del historiador griego Herodoto, atribuyen esta hecatombe a una epidemia de peste propagada por una invasión de ratas. ¿Fue el mismo Dios o fue un ángel el que se apareció a Moisés en la zarza ardiendo? La expresión «ángel del Señor» (o ángel de Yahvé) ¿designa a Dios o a un ángel?

La Tradición viene a aclarar estas dificultades. Como lo explica Santo Tomás, las expresiones empleadas por Daniel y por Isaías no son para ser tomadas en sentido literal. Traducen realidades espirituales en imágenes sacadas de la vida humana.

Una invasión de ratas en el campamento sirio no excluye la intervención de un ángel exterminador. ¿Por qué no podría el ángel haber movilizadado un ejército de ratas para propagar la peste? El dominio de un espíritu puro sobre los animales está en el orden de las cosas. No debería sorprendernos más de lo que nos sorprende el dominio de un pastor sobre su rebaño; el pastor actúa sobre los sentidos exteriores de las bestias (oído, tacto, etc.), el ángel actúa sobre los sentidos internos (imaginación, memoria). A través de los sentidos internos el ángel puede controlar el comportamiento exterior de los animales.

En cuanto al empleo alternativo del nombre de Dios (o de Yahvé) y el del ángel, una distinción que hace Santo Tomás resuelve el problema. El ángel interviene siempre en nombre de Dios, por eso el autor sagrado atribuye esa intervención ya a Dios mismo, ya al ángel, que es su causa instrumental. «Del mismo modo decimos que el Papa absuelve a una persona, aunque la absolución sea dada por otra persona».

Por lo demás, esta alternancia de expresiones complementarias se encuentra con frecuencia en la vida ordinaria. Cuando, en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado dirige una carta a una Semana Social, por ejemplo, los periódicos hablan indistintamente de la carta del Papa y de la carta del Cardenal. Se trata de una unidad moral igual que, en otro plano y de otra manera, forman una unidad moral Dios y el ángel a quien Él envía a los hombres. Esta unidad moral no lleva consigo una identidad física entre el mandante y el ejecutivo, que son dos seres concretos distintos.

El movimiento de desmitificación parece llevar a determinados intérpretes a excluir sistemáticamente de la Biblia a los ángeles, en favor de una fuerza superior, Dios, o en favor de fuerzas naturales inferiores. Se atribuirá a Dios lo que la Biblia afirma acerca del ángel del Señor, igual que se otorgará a las fuerzas naturales lo que la Biblia atribuye a la intervención de un ángel. Estamos en plena fobia contra los ángeles.

Se evitarían estos errores, fuente de confusión para los fieles, si además de utilizar las ciencias profanas, se utilizasen la Tradición y el Magisterio para iluminar la Biblia, según la norma recordada por Pablo VI; y también si nos acomodásemos menos a la mentalidad de un mundo secularizado y si no se tomasen por palabras de la Escritura ciertos eslóganes tan superficiales como agresivos: «¡La gente no admitirá jamás esto!». «Hoy día ya no hay nadie que crea... » ¿Es que ha llevado a cabo usted una encuesta para hablar con tanta seguridad? ¿No está usted confundiendo el punto de vista de la gente con sus propios pensamientos?

Si el cristiano no se orienta hacia la Tradición y el Magisterio, no encontrará respuestas satisfactorias para las cuestiones que le plantea la lectura de la Biblia. En vez de proporcionarle luces y certidumbre sobre los ángeles, la Biblia puede levantar problemas y dudas.

Leída al margen de la luz de la Iglesia, la Sagrada Escritura, junto con un arte religioso adulterado, con la idolatría técnica, con la secularización y la «contestación», puede corroer la fe en la existencia de los ángeles que Dios asocia a sí mismo para gobernar el mundo.

GRIETAS Y EMBOSCADAS

Ningún católico con ideas claras y conscientes podría negar que los ángeles existen; pero que en la economía actual de la salvación los ángeles sean necesarios para la custodia de los hombres y del hombre del siglo XXI enriquecido con las conquistas de la ciencia, esto puede parecer un tanto discutible a muchos cristianos.

El hombre de hoy, como el de todos los tiempos, tiene necesidad de la protección de los ángeles, por dos motivos esenciales, independientes de la evolución de la sociedad y del progreso de la técnica: primero, porque es y sigue siendo un ser desequilibrado y enfermo; además, porque es el blanco de emboscadas y ataques continuos por parte de Satán.

La objeción de la pretendida suficiencia moral del hombre es de todos los tiempos. Santo Tomás de Aquino ya la conocía. La cita en la primera línea de la primera página de su tratado sobre los ángeles en la Suma Teológica. "Se asignan guardas -dice- a quienes no pueden o no saben guardarse a sí mismos, como es el caso de los niños y de los enfermos. Ahora bien, el hombre puede guardarse a sí mismo por su libre albedrío y por el conocimiento innato que tiene de la ley natural. Luego los ángeles son inútiles." A esta objeción que pone en primer plano la conciencia natural del hombre y las fuerzas naturales de su voluntad, ¿qué contesta el Doctor común de la Iglesia? Santo Tomás admite la existencia de esta conciencia y de estas fuerzas. Pero añade -y éste es el nudo de su razonamiento- que estas luces y estas energías son insuficientes. ¿Reales?, sí. ¿Suficientes?, no.

Merced al libre albedrío, el hombre puede, en cierto modo, evitar el mal, pero no de manera suficiente, ya que su amor al bien está debilitado por las numerosas pasiones del alma. Del mismo modo, por el conocimiento universal de la ley natural, que de manera natural es propio del hombre, éste es orientado, en cierto modo, hacia el bien; pero insuficientemente, pues al querer aplicar los principios universales de la ley natural a las acciones particulares ocurre que el hombre se desvía de no pocas maneras. Por eso la Sagrada Escritura afirma que «los pensamientos de los mortales son tímidos y nuestras previsiones son inciertas». De aquí la conclusión: «El hombre tiene, pues, necesidad de la custodia del ángel».

La Revelación cristiana nos enseña que este desequilibrio, que entorpece las facultades del hombre y estorba a su conducta es una consecuencia del pecado original. Éste ha traumatizado, en cierto modo, las facultades del hombre: la razón se encuentra entorpecida, sobre todo, en el plano del actuar; la voluntad está endurecida con respecto al bien; al mismo tiempo, aumenta la dificultad para hacer el bien y se enciende la concupiscencia. Este fondo de maldad, observa un comentarista de Santo Tomás, es causa de que el hombre no tenga ya el gusto natural de Dios, sino que, al contrario, encuentra una extensa dificultad en someterse a Él y elevarse hacia Él y una extraña facilidad para volverle la espalda, para prescindir de Él ... «Que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor», escribe Santa Teresa en el Libro de su vida (cap. II).

Hay que tratar a los ángeles. Acudir a ellos... Pídeles que lleven al Señor esa buena voluntad que la gracia ha hecho germinar en nuestra miseria, como un lirio nacido en el estercolero. Santos Ángeles Custodios: defendednos en la batalla, para que no perezcamos en el tremendo juicio.

Los pecados personales del hombre, sus vicios y, a veces, sus taras hereditarias agravan todavía más las heridas causadas por el pecado original.

Para guardar a estos enfermos de la voluntad y de la conciencia, Dios despacha a sus ángeles. «Tantos hombres como estáis viendo -observa Bousset, interpelando a los Ángeles Custodios- son otros tantos enfermos y miserables, cuya extrema necesidad clama por vuestro auxilio.» Desarrollando su pensamiento, prosigue: «Todos los hombres son prisioneros, cargados con las cadenas de este cuerpo mortal: espíritus libres, ayudadles a llevar este peso agobiante; sostened al alma que ha de tender al cielo, contra el peso de la carne que la tira hacia la tierra. Todos los hombres son ignorantes que andan en medio de tinieblas: espíritus que veis la luz pura, disipad las nubes que nos envuelven. Todos los hombres son atraídos por los bienes sensibles: vosotros que bebéis en la fuente misma de las voluptuosidades castas e intelectuales, refrescad nuestra sequedad con algunas gotas de este rocío celestial. Todos los hombres tienen en el fondo del alma un desdichado germen de envidia, siempre fecunda en discusiones, rencillas, murmuraciones, maledicciones, divisiones: espíritus caritativos, espíritus pacíficos, calmad la tempestad de nuestras cóleras, dulcificad la acritud de nuestros odios, sed los mediadores invisibles para reconciliar en Nuestro Señor nuestros corazones ulcerados».

Cosa curiosa, que revela a su manera las secuelas del pecado original en la lógica del hombre: herido en su espíritu de suficiencia, el mundo moderno se subleva contra la enseñanza de la Iglesia sobre

«la propensión que tienen los hombres al desequilibrio y al mal»; pero al mismo tiempo, y en la literatura, acepta las descripciones desoladas de la corrupción humana. ¡Dos pesos y dos medidas!

Las observaciones pesimistas acerca de la naturaleza corrompida del hombre son admitidas en pluma de filósofos y escritores, pero son rechazadas si provienen de labios de la Iglesia. Y eso que la teología católica se muestra infinitamente menos deprimente que los escritores existencialistas: la Iglesia afirma que el pecado original ha mermado la tendencia del hombre hacia el bien, sin que por eso haya atentado contra las estructuras de su naturaleza; el hombre no es malo fundamentalmente. Lejos de naufragar en un pesimismo estéril y en la desesperanza, la Iglesia presenta a los hombres las luces y las energías que Dios les ofrece. Les abre así perspectivas de salud y de felicidad.

Otro hecho curioso, revelador también del desequilibrio introducido por el pecado original en el hombre y de la contaminación de los cristianos por el espíritu mundano: con frecuencia soslayan el dogma del pecado original. Es ésta una de las verdades reveladas por Dios «a la que no se quiere mirar de frente», como observa el Cardenal Garrone. Y pregunta: «¿Hay todavía lugar en la predicación para el pecado original?». ¿No se podía hacer la misma pregunta a determinados catecismos?

Negar, en la teoría y en la práctica, el pecado original y sus consecuencias funestas para el equilibrio intelectual y para la salud moral del hombre es negar implícitamente la necesidad de la custodia de los ángeles. Ciertamente que los que gozan de buena salud no tienen necesidad de un médico, ni las personas equilibradas necesitan de las advertencias de un sabio.

Por el contrario, admitir la doctrina católica sobre el pecado original es reconocer al mismo tiempo la necesidad de un remedio. La Iglesia nos presenta la custodia de los ángeles precisamente como una terapéutica.

Las secuelas del pecado original no se hacen sentir de modo excepcional, como puede presentarse una jaqueca por causa de «surmenage», o como se puede presentar una crisis hepática después de una cólera violenta. Estas secuelas del pecado original afectan a nuestras facultades en sí mismas y se manifiestan de modo continuo como una enfermedad crónica o una debilidad congénita. Un miope es miope continuamente, de día y de noche, en la ciudad y en la playa, en la fábrica y en el cine. De la misma manera, reducidas a sus propias fuerzas, la conciencia moral y la voluntad del hombre son deficientes sin interrupción, de una forma o de otra. La permanencia del mal reclama la continuidad de esta terapéutica que son la acción de la gracia y la custodia de los ángeles.

Apenas si se osa hablar del demonio

Hay un segundo motivo, que exige la asistencia incesante del ser espiritual comisionado por Dios para defender al hombre: la continuidad de los ataques de otro ser espiritual: el demonio.

¿El demonio? «Apenas si hoy se osa hablar de él -escribe el Cardenal Garrone-. Hay sobre este tema una especie de conspiración del silencio. Si este silencio se rompe un día es por obra de gentes que se consideran unos enterados, o que incluso plantean, con temeridad asombrosa, la cuestión de si el demonio existe. Ahora bien, acerca de este punto hay una certeza por parte de la Iglesia, que no se puede rechazar sin temeridad y que se apoya en una enseñanza constante cuya fuente está en el Evangelio y más allá. La existencia, la naturaleza, la acción del demonio, es profundamente misteriosa: la única actitud sensata es consentir con las afirmaciones de la fe, sin pretender saber más e lo que la Revelación ha tenido a bien deciros».

Consentir con las afirmaciones de la fe: una de sus enseñanzas que diariamente, antes de la reciente modificación del Breviario, la Iglesia proponía a la atención de los sacerdotes y de los fieles que recitan el Oficio divino, un versículo de la primera carta de San Pedro, con el que se abría el rezo de Completas: Hermanos, sed sobrios y estad vigilantes, porque vuestro enemigo el diablo merodea a vuestro alrededor como un león rugiente, buscando a quien devorar; presentadle una resistencia firme en la fe» San Bernardo relaciona este pasaje con un versículo del libro de Job: «He dado la vuelta al mundo y lo he recorrido de arriba a abajo» (1, 7), y pone de relieve la constancia y la obstinación del demonio.

Ese mismo rezo de Completas se termina con otra evocación del diablo, acompañada de la invocación a los Ángeles Custodios: «Visitad, Señor, esta casa y rechazad lejos de ella al enemigo y sus tentaciones: que vuestros ángeles santos tengan en ella su morada para resguardarnos en paz, y que vuestra bendición sea siempre con nosotros». No es fortuita esta relación, como podría ser fortuita la coincidencia de un hombre honrado junto a un malhechor en un autobús. Esta vecindad responde a los designios de la Providencia: para contrarrestar la acción del demonio sobre los hombres, Dios ha confiado éstos a la custodia de los ángeles. Se trata efectivamente de un control. Dios habría podido

«lanzar a los ángeles rebeldes a la prisión del infierno para siempre», después que pecaron, como lo hará al final de los tiempos^o. Prefirió dejarles una cierta libertad de acción, para emplearlos en su servicio: utiliza su poder y su malicia para ejercitar la virtud de los hombres. Nada hay en el universo que Dios no haya incluido en sus planes. De una manera o de otra, toda cosa está al servicio de Dios; nada escapa a su control". De la malicia de los demonios Dios saca un bien para nosotros: el ejercicio en la virtud.

Un papel providencial

En efecto, es evidente que muchos hombres pasarían la vida en la mediocridad o se irían deslizando hacia el mal si la Providencia no los colocara en circunstancias que les obligan a optar por el bien o por el mal. Sin estas pruebas ¿se habría elevado Job hasta la virtud heroica? Así los ángeles se nos muestran como los ejecutivos de los designios de la Providencia, que apuntan al progreso espiritual de los elegidos.

Los ángeles buenos nos procuran este progreso llevándonos hacia el bien y apartándonos del mal; los ángeles malos, indirectamente, al incitarnos al mal y ofrecernos así la oportunidad de una reacción contraria. Los demonios no son como unos comparsas en la historia de la salvación: «Tienen un papel providencial aquí abajo, probando a los hombres por medio de la tentación».

Tampoco los demonios son poderes malvados desatados, sustraídos a todo control; Dios tiene cogidas sus riendas. Como a las olas desencadenadas del mar, evocadas por el libro de Job (38, 11), les ha dicho antes de permitirles tentar a los hombres: «¡Hasta aquí, y no más lejos! En este punto se romperá el furor de vuestro oleaje».

San Agustín hace la siguiente observación: «El diablo querría con frecuencia hacer daño, pero no lo puede hacer, pues su poder está sornetido a otro poder. Si el diablo pudiese dañar tanto como él quiere, no habría justos sobre la tierra».

Diffícilmente podemos imaginar el poder de los demonios. Siempre dentro de los límites señalados por la Providencia y respetando el orden natural, tienen poder sobre el mundo de la materia. Pueden jugar con las realidades materiales como un niño juega con las canicas. Si bien es cierto que la inteligencia y la voluntad del hombre les están vedadas, no obstante tienen acceso a los sentidos exteriores y a las facultades inferiores: la imaginación, la sensibilidad, la memoria.

En una página fuerte de L'Iniposture, Georges BERNANOS describe el poderío del demonio sobre las facultades del hombre y los límites que Satán encuentra en la inviolabilidad de la voluntad y, sobre todo, en el poder de la gracia. «Por muy sutil que sea el enemigo, su más ingeniosa malicia no podría alcanzar el alma si no es dando un rodeo, como se puede forzar una ciudad envenenando sus aguas. Engaña el juicio, mancilla la imaginación, conmueve la carne y la sangre, utiliza con arte infinito nuestras propias contradicciones, confunde nuestras alegrías, hace más profundas nuestras tristezas, falsea las acciones y las intenciones en lo más secreto de sus conexiones, pero incluso cuando ha conseguido trastornarlo todo así, no ha podido destruir nada.

»De nosotros mismos ha de conseguir el supremo consentimiento, y no lo tendrá hasta que Dios haya hablado a su vez. Por más que haya querido retrasar la gracia divina, ésta debe brotar, y espera este brotar necesario, ineluctable, con un terror inmenso, pues su trabajo paciente puede ser destruido en un instante. Dónde caerá el rayo, él lo ignora.»

Por el camino de estas facultades alcanzan indirectamente la inteligencia y la voluntad. Basta con pensar en el papel que las imágenes, los sentimientos y los impulsos juegan en la conducta del hombre, para darnos cuenta de que los demonios tienen enormes posibilidades de influencia sobre sus decisiones y su conducta. Pueden despertar imágenes y hacer surgir sensaciones susceptibles de afectar la inteligencia del hombre y de inclinar su voluntad hacia el lado que les conviene.

Dada la superioridad de su inteligencia sobre la del hombre, «los demonios son más hábiles que todos nuestros psiquiatras y todos nuestros psicólogos; tienen más experiencia que todos nuestros moralistas y todos nuestros políticos»«Su poder natural es espantable -observa un maestro espiritual-. Pueden llevar la agitación a vuestros espíritus, despertar en vosotros las imágenes que conserváis de las cosas, hacer brotar las que saben que son más peligrosas, porque ven que son las que preferís... Se deslizan como serpientes, se abalanzan como leones. Pueden pegarse a vosotros como vuestra propia sombra, os acosan, os asedian».

Satán se disfraza

Un autor inglés, C. S. Lewis, ha analizado detenidamente la táctica del diablo. San Pablo la resume en una frase lapidaria: «Satán se disfraza de ángel de luz». Un exegeta moderno se pregunta si el Apóstol hace alusión a una vida apócrifa de Adán, según la cual Satán se presentó a Eva bajo la apariencia de un ángel de luz cuando la tentó por segunda vez. Es posible. Lo que sobre todo importa a San Pablo es inculcar la habilidad que tiene el maligno para asumir la apariencia de bien.

Cuando presentan el error, los demonios lo arrojan con retazos de verdad que lo hacen aceptable. Cuando proponen el pecado, lo velan bajo un aspecto externo de virtud. Engañado, el hombre cede a la tentación. «Así, la inteligencia cae en el error a causa de una apariencia de verdad, como la voluntad se inclina hacia el mal por una apariencia de bien»

Los demonios no se afanan en un plano general y abstracto: practican siempre una táctica individual, adaptándola a cada caso particular. Se hacen con su víctima por su flanco débil o por uno de sus centros de interés. Y con una destreza y una habilidad consumadas van avanzando gradualmente hacia sus metas sin quemar etapas.

De ordinario, Satán no recurre a esos procedimientos extraordinarios, como la obsesión o las apariciones, que sabemos en la vida de algunos santos. Se limita a utilizar con una habilidad extraordinaria los medios ordinarios que son las imaginaciones. Las manipula con un arte verdaderamente diabólico. «Ante su prodigiosa habilidad, la sabiduría del más grande genio humano no sirve para nada -escribe un teólogo contemporáneo-. ¡La fortaleza del alma ofrece tantas brechas por las que el mal puede insinuarse! Lo primero que estimula el demonio es la imaginación, e introduce el desasosiego por medio de representaciones que halagan el amor propio. Encuentra un poderoso aliado en la propensión a soñar que todos tenemos y que con demasiada frecuencia absorbe nuestra atención en detrimento de la realidad. Por medio de las imágenes el demonio tiene acceso a la razón, cuyo juicio enturbia, pues hasta ese punto sabe revestir de misterio y de encanto el espectáculo de las cosas. Se las apaña muy bien para halagar esa curiosidad perversa y cobarde que hace que el espíritu remolonee en ese claroscuro y en esa trastienda en donde colores y relieves se difuminan y se apagan hasta tal punto que casi no se les discierne y no se piensa en enjuiciarlos... Así tranquilizada, la conciencia se adormila».

Los capítulos 40 y 41 del libro de Job presentan dos monstruos, Behenot y Leviatán, cuya fuerza es superior a la de todos los animales. Con otros Doctores de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino ve en esta superioridad física una imagen de la preeminencia de Satán sobre el hombre; éste, reducido a sus solas luces naturales, es incapaz de desenredar y poner al descubierto los artificios que Satán utiliza para inducirlo al mal. Un bull-dog que hiciera frente a un rinoceronte: ésta es la imagen del hombre que creyera poder medirse en astucia con Satán.

El Maestro Juan Tauler, místico alemán del siglo XIV, señala los trajines de los demonios para estorbar la elevación espiritual de las almas fervorosas: «Se acercan con todas las astucias de que disponen... Es indecible la malicia que emplean sin descanso en este trabajo, y el hombre tendría que emplear una aplicación continua y extremadamente grande para guardarse contra esta malicia de unos enemigos que le asedian tan encarnizadamente. Despliegan en este quehacer la habilidad más disimulada, y con frecuencia se sirven de las cosas que tienen apariencia de bien. Casi siempre lo que hacen es llevar al hombre hasta la dispersión del espíritu. Si ven que consiguen poco, le inducen a actuar de una manera que parezca buena, y así le insinúan el pensamiento de que está en buen estado, que puede estar satisfecho y que no hay que complicar las cosas. Ésta es una tentación muy inquietante, hoy más que nunca, pues, como dice San Bernardo: `en el camino de Dios, detenerse es ir hacia atrás'. En este estado se encuentran todos los corazones mundanos que dicen: `Yo hago tantas buenas obras como Fulano o Mengano; esto es más que suficiente, pues no pretendo alcanzar mejor suerte que ellos; quiero conservar mis costumbres'». Agitación y dispersión, satisfacción de sí acompañada con inatención al progreso espiritual: tales son los objetivos del demonio en su táctica con los clérigos, los religiosos y los cristianos fervorosos.

«Monsieur Vincent» pone en guardia

En este mismo orden de ideas, San Vicente de Paul señala a las Hijas de la Caridad el encarnizamiento sutil del demonio contra uno de los resortes de la vida espiritual: la oración, y de manera especial la oración hecha por la mañana, que impregna de fe y de amor todas las actividades profanas de la jornada: «El diablo hace todo lo que puede para impedirnos hacer oración, pues bien sabe que si él es el primero en llenarnos el espíritu de pensamientos frívolos, dominará sobre él durante todo el día».

Esta llamada de atención de San Vicente de Paul, que era un gigante de la acción, hace eco a las consideraciones de San Juan de la Cruz, gigante de la contemplación. En la *Llama de amor viva* y en el *Cántico espiritual* el santo describe el empeño de los demonios por apartar de la contemplación a las almas. Es una terquedad que impresiona: «Sorprende ver hasta qué punto Satán estima la contemplación y el caso que le hace -observa un comentarista de San Juan de la Cruz-. Satán piensa que para él es mayor ganancia causar un leve daño en la oración a un alma contemplativa, que causar muchos daños a una masa de personas menos adelantadas espiritualmente. Incluso aprecia esto como una ventaja mayor que hacer caer en pecados graves a muchas almas, pues éstas tienen poco o nada que perder, mientras que el alma contemplativa posee un grande y precioso capital. Igual que es una pérdida mucho más grave la de un poco de oro que la de una gran cantidad de vil metal».

De la misma manera, el lector del Evangelio queda estupefacto cuando se aproxima a los pasajes en los que el Señor toma contacto con las fuerzas demoníacas. «Cuando Jesús aparece en medio de los hombres, oímos a cada paso cómo los espíritus impuros gritan en los cuerpos y en las almas de los poseídos, pues los demonios saben que el Santo de Dios, que los va a aplastar, ha entrado en escena». «Si se toman en serio el pasaje de Lucas, 4, 6, y no pocas palabras del mismo Jesús, sin olvidar a San Pablo y a San Juan, nos vemos llevados a creer que el poder del demonio sobre el mundo (Daemonisierung der Welt) es mucho más amplio y más profundo de lo que comúnmente se supone».

Un hecho revelador de este poder: «Cualquiera que sea el ser o el elemento que quiere bendecir, la Iglesia comienza manifestando que los considera como asiento del demonio hasta ese momento, y que cree que su primer deber es arrebatárselo y echarlo de ellos.

»Consagra un templo para establecerse en él, y exorciza todo su ámbito. Igual cuando bendice el agua, el aceite o cualquier otra materia bruta tomada del mundo para su utilización, o cuando quiere insertar en ella a un hombre de este mundo por medio del Santo Bautismo: siempre la misma ceremonia precederá a todo acto positivo de consagración.

»Con eso nos está indicando que su obra de continuación de Cristo aquí abajo, de cumplimiento de Cristo, es fundamentalmente un rescate, una transferencia de propiedad obtenida con gran lucha para llegar hasta una expulsión. Se trata, para la Iglesia, de reconquistar, elemento por elemento, persona por persona, este mundo en el que el diablo y los suyos, por el pecado, por la idolatría del hombre, han podido arrogarse una soberanía cuasi divina; se trata de eliminarlos. La Iglesia avanza como un ejército dispuesto en orden de batalla... ».

Dos bandos invisibles

Tales son, a la luz de la Revelación, el poder de los demonios sobre el mundo y su posibilidad de influencia sobre cada hombre en particular. Poder inaudito del que no somos capaces de hacernos una idea adecuada, puesto que ignoramos casi todo acerca de la naturaleza de los seres incorpóreos. Poder de cuya amplitud los hombres no habrían podido conocer nada con certidumbre, si Dios mismo no les hubiera revelado el misterio. Poder que conviene tanto más afirmar cuanto que hoy parece ser objeto de una especie de conspiración del silencio, incluso en medios cristianos.

Por lo demás, hay autores de espiritualidad que lo han hecho notar: una de las más estrepitosas victorias del demonio es haber llegado a adormecer la vigilancia de los hombres de hoy, y hacer que su existencia y su influencia caigan en el olvido.

Prácticamente ignorado y desconocido de un gran número de cristianos, Satán puede actuar con mucho más desenfado. Es un enemigo irreducible cuya presencia asidua a nuestro lado olvidamos con demasiada frecuencia. Hace pensar en una quinta columna de la cual solamente unas pocas personas conocieran la fuerza y las maquinaciones en el país.

Además de la herida causada al hombre por el pecado original, esta presencia insidiosa de los demonios exige la presencia acogedora de los ángeles a nuestro lado. Cada hombre, cada mujer, cada niño, cada adolescente, es objeto de las continuas solicitudes de su Ángel de la Guarda, igual que es objeto de las maquinaciones incesantes de los demonios.

Si trasladamos estos datos de la fe desde el plano individual al plano social, o si se contemplan estas verdades en el plano mundial, se comprenderán ciertas afirmaciones, que a primera vista sorprenden, de los Padres de la Iglesia y de los maestros de vida espiritual. Eran realistas y no visionarios cuando, como un San Ambrosio, afirmaban que «la tierra y el aire pululan de ángeles y de demonios». Un pulular espiritual, ciertamente, pero no menos real.

Igual que durante la última guerra el Occidente estaba dividido en dos grandes coaliciones militares, así hay dos bandos invisibles peleando entre sí en el mundo: el de los ángeles buenos y el de los ángeles infieles. Se disputan furiosamente el imperio sobre los hombres. El Apocalipsis deja entrever la envergadura y la vehemencia de estas luchas gigantescas; asimismo, el texto misterioso de San Pablo exhortando a los fieles para que luchen, con las armas de la fe, contra las fuerzas espirituales del mal extendidas por los aires y contra los príncipes de este mundo de tinieblas; y también la oración a San Miguel Arcángel, jefe de las milicias celestiales, que antes se recitaba al final de las misas no cantadas.

Se cuenta en la vida de los Padres que un día el solitario San Isidoro subió al techo de su cabaña acompañado por el Abad Moisés, a quien el demonio de la impureza llevaba tentando algún tiempo. «Mira hacia Occidente», dijo Isidoro a su visitante. Éste vio una multitud de demonios haciendo un tumulto furioso, como si estuvieran preparándose para un combate. Después el solitario añadió: «Mira hacia Oriente», y el Abad Moisés vio una multitud innumerable de ángeles santos: el ejército de los poderes celestiales, más resplandeciente que el mismo sol. «Ésos que has visto hacia Occidente -dijo el eremita- son los que atacan a los santos; los que has visto hacia Oriente son los que Dios envía para socorrer a los santos. Tienes que reconocer que el número y la fuerza están de nuestra parte. » El santo Abad Moisés volvió a su celda reconfortado.

Hablando a los fieles sobre los ejércitos celestiales, San Juan Crisóstomo evoca también a los demonios, esos seres bárbaros y feroces, que llenan el aire que nos rodea, dispuestos a hacer estallar la guerra. Afortunadamente Dios les ha puesto enfrente ejércitos de ángeles buenos. El Obispo de Constantinopla compara a éstos con las tropas acantonadas en las ciudades fronterizas del imperio, para defender el país contra las incursiones de los bárbaros.

«Tenemos con nosotros más aliados que ellos»

Santo Tomás de Aquino ha resumido esta doctrina en pocas líneas densas y luminosas de un artículo de la Suma Teológica, sobre la fuerza mantenida por los demonios contra los hombres. Amigo de dialogar, primero pone una objeción: no es una justa condición para el combate exponer al débil en la guerra contra el fuerte; al ignorante contra el astuto.

Ahora bien, los hombres son débiles e ignorantes, mientras que los demonios son poderosos y astutos. Dios, que es autor de toda justicia, no debe permitir que los hombres sean atacados por los demonios.

Ésta es la respuesta del Santo Doctor: «Para que la lucha no sea desigual, el hombre recibe en compensación de modo principal el auxilio de la 'gracia divina' y secundariamente la custodia de los ángeles. Por eso Eliseo dijo a su criado: No temas, tenemos con nosotros más aliados que ellos». Es alusión al episodio que cuenta el libro Segundo de los Reyes (cap. VI, 15 ss.); Guijezi el sirviente de Eliseo, estaba desesperado viendo la ciudad de Dotan cercada por tropas enemigas venidas para aprisionar a su señor. Eliseo se puso en oración: «Señor, ábrele los ojos para que vea». Los ojos de Guijezi se abrieron entonces y «vio la montaña llena de caballos y carros de fuego». Después de esto las tropas asediadas fueron atacadas de alucinaciones.

Comentando la respuesta del Doctor Angélico a la objeción de esta desigualdad manifiesta entre las fuerzas del demonio y las del hombre, un teólogo contemporáneo pone de relieve la importancia que Santo Tomás atribuye a la custodia de los ángeles, al compararla con el papel de la gracia divina en la economía de la salvación.

La estrofa final del himno Aeterne rector siderum, recitada por la Iglesia en la fiesta de los Ángeles Custodios, pone en conexión de manera parecida ambas cosas, al asociar la misión de los ángeles a la del Salvador y a la del Espíritu Santo: «A Dios Padre sea dada la gloria, que por medio de sus ángeles guarde a aquellos a quienes su Hijo ha rescatado y que el Espíritu Santo ha santificado».

No. El Ángel Custodio no es un simple figurante etéreo en la escena donde se representa la vida de los hombres, y donde se decide su destino eterno. Tiene un papel importante. ¿No ha sido destinado por Dios al servicio del hombre, como afirma la Carta a los Hebreos?

Se escribe la historia de los pueblos y de sus personajes más señalados. Es la exposición de hechos visibles y el análisis de relaciones de las cuales se puede llevar un control. Para completar el cuadro habría que escribir también una historia de los hechos invisibles y de las relaciones no controlables, tejido de las influencias respectivas de los ángeles santos y de los demonios sobre los jefes de Estado, sobre los hombres políticos, sobre los pensadores, los educadores y los artistas, sobre los profesionales de la opinión pública, sobre la vida económica, sobre la moda, etcétera.

Esta información complementaria explicaría muchas cosas que hoy parecen inexplicables en parte.

El príncipe de la mentira

Por ejemplo, ¿podríamos sospechar cuál fue la influencia exacta de las fuerzas diabólicas sobre la ideología de un Stalin o de un Hitler?

En un estudio sobre Satán hoy día, Dom Alois Mager, Decano de la Facultad de Teología de Salzburgo, apunta la influencia de las fuerzas demoníacas sobre Adolfo Hitler y sobre el nacionalsocialismo.

«Fue un homicida desde el principio; no ha permanecido en la verdad, porque la verdad no está en él». De estas palabras de Jesús, Dom Mager concluye que dos son los signos que caracterizan al mundo satánico: la mentira y el homicidio. El benedictino alemán discierne estos dos rasgos en el Führer y en su Weltanschauung. «Si es cierto que Pío XI llamó al nacionalsocialismo la mendacium incarnatum, la mentira hecha carne, no pudo haberlo designado de una forma más exacta (...). La mentira reduce a la nada la vida espiritual; el homicidio, la vida corporal. Siempre reducir a la nada, ésa es la táctica de las fuerzas satánicas. Es significativo el hecho de que no hay palabra que se repita tanto y con tanta regularidad en los discursos de Hitler y de sus dirigentes nazis, y en su prensa, como las palabras destrucción, anulación. »No hay definición más breve, más precisa, más adecuada a la forma de ser de Hitler que la de (...) medium de Satán (...). El general Jodl decía de él en el proceso de Nuremberg: era un gran hombre, pero un gran hombre infernal.» Monseñor J. B. Neuhausler, que fue prisionero en los campos de concentración nazis, luego Obispo auxiliar de Munich, resume en su obra *Cruz y cruz gamada* la esencia del nacionalsocialismo en esta fórmula: «Satán y el nacionalsocialismo están ligados el uno al otro».

Un filósofo francés llega a las mismas conclusiones que el prelado alemán: «¿Qué hay de comparable al fenómeno hitleriano? En el espacio de doce años, un hombre que no era ni un estratega, ni un político excepcional, que sólo disponía de una fuerza frenética de medium, pudo hacer, él sólo, alucinando a todo un pueblo, lo que en revoluciones anteriores hubiera requerido la cooperación de varios genios excepcionales. Hitler hizo lo que habían hecho juntos Rousseau, Mirabeau, Robespierre, Bonaparte. Y estuvo a punto de tener éxito. No se puede por menos de tener la impresión de que, en este caso único, del que hemos sido testigos, no haya habido, para suscitar, para producir este fenómeno tan extraordinario, algo análogo a lo que los demonólogos llaman maleficio, posesión, es decir, sustitución de la personalidad humana por una personalidad secundaria infra y sobrehumana».

Guitton añade, pensando en los autores que, negando que Satán sea una persona, hacen de él una simple abstracción: «Esto no es más que un ejemplo bastante basto; no lo he escogido sino para explicar mi pregunta sobre el mal y la malicia. Para mí, el problema se plantea en saber si basta con escribir con mayúscula la palabra Mal, si no hay que dar un paso más y comprobar que, bajo el peso de las experiencias, los malvados, los malos, los maliciosos, el Mal mismo, no bastan para explicar el hecho de la inversión, de la perversión, de la subversión actuales; si no será razonable dar la razón a la Revelación bíblica y llamar al mal por su propio nombre: el Maligno (...). Podríamos también preguntarnos si en estos momentos, la Iglesia no está zarandeada por el Maligno».

Nunca ha dejado de engañar

En cuanto al comunismo ateo, podríamos preguntarnos si los católicos se han dado bien cuenta de que Pío XI conecta también sus orígenes con las influencias satánicas.

La primera página de la Encíclica *Divini Redemptoris* (sobre el comunismo ateo) evoca la promesa de un Redentor Divino, cuya esperanza viene a dulcificar la añoranza del paraíso perdido y a sostener al género humano en su encaminamiento a través de las tribulaciones. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, la aparición del Salvador colmó esta espera e inauguró una nueva civilización. «Pero la lucha entre el bien y el mal, triste herencia del pecado original, siguió devastando el mundo; y por medio de sus promesas falaces el antiguo tentador no ha dejado nunca de engañar al género humano. Por eso, a lo largo de los siglos, hemos visto sucederse las revueltas hasta la revolución actual, que está ya desencadenada o que está amenazando seriamente se puede decir que en casi todas partes, y supera por su amplitud y su violencia lo que ha sucedido en las persecuciones anteriores contra la Iglesia (...). Este peligro es el comunismo bolchevique y ateo. »

«Por eso» (Quapropter), escribe Pío XI: señala aquí esos lazos íntimos que existen entre los manejos continuos de Satán a lo largo de la historia, y el advenimiento del comunismo ateo en nuestra época. Pío XI relaciona así a Satán con los orígenes del comunismo ateo, sin con esto negar la influencia de otros factores como el declinar de la fe, el liberalismo económico, las injusticias sociales que claman al cielo.

La influencia que los ángeles caídos tienen sobre las actividades culturales y económicas, políticas y militares de los pueblos, no debe, sin embargo, hacernos olvidar la influencia también real de los Ángeles de la luz sobre la unidad temporal.

El himno *Aeterne rector siderum*, que la Iglesia recita en la fiesta de los Ángeles Custodios, evoca también las múltiples intervenciones de estos espíritus en la vida de los Estados en lo que se refiere a la seguridad del país, la salud pública y la paz social. Uno de los pastores de almas más lúcidos del siglo XX, el Cardenal Faulhaber, Arzobispo de Munich, pronunció un día un sermón en el que, apoyándose en la Sagrada Escritura, describe el papel de los Ángeles Custodios de los pueblos.

La epopeya de Juana de Arco es una espléndida ilustración de la intervención de San Miguel y de los ángeles en los asuntos de un reino terrestre. Lo que en esta historia parece excepcional no es el interés por una ciudad temporal, sino el modo visible y audible de sus intervenciones, que de ordinario son secretas.

Sólo Dios conoce plenamente la amplitud y la profundidad de las influencias angélicas y el dominio demoníaco sobre el desenvolvimiento de la historia. El mundo las descubrirá con estupor el día del juicio final. Entonces saldrá a la luz todo lo que hoy está forzosamente oculto a nuestros ojos de carne: *Quidquid latet apparebit*.

EN TODAS TUS IDAS Y VENIDAS

Una cierta imaginería religiosa se complacía hace algún tiempo en representar al Ángel de la Guarda en compañía de niñas o niños pequeños que estaban en peligro.

Esto puede llevar a reducir a la edad infantil la custodia de los ángeles y a exceptuar de ella a los adultos. Que los bebés y los niños tengan necesidad de la protección de los Ángeles de la Guarda, sea; pero los adolescentes, los jóvenes y los adultos ¿no se bastan a sí mismos?

Un concepto semejante no se compadece con la realidad profunda. En efecto, la gente joven y los adultos tienen todavía más necesidad de la custodia de los ángeles que la misma infancia. Los hombres y las mujeres están expuestos a dificultades y tentaciones que los pequeños no conocen. La extensión de la ayuda se ha de medir por la amplitud de las necesidades. Esto es tan cierto que, como hemos visto, los Doctores de la Iglesia y los teólogos atribuyen dos Ángeles Custodios a los hombres que tienen la carga del gobierno de una comunidad: uno para su persona, otro para su cargo.

Después de bastantes vacilaciones hasta la Edad Media, la teología católica enseña que hay un Ángel Custodio destinado a guardar a cada ser humano, sin distinción de raza, de edad o de sexo. No hay excepción a esta regla. Santo Tomás de Aquino lleva su rigor lógico hasta afirmar que incluso el Anticristo disfrutará de la asistencia de un Ángel de la Guarda. Éste le impedirá cometer todas las

iniquidades que deseará cometer en su odio hacia Dios. Igualmente podemos pensar que los perseguidores de la Iglesia y los enemigos del cristianismo, como un Calles, un Hitler o un Stalin, o los torturadores de los campos de Dachau o de Buchenwald, habrían cometido crímenes todavía más grandes sin las intervenciones secretas de los ángeles. ¿No basta a veces con un retraso, un olvido o un accidente de salud para impedir un crimen? Para los ángeles éstos son efectos fácil de conseguir. Su dominio sobre las fuerzas materiales les permite cambiar de sitio «un granito de arena» en las entrañas de un dictador o de un líder político. «Cromwell iba a devastar toda la cristiandad; la familia real habría estado perdida, y la suya se habría hecho definitivamente poderosa, si un granito de arena no se hubiera situado en su uréter. Incluso Roma habría temblado bajo él; pero ese guijarrito se colocó ahí, él murió, su familia fue humillada, todo quedó en paz, el rey fue restaurado».

Custodia de los ángeles y salvación de los no cristianos

La presencia invisible, pero activa de un Ángel Custodio al lado de cada hombre, invita a considerar de manera más profunda el problema de la salvación eterna de los no cristianos, tanto de los antiguos paganos, como los de hoy en Asia y en África. «Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad». El Verbo es la luz verdadera «que ilumina a todo hombre». Ahora bien, para iluminar la inteligencia humana Dios se sirve no sólo de los educadores y de los maestros, sino también de los ángeles. Estos constituyen un canal normal en la transmisión de la verdad.

Los griegos y los romanos otorgaban una gran importancia a la inspiración y al papel de las musas en la poesía. Sócrates rindió homenaje a la asistencia de su «demonio», genio bienhechor. Aristóteles entrevió que hombres superiores se benefician de la moción de un principio exterior a la razón humana, como lo subraya Santo Tomás en su tratado de los dones del Espíritu Santo.

Como hace notar el P Ch. D. Boulogne, los autores de obras maestras en el arte y en la literatura de todos los tiempos se sabían tributarios de fuerzas superiores más o menos identificadas. «Los autores de estas obras han reconocido siempre que les venían de más lejos y de más alto que de su corazón. Al llevarlas a cabo todos tuvieron el sentimiento de que les venían `otorgadas' e inspiradas. Músicos o pintores, poetas o escultores, filósofos o místicos, se sabían `visitados'... Los unos hablan de su daimon, los otros de su dios, y los cristianos -con más lucidez- de la asistencia del Señor, quien, para llegar a las almas utiliza a menudo los ángeles que son sus servidores. ¿Cómo no aceptar su testimonio? Su propia obra lo garantiza».

En un coloquio organizado en enero de 1968 por l'Alliance mondial des religions sobre el tema Anges démons et êtres intermédiaires, el Cardenal DANIÉLOU subrayó el papel de los ángeles, buenos y malos, en la inspiración artística: «La creación artística... tiene caracteres angélicos. Esto explica también su extraordinaria ambigüedad. Su belleza tiene algo de absolutamente fascinante, pero corre el peligro de convertirse en objeto de una especie de idolatría. Esto es lo que hace que el terreno del arte sea un terreno que está directamente en relación con ese otro terreno de la angelología y de la demonología. Cuando Gide dice que no hay obra de arte en la que no participe el demonio, dice, a mi parecer, algo que es perfectamente exacto, añadiendo en la que no participe el demonio o el ángel. Es decir, que el defecto de Gide está en no haber visto más que el aspecto diabólico del arte, y no haber visto que el arte tiene, antes que nada, un aspecto angélico».

El Concilio Vaticano II reconoce que, aun siendo incompletas, las religiones no cristianas como el Hinduismo, el Budismo, el Islam, etcétera, contienen parcelas de la verdad, reflejos del Verbo. «La Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en otras religiones es verdadero y santo. Con un sincero respeto toma en consideración esos modos de actuar y de vivir, esos preceptos y doctrinas que, aunque discrepan mucho de los que ella cree y propone, no pocas veces reflejan un rayo de aquella verdad que ilumina a todos los hombres».

La Declaración Nostra Aetate (sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas), «Según el Evangelio de San Juan (1, 9), Dios 'ilumina a todo hombre', y para San Pablo, Dios 'no ha cesado de dar testimonio' (Hch 14, 17). En su discurso en el Areópago Pablo exclama: 'Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es el que yo vengo a anunciaros' (Hch 17, 23).

La Iglesia no ha puesto nunca dificultades para reconocer y honrar a 'santos y paganos', que el Antiguo Testamento nos presenta y que acabamos de enumerar (Abel, Enoch, Daniel, Noé, Melquisedec, Lot, la Reina de Saba). Hay en todas partes y en todo tiempo gentes que creen en Cristo sin conocerlo y que 'invisiblemente' pertenecen a la'Iglesia visible'. Sería desconocer la realidad no querer ver que, en las religiones no cristianas, en los Vedas y en los Upanishads, en Buda y en Lao-Tse, se contienen

verdades, y que en Buda y en otros hay ideas morales bellas y elevadas. Si San Justino coloca a Sócrates y a otros paganos entre los santos también se podría, al decir de DANIELLOU, «hacer otro tanto con otros grandes sabios del paganismo, Zoroastro y Buda» (Les saints «paiéns» de l'Ancien Testament, p. 29).

El pensamiento de los cristianos sobre las religiones naturales presenta un abanico que va desde la condenación radical de un Karl Barth hasta la admiración insensata de ciertos cristianos que abandonan su fe para apuntarse a una religión oriental.

Entre estos dos extremos, el Concilio Vaticano II señala el justo medio: ni totalmente malas ni totalmente buenas, las religiones naturales presentan verdades entremezcladas con errores.

Estos rayos de la verdad que ilumina a todos los hombres, según la doctrina de Santo Tomás, Dios los difunde con la colaboración habitual de los ángeles.

Así la enseñanza de la Iglesia sobre la custodia de los ángeles, que disfrutan todos los hombres sin excepción, ilumina la doctrina católica de la gracia suficiente, que también se concede indistintamente a todos los hombres. Un lazo íntimo une estas dos realidades. Las luces procuradas por el ángel son una de las manifestaciones concretas de la gracia suficiente. «Es propio de la divina Providencia proveer a cada uno de lo necesario para la salvación; con la condición de que por su parte no ponga obstáculos - afirma Santo Tomás-. Podría ocurrir que un hombre creciera solo en la selva, en medio de lobos; si siguiera la conducta que le dictara su razón natural en la búsqueda del bien y en huir del mal, es seguro que Dios le revelaría por inspiración interior todo lo que es necesario creer, o dirigiría hacia él un predicador de la fe, como envió a Pedro en busca de Cornelio». Ahora bien, siguiendo la doctrina del Santo, en el caso propuesto esta luz interior sobre las cosas que hay que creer llega al hombre normalmente a través de la intervención del ángel, igual que por el ministerio de los ángeles el hombre recibe el carisma de lenguas o de profecía. «Dios no ha encadenado su poder a los sacramentos. » El no cristiano que, con ignorancia invencible de la Revelación, lleva no obstante una vida honesta y recta, puede salvarse fuera de la Iglesia visible.

«Pisarás sobre áspides y víboras»

¿De qué forma realizan los ángeles su misión en nuestra vida cotidiana? «Te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todas tus idas y venidas, y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras; pisarás sobre áspides y víboras y aplastarás al león y al dragón» ,

¿Cómo intervienen los Ángeles Custodios en los hogares, en las escuelas, en las fábricas, en los cines, en los parlamentos, en la carretera, en el aire? ¿Es posible una influencia de estos seres incorpóreos en la vida social y profesional, en la política? ¿Son eficaces? ¿Pesa esa influencia con un peso decisivo en los destinos de un hombre? ¿Juega un papel en la historia de la humanidad?

Santo Tomás de Aquino encuentra la respuesta a estas cuestiones en la naturaleza misma de los ángeles. Conocen incomparablemente mejor que el hombre el mundo material y sus leyes. Ejercen sobre este mundo material un imperio misterioso. Este dominio llega tan lejos y sobrepasa tanto los límites de la ciencia y de la técnica, que ciertos trabajos realizados por los ángeles podrían parecer milagrosos, cuando en realidad son puramente naturales. El mismo Doctor Angélico hace esta observación, que podría parecer una desmitificación de buena ley. Los hombres de una tribu de África, imposibilitados de toda relación con el resto del mundo, creerían presenciar un milagro si vieran aterrizar y despegar un avión, o si oyeran un transistor. Y, sin embargo, nada hay en ello de milagroso. Los fabricantes de uno de esos aparatos tienen sobre los hombres de una tribu salvaje la ventaja de conocer mejor y de aplicar mejor los elementos y las leyes de la naturaleza.

En este sentido, es significativo un episodio de los Hechos de los Apóstoles. Después del naufragio de su barco, San Pablo y sus compañeros desembarcaron en Malta. Encendieron fuego. Pablo recoge algunas ramas y las echa en la hoguera. Una víbora salta y se le enrolla en la mano. El Apóstol sacude el reptil en el fuego y no acusa ningún daño. Los indígenas esperan que se hinche y caiga muerto fulminado. Lo observan durante un rato y, al comprobar que no le pasa nada, cambian de actitud: «Es un dios», exclaman.

Los malteses consideraron como milagrosa la inmunidad de ese extranjero. Lo toman por un dios. Pero es muy posible que esta protección del Apóstol fuera el efecto de una acción del ángel sobre la víbora, como también se puede atribuir a una intervención de los ángeles la docilidad de los leones hambrientos en medio de los cuales había sido arrojado Daniel por orden de Darío. «Señor -dijo el Profeta al

monarca estupefacto-, mi Dios ha enviado a su ángel y ha cerrado las fauces de los leones; no me han hecho daño... ».

Dios mantiene sus promesas

Una vez más: no hay nada de extraño en esto para los que creen en la palabra de Dios. El poder de los ángeles sobre el mundo animal es muy superior al de los domadores de leones y encantadores de serpientes. El mismo Dios ha anunciado por boca del Profeta que sus elegidos pasarían indemnes por encima de áspides y víboras, e incluso aplastarían al león y al dragón.

Es preciso repetir con un Doctor de la Iglesia: hay que tomar estas palabras tanto en su sentido literal como en su sentido espiritual, como en uno y otro sentido hay que tomar las palabras «te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras».

El hombre se encuentra en su camino con obstáculos físicos y enemigos visibles, igual que se puede ver enfrentado con dificultades morales y con «fuerzas espirituales del mal, que pueblan los aires».

El Ángel de la Guarda tiene orden de asistir al hombre en todas estas peripecias. Puede ayudarle en un terreno físico, llevándolo, apartando un objeto o un animal peligroso., señalando el peligro por medio de un ruido, etcétera; igual puede intervenir en el terreno psíquico de diversas formas, ya sea en el mismo protegido por medio de una inspiración, ya sea en sus enemigos, poniéndolos de manifiesto, distrayéndolos o inhibiendo sus movimientos.

Podríamos citar cantidad de episodios entresacados de la vida de los santos. Sin duda que muchos de estos hechos se remontan a épocas poco exigentes en materia de sentido crítico. Hay quienes discuten hoy día la autenticidad de esas intervenciones, como, por ejemplo, la autenticidad de las voces que inspiraron a Santa Juana de Arco.

Mejor que presentar ahora un conjunto de hechos históricos que puedan ilustrar los versículos del Salmo 90 que hemos citado más arriba, fundamentales para la doctrina de los Ángeles Custodios, preferimos insistir en dos puntos: las seguridades que Dios nos ha dado y el poder de los ángeles sobre el mundo material en general y sobre el psiquismo del hombre en particular.

Un creyente podrá quizá criticar la autenticidad de las apariciones de ángeles en la vida de Santa Francisca Romana, de Santa Liduvina de Schiedam, de San Wenceslao duque de Bohemia, o, más cercana a nosotros, de Santa Gema Galgani (1878-1903); pero, a menos de ponerse en desacuerdo con su fe, no podría discutir la fidelidad de Dios en el mantenimiento de sus promesas. Los grandes de la tierra pueden faltar a las seguridades solemnemente dadas y violar los tratados: Dios es fiel: lo que promete, lo mantiene. Son numerosas las páginas de la Sagrada Escritura en las que se compromete a rodear a los suyos de una protección de ángeles, esos seres espirituales que tanto poder tienen sobre el mundo material y sobre las fuerzas diabólicas. ¡Mantiene sus promesas! Cuántos santos y cristianos fervorosos lo han experimentado en sus vidas.

«Te pasmas porque tu Ángel Custodio te ha hecho servicios patentes -observa San Josemaría Escrivá-. Y no debías pasmarte: para eso lo colocó el Señor junto a ti ».

Poner en duda la custodia de los ángeles vendría a ser lo mismo que negar implícitamente la veracidad de Dios y su fidelidad a la palabra dada. Sería como una blasfemia.

¿Rebajar a Dios o elevar a los hombres?

Se podrá objetar que los católicos de hoy día no creen ya en todas esas historias de ángeles, y que sería conveniente dar otra interpretación a determinados textos de la Biblia, para adaptarlos a la mentalidad evolucionada del hombre moderno.

Señalemos en primer lugar una exageración manifiesta: es una parte del mundo católico, y no su totalidad, la que pone en cuestión la interpretación tradicional de determinados textos bíblicos. Parece ser que los «contestatarios» en la Iglesia son bastante menos numerosos de lo que hacen creer por el ruido que, hábilmente orquestado, organizan a su alrededor. Pensemos, por contraste, en las decenas de millares de adhesiones recogidas hace algún tiempo, en pocos meses, por un mensaje de fidelidad al Papa de un pequeño grupo de seglares católicos franceses. ¿Quién esperaba una manifestación de afecto filial así? Pasa con los católicos negadores de la existencia de los ángeles, lo mismo que con los sacerdotes «contestatarios» del celibato eclesiástico: junto a unos centenares de «contestatarios

ruidosos», hay millares y decenas de millares de sacerdotes que aceptan vivamente el celibato en una donación silenciosa de sí a Dios.

En cuanto a la cuestión de fondo, es decir, la interpretación de la Sagrada Escritura, es posible que con demasiada frecuencia se ol-

vide lo siguiente: no es la verdad revelada por Dios la que debe rebajarse a nivel de los hombres y adaptarse a sus gustos por medio de sabias manipulaciones; es más bien el cristiano el que, por un acto de fe, debe elevarse a la altura de las verdades divinas.

La opinión voluble de las gentes no podría ser un criterio más seguro que la veracidad de Dios. ¿Son las arenas movedizas un fundamento mejor que la roca? Lo que en definitiva importa saber no es «lo que piensan las gentes», ni lo que quieren admitir o no, sino lo que piensa Dios y lo que, por medio de la Revelación, propone a la adhesión de nuestra fe. Las verdades sobrenaturales hay que descubrirlas y no inventarlas.

Hay adaptaciones e interpretaciones de la Palabra de Dios que se resuelven en mera traición, a causa de un afán de hacer aceptar la Revelación a un mundo deslumbrado por el progreso de la ciencia y fascinado por las maravillas de la técnica.

En su discurso de inauguración del Concilio, Juan XXIII distingue claramente entre la sustancia inmutable de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia y el revestimiento de estas verdades, que debe adaptarse a las diferentes formas de civilización.

Aparte de olvidar la veracidad de Dios, los cristianos «contestatarios» de la existencia, de los Ángeles Custodios, parecen también olvidar su omnipotencia. Son numerosos los pasajes de la Sagrada Escritura en los que el Señor afirma que su poder supera infinitamente al de los hombres. «Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios». La omnipotencia de Dios no es un mito. Si puede representar una dificultad para un cristiano sojuzgado por el «espíritu técnico», que han denunciado Pío XII y Pablo VI, no plantea ningún problema insoluble para un oyente dotado de una fe viril. Éste puede afirmar con San Pablo: «Sé bien en quién he puesto mi confianza», y con San Juan: «Si aceptamos el testimonio de los hombres, el de Dios es más grande». Entre los autores y predicadores que, desligándose de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, ponen en discusión la existencia de los Ángeles Custodios, los Santos y Doctores y la liturgia que la afirman, un católico lúcido sabe por quién optar. Coloca la autoridad de los teólogos y de los exégetas por debajo de la del Magisterio, y no por encima, ni siquiera al mismo nivel.

Una posición estratégica

Si bien es cierto que se ejerce sobre el ambiente material de nuestra vida de cada día, la custodia de los ángeles se realiza también sobre todo, al parecer, en nuestra vida psíquica. Actúan sobre nuestra imaginación, sobre nuestra memoria y sobre nuestra sensibilidad, por medio de imágenes y de movimientos, para iluminarnos, para apartarnos del mal y para llevarnos al bien.

La acción del ángel no puede penetrar directamente en la inteligencia y en la voluntad. Estas facultades le son inaccesibles. En ellas solamente Dios penetra. Los ángeles -los buenos y los rebeldes- tienen libre acceso a la imaginación, a la memoria y a la sensibilidad del hombre, sin que puedan llevar más allá su dominio. Éste, ciertamente, alcanza también a la inteligencia y a la voluntad, pero indirectamente, proporcionándoles datos para que los elaboren.

¿Podríamos deducir que la influencia del ángel sobre el psiquismo de los hombres es insignificante? Esto sería un error peligroso.

Para convencerse basta con pensar en el papel que desempeñan las imágenes, las sensaciones y los sentimientos en nuestra conducta. Tienen una posición verdaderamente estratégica. Sin constreñir a la voluntad en su elección, ejercen sobre ella una influencia preponderante. Influencia que se convierte en decisiva cuando el sujeto no tiene una inteligencia lúcida y una voluntad aguerrida, capaces de desenmascarar las seducciones de las imágenes y de resistir contra los tirones de la sensibilidad. Esta perspicacia y esta energía espiritual son patrimonio de una «elite». Según observa Santo Tomás, «la mayor parte de los hombres siguen la inclinación de sus sentidos». Están a merced de las imágenes, de las sensaciones y de las pasiones.

La experiencia así lo confirma: ¿no basta, en niños e incluso en muchos hombres adultos, con hacer brillar tal o cual imagen -un caramelo, un juguete, una película, una diversión, un encuentro-, para despertar en ellos un deseo ardiente e incluso a veces irresistible? ¿Sería necesario volver a llamar la atención sobre la influencia decisiva de las películas, de la radio y de la televisión sobre los hombres de

hoy? Estos medios de comunicación social actúan sobre la imaginación y la sensibilidad, las cuales, a su vez, influyen sobre la inteligencia y sobre la voluntad de los hombres.

En una palabra, ignorar el papel de las imágenes y de los sentimientos en la vida cotidiana, puede llevar a infravalorar la influencia de los ángeles, buenos y malos, sobre la conducta de los hombres y sobre el destino de los pueblos. Pero reconocer la influencia de las imágenes y de los sentimientos, lleva a mejor comprender el pensamiento de la Iglesia sobre el papel de los Ángeles Custodios y sobre el de los demonios en la vida de las almas y en la historia de la salvación.

Una súbita extensión de inteligencia

Las actividades de los ángeles parecen haber sido uno de los temas favoritos de la contemplación de Tomás de Aquino. Para recompensar la dedicación de su secretario, Fray Reinaldo de Piperno, compuso un tratado sobre los ángeles (*De substantiis separatis*). Menciona a los ángeles en sus oraciones; trata de ellos frecuentemente en la *Suma Teológica* y en la *Suma Filosófica*. Se reconoce su deudor aquí abajo y exulta ante el pensamiento de vivir un día en el cielo acompañado continuamente por ellos. Este trato familiar le llevó a descubrimientos preciosos. Los Ángeles Custodios -escribe en su primera gran obra- nos instruyen alumbrando nuestras imágenes, fortaleciendo la luz de nuestra inteligencia, llevándonos a considerar mejor todas las cosas. Más adelante aportará nuevas precisiones, mostrando cómo, a la manera de un maestro que sabe explicar bien, el ángel se esmera en componer y disponer las imágenes de modo que proporcionen mejores datos a la inteligencia. Pondrá también de relieve la influencia misteriosamente rebosante del contacto del ángel con el espíritu del hombre. «Con las imágenes que, como río inagotable corren en nosotros sin cesar, los ángeles llevan a cabo una criba, apartando a la sombra las que son groseras, malsanas o inútiles poniendo a la luz las más refinadas, exactas y sanas. Refuerzan estas imágenes haciéndolas al mismo tiempo más claras y más nobles. La mayor parte de las veces, no nos damos cuenta de nada de esto. En bien o en mal, la acción del espíritu puro en nosotros es esencialmente discreta; la del demonio, por astucia; la del ángel, por pudor (...). En la imaginación el ángel sana nuestras imágenes; por medio del juego de ideas enriquece nuestros pensamientos. Nos ayuda sin proclamarlo. Asimismo, en nuestra búsqueda de la verdad, ignoramos con frecuencia la parte que debemos al ángel. ¿Quién sabría decir cuál ha sido la génesis de nuestros propios pensamientos y pretender ver claro en la química compleja y misteriosa del espíritu?»

Una mística francesa contemporánea, dotada de una rara lucidez intelectual, analiza en estos términos la irradiación secreta del contacto del Ángel Custodio: «Cuando el alma está unida a los ángeles, experimenta como un acrecentamiento de sus facultades. El astrónomo que acerca su vista a un telescopio descubre horizontes que la intensidad de su vista natural no alcanza. El efecto producido en el alma es más o menos análogo cuando, por el contacto espiritual que la une al ángel, experimenta una súbita extensión de inteligencia y de amor». Se trata de un misterio que Lucie-Christine renuncia a explicar, pero que ella conoce porque lo ha experimentado.

Acrecentamiento de las facultades, extensión de inteligencia y de amor, señala la mística; reforzamiento de la inteligencia, enseña por su parte Santo Tomás: estas dos observaciones tienen el mismo sentido, ambas evocan una acción profunda de los Ángeles Custodios, aun cuando su naturaleza es difícil de precisar.

Si «en esta vida no podemos conocer la naturaleza de los ángeles», es natural que tengamos pocas luces sobre su modo de actuar. Nos encontramos ante un misterio que nos invita, no a suspender nuestras investigaciones y nuestra contemplación, sino a renunciar a la soberbia secreta de querer comprenderlo todo y explicarlo todo.

Su proximidad nos fortalece

Por medio de comparaciones sacadas de la vida cotidiana, un teólogo describe la irradiación secreta del ángel sobre las personas que están abiertas a la verdad y al bien.

«Como observa Santo Tomás, la sola proximidad, el solo contacto del ángel son suficientes para hacernos mejores. El Santo enseña que orientándose hacia los ángeles inferiores o hacia las almas humanas, y acercándose a ellos, los espíritus celestiales les dan fuerzas comunicándoles algo de su propia perfección. El fuego irradia y extiende a su alrededor el calor; la llama difunde la luz; el movimiento de un cuerpo sólido arrojado al agua se propaga de círculo en círculo hasta la orilla. Del mismo modo el

contacto con una persona virtuosa nos hace mejores. Si nos acercamos a un santo, aunque no hablemos con él, nos sentimos penetrados por no sé qué aspiración hacia la virtud, hacia el bien, hacia la santidad.

»Del mismo modo el mundo de los espíritus irradia calor, luz y virtud. De él emana una brisa misteriosa, íntima, profunda, como un efluvio espiritual, que comunica cualidades y perfecciones.

»¿Por qué no habríamos de recibir algo de todo eso del espíritu celestial que está siempre a nuestro lado? Así, pues, con los más importantes teólogos, podemos creer que su cercanía nos fortifica, nos purifica, nos hace de todos modos mejores de lo que seríamos.

»Esta influencia benéfica se hace casi visible y palpable en la vida de los santos. Si ellos, aunque hechos como los demás hombres, sujetos a las mismas pasiones y a las mismas miserias, se elevan hasta una perfección cuasi angélica», ¿no habría que atribuir este progreso también a la influencia de su ángel?.

GRANDMAISON analiza la irradiación de los amigos de Dios: «Es un hecho reconocido que las almas puras irradian, inspiran buenos pensamientos, apartan los malos, actúan al modo de un 'sacramento' (salvo, bien entendido, la gracia ex opere operato y guardando toda proporción y respeto). 'Dios está ahí', esto es lo que se dice cuando se acerca uno a un Estanislao de Kostka, un Juan Berchmans, un Luis Gonzaga, una Rosa de Lima, una Catalina de Siena. Los niños y los pecadores (si estos últimos están tocados por la gracia) sienten particularmente esta influencia porque están especialmente sintonizados -o desintonizados y sufriendo por esta falta de sintonía- con las almas puras; de ahí la atracción que sobre tantos hombres y tantos pecadores ejerce la devoción a la Santísima Virgen».

Mediación de los objetos a través de la imaginación, intensificación del vigor de la inteligencia por un misterioso contacto; ésta es, según expresión del P. J. Legrand, «la acción intencional ejercida por el ángel sobre la inteligencia del hombre».

Pero, al recibir del ángel este aumento de poder intelectual, ¿no es inevitable que sepamos cuál es el poder al que estamos sometidos o de qué generosidad nos estamos beneficiando?

«No -responde el P. J. Legrand con Santo Tomás-, no hay en esto necesariamente comunicación personal de espíritu a espíritu, ya que el hombre, iluminado por la acción de los ángeles, puede no darse cuenta de ello; en este caso podrá muy bien considerar que ha sido favorecido por una feliz casualidad. El hombre recibe la luz y se aprovecha de ella, sin caer en la cuenta de que su vigor intelectual o la facilidad con la que descifra la inteligibilidad de las cosas son el resultado de la cooperación angélica; para que haya comunicación espiritual propiamente dicha sería necesario que el destinatario se diese cuenta de que recibe 'un mensaje' de otro, y que ese mensaje proviene de una iniciativa personal de ese otro. Pero no es ése el caso del hombre, cuando tiene la suerte de hacer un descubrimiento».

Al modo como las gotas de agua impregnan una esponja

A este respecto, Santo Tomás se plantea una objeción: «Todo ser que está iluminado interiormente tiene consciencia de que lo está. Ahora bien, los hombres no tienen consciencia de estar iluminados por los ángeles. Luego no lo están». Aquí tenemos, ya en plena Edad Media, puesta en cuestión la acción de los Ángeles Custodios sobre el espíritu humano.

Santo Tomás ve la solución de la dificultad en una distinción entre la iluminación, que es percibida, y el autor de esta iluminación, que no se aparece.

Los espectadores asisten a la proyección de una película sin ver al operador. Nadie podrá concluir de ello que el operador no existe. Está presente, pero invisible. Del hecho de que el ojo percibe los frutos de un árbol, sin discernir las raíces metidas en la tierra, nadie deducirá que éstas son una invención de los ingenieros agrónomos. Eso es lo que ocurre con la iluminación que operan los ángeles: la iluminación es aparente, aunque el agente quede escondido.

No cabe duda de que, a veces, es muy difícil identificar el origen de las imágenes que circulan en nuestro espíritu. Las hay que están manifiestamente ligadas a pensamientos y sensaciones precedentes. Otras, relacionadas con nuestro pasado, parecen surgir del subconsciente. ¿Cómo reconocer las que provienen de los ángeles, buenos o malos?

En los Ejercicios Espirituales, San Ignacio de Loyola da algunas reglas precisas para discernir las inspiraciones del ángel bueno y los intentos del malo. Las primeras proporcionan serenidad y paz al alma, mientras que los segundos causan turbación e inquietud.

Citemos la regla séptima, que explica por qué, según las disposiciones morales del sujeto, los toques de los ángeles son ya duros o ya suaves y apenas perceptibles. «En quienes progresan de bien a

mejor, el ángel bueno procede por medio de toques discretos, ligeros, suaves, como gotas de agua que impregnan una esponja: el ángel malo por medio de toques más o menos dolorosos, con ruido y agitación, como las gotas de agua que caen sobre piedra. En cuanto -a quienes van de mal en peor, esos mismos espíritus actúan de manera inversa. La causa está en la disposición del alma, contraria o semejante a la de los citados ángeles. ¿Es contraria? Los espíritus entran con ruido y conmoción y, por consiguiente, de manera perceptible. ¿Es semejante? El espíritu entra sin ruido, como en casa propia cuya puerta está abierta».

Ciertos hombres, dotados de un sentido psicológico agudo, sienten a veces con mucha nitidez que tal o cual idea les ha venido de un ser exterior. Muy acertadamente se dicen entonces inspirados. Experiencias semejantes se encuentran incluso en espíritus modernos extraños a la tradición cristiana.

Etienne SOURIAU, antiguo profesor de la Sorbona, estima que habría investigaciones interesantes que hacer sobre la intervención misteriosa en nuestra vida cotidiana de seres intermediarios entre Dios y los hombres. «Todos los hombres podrían decir: 'tal día, a tal hora, en tales circunstancias, he tenido el sentimiento de recibir una especie de mensaje que me ha dado luces y que me ha orientado', todos éstos dan testimonio de una experiencia positiva a tener en cuenta en el estudio de este problema.

A este mismo tenor -prosigue-, me ha parecido que podía hablar en otras ocasiones, a propósito de la creación artística, de la intervención de lo que he creído que se podría llamar 'el ángel de la obra', esa fuerza que despierta en plena noche al artista para forzarlo a pensar en la sinfonía empezada, en la estatua todavía inacabada, en la obra dramática esbozada, y que le obliga a creer que el acabamiento y la perfección total de esa obra son para ellos lo más importante vitalmente».

En esta exposición, Etienne Souriau habla como psicólogo independientemente de los datos de la Revelación. A su colega Jean Guitton le confiaba que tenía la «experiencia de seres intermediarios, propicios, y que eran nuestros guías no sólo para nuestras personas, sino también para nuestras agrupaciones».

Los ángeles tienen idas y venidas libres en la imaginación y en la sensibilidad del hombre, pero siempre dentro del esquema de las disposiciones divinas. El ángel puede entrar y salir a su antojo, de día y de noche, durante las horas de trabajo y en los momentos de descanso, en medio de la agitación de una masa o en la paz de la soledad. El hombre, por el contrario, no tiene las mismas posibilidades de influencia sobre los otros hombres. No puede salirles al encuentro en cualquier lugar en que se hallen, y no puede ponerse en comunicación con ellos en un abrir y cerrar de ojos. Una jovencita debe esperar a veces semanas y meses antes de volver a ver a su novio; un padre que tenga a su hijo en un colegio lejos, está con él difícilmente. Cosa diferente ocurre con los Ángeles Custodios. Pueden estar continuamente en contacto con su protegido. Para ellos no hay plazos, no hay distancias, no hay separaciones. Esta proximidad presenta una ventaja a la que Juan XXIII hacía alusión, cuando afirmaba que, por el intermedio de nuestros Ángeles Custodios podemos en todo momento establecer una comunicación unos con otros.

Esta afirmación puede parecer sin importancia. Si se reflexiona, se ve que es profunda. Es de un valor práctico considerable para las relaciones humanas, ya se trate de amistad, de educación, de apostolado, de diplomacia e incluso de política.

«Diríjase usted a su Ángel de la Guarda»

Hemos visto más arriba cómo, antes de su entrevista con el general Von Beseler, gobernador de Varsovia, el futuro Papa Pío XI, entonces visitador apostólico en Polonia, movilizó con éxito al Ángel Custodio de su interlocutor. Hemos visto también que Pío XI, apoyado en su propia experiencia, aconsejaba a Monseñor Roncalli, su futuro sucesor, entonces visitador apostólico en Bulgaria, que recurriera a la mediación de los Ángeles Custodios antes de entablar conversaciones difíciles.

Cuando subía al púlpito, San Francisco de Sales hacía una pausa para pasear su mirada sobre la asistencia; de esta manera saludaba a los ángeles de sus oyentes, rogándoles que dispusieran favorablemente a sus protegidos. San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, hacía lo mismo.

«Cuando tenga usted necesidad de mi corazón, diríjase usted a mi Ángel de la Guarda por intermedio del suyo», tenía costumbre de decir a sus amigos el Padre Pío.

Podrían traerse aquí a colación hechos auténticos que darían testimonio de esta diplomacia secreta. Cuando están en relación con hombres que «buscan en primer lugar el reino de Dios y su justicia», los Ángeles Custodios se manifiestan como mensajeros seguros y rápidos.

Un autobús de peregrinos camino de San Giovanni Rotondo, lugar de residencia del Padre Pío, tuvo que vérselas, de noche, con una terrible tormenta en los Apeninos. Después de los primeros momentos de pánico en medio de los relámpagos, recordaron el consejo del Padre Pío e invocaron a su ángel. Salieron indemnes de la prueba. Al día siguiente, antes de que hubieran tenido lugar para contar las peripecias de su viaje, el religioso les abordó sonriendo: «Bien, hijos míos, esta noche me habéis despertado y he tenido que rezar por vosotros...».

El Ángel Custodio había ejecutado fielmente su misión, llevando al convento de San Giovanni Rotondo el SOS lanzado durante la noche en medio de las montañas a unos cuantos kilómetros de distancia.

Una madre no puede siempre actuar directamente sobre un hijo o una hija a quien sabe en medio de peligros para su fe o para su conducta. Pero en compensación sí que puede llegar hasta ellos, en cualquier momento del día y de la noche, por el medio que indica Juan XXIII: la red de comunicaciones invisibles del mundo angélico. A un muchacho asediado por la tentación, el ángel, movilizado por su madre, puede recordarle de repente un buen propósito o una promesa. Y este recuerdo luminoso puede ser decisivo. A veces se necesita muy poco para doblegar una voluntad indecisa. Los Ángeles Custodios están precisamente al servicio de los hombres en su camino hacia Dios.

Es verdad que los ángeles no pueden suplantar a sus protegidos, pues esto sería subvertir el orden establecido por Dios, que quiere que cada ser actúe en la medida de sus posibilidades; pero desean asistir al hombre en todas las circunstancias en las que éste se encuentra en inferioridad de condiciones. Poco importa que esta insuficiencia sea apenas sensible o, por el contrario, notoria. «El deseo de ayudarnos que tiene nuestro Ángel de la Guarda -observa San Juan Bosco- es mucho más grande que el que nosotros tenemos de ser ayudados por él».

A sus jueces, que la habían preguntado insidiosamente si los ángeles que se le aparecían estaban desnudos, Juana de Arco les dio esta respuesta llena de humor y de sabiduría cristiana: «¿Creen ustedes que Dios no tiene suficiente tela para vestir a sus ángeles?». Igual podría responderse a los cristianos que dudan del poder de los ángeles y de la oportunidad de recurrir a su ayuda: «¿Pensáis que Dios no tiene suficientes recursos para hacer a los ángeles capaces de su misión en medio de los hombres?».

Para esparcir lo que rebosa

Cierto que todavía se presentan dos dificultades, capaces de frenar la confianza del cristiano en la custodia de los ángeles.

Primera objeción: ¿Por qué complicar las cosas? ¿Por qué introducir esta mediación de los ángeles? ¿Por qué no ligar el hombre a Dios directamente? ¿No serían las cosas mucho más sencillas así?

La sabiduría no consiste en elucubrar sobre lo que podría ser, sino más bien está en descubrir las cosas tal como son. Ciertamente Dios habría podido prescindir del concurso de los ángeles. Y podría en un instante desmovilizar las miríadas de Ángeles Custodios que actualmente están en su quehacer sobre la tierra, en los países de la vieja cristiandad como en las tierras de África y de Asia, y llevar a cabo Él mismo el trabajo que ellos hacen, tanto con los cristianos como con los musulmanes y los budistas, entre los creyentes o entre los ateos. Una operación semejante haría brillar la omnipotencia de Dios, pero reflejaría menos su amor. Éste aspira a difundirse, como el sol tiende a difundir su luz. Este amor lleva a Dios a dar sin medida, en todos los terrenos. La obra creadora de este amor va desde el mundo mineral hasta el mundo de los espíritus; abarca las miríadas de estrellas de la Vía Láctea y las miríadas de ángeles en el cielo. Ahora bien, observa Santo Tomás, el amor de Dios no se limita a dar la existencia y la vida a los seres; en su necesidad de difundirse, les comunica también la dignidad de causa. Da a la flor la posibilidad de producir semillas, gérmenes de otras flores; da al hombre y a la mujer la facultad de transmitir la vida a otras criaturas humanas. Asocia los sacerdotes a su obra de difusión de la verdad revelada y de la vida sobrenatural por todo el mundo.

Del mismo modo, asocia los ángeles a su obra de gobierno del universo. Por insuficiencia personal, un jefe recurre a la ayuda de colaboradores; por sobreabundancia de vida y de recursos, Dios asocia los ángeles al gobierno del mundo y les confiere la dignidad de causa. «Dios no es un relojero, un fabricante de relojes, es un hacedor de naturalezas. El mundo no es un reloj, sino una república de naturalezas» (Jacques MARITAIN)

El hombre tiene demasiado poco; Dios tiene infinitamente demasiado, si podemos expresarnos así, y para derramar esto que rebosa crea y distribuye miríadas de Ángeles Custodios. No cabe duda de que semejante manera de actuar puede desconcertar a espíritus que mide las cosas de Dios con el rasero de los hombres. Pero deja de sorprender cuando, con las perspectivas superiores de la fe, nos esforzamos en ver las cosas con los ojos de Quien ha dicho: «Vuestros pensamientos no son mis pensamientos, y mis caminos no son vuestros caminos. Tan alto como el cielo está por encima de la tierra, así de altos están mis caminos por encima de los vuestros, y mis pensamientos por encima de vuestros pensamientos».

La fuente y el canal

La segunda dificultad se refiere a las relaciones recíprocas entre Dios y el Ángel Custodio en la asistencia otorgada a los hombres. ¿Existiría entre Dios y el ángel una especie de independencia, trabajando cada uno por su cuenta? ¿O una especie de competencia, de emulación, sin que uno pudiera prestar la ayuda prestada por el otro? ¿Sería el Ángel Custodio semejante a un Embajador o a un Vicario General tentado de traspasar los límites de su competencia a costa de la autoridad superior? Por otra parte, si la custodia del ángel tiende principalmente a iluminar la inteligencia de su protegido, ¿qué se hace del papel del Espíritu Santo en las inspiraciones de lo alto? En una palabra, por qué complicar las cosas con una mediación de los ángeles.

La verdad es que no hay ni emulación, ni competencia, ni oposición entre Dios y el Ángel Custodio. Más bien existe una colaboración, como la que hay entre el Ministro de la Gobernación y los Gobernadores de provincias, que ejecutan sus órdenes. Dios es la fuente de las gracias; unas descienden directamente sobre las almas, mientras que otras llegan a los hombres por el intermedio de los ángeles. Hay gracias que Dios otorga directamente, porque no podrían ser «manejadas» por los ángeles. Hay algunos quehaceres que el sacerdote puede dejar en manos de los seglares, pero no podría encargarlos de que lo sustituyeran en el confesionario o de que celebraran el Santo Sacrificio. Estos actos sagrados superan las posibilidades del seglar. Del mismo modo la penetración directa en los entresijos de las almas excede de las facultades del ángel. En esto Dios debe intervenir personalmente.

Para hacer bien, el hombre necesita cumplir con dos condiciones, explica Santo Tomás: primero, que la voluntad esté inclinada hacia el bien, lo que se realiza en nosotros por la virtud moral; segundo, que la razón descubra los caminos convenientes para hacer el bien: éste es el papel de la prudencia. Para la primera condición, Dios mismo ayuda directamente al hombre infundiéndole la gracia y las virtudes; en cuanto a la segunda, Dios ayuda al hombre indirectamente a través del ministerio de los ángeles, que son el canal de sus luces .

Dios es el dueño universal y el guardián universal, y actúa también sirviéndose de dueños y de guardianes subordinados, ejecutores de sus órdenes. Dios opera en la cúspide de la pirámide y los ángeles cooperan en niveles inferiores. Lejos, pues, de expresarse en términos de competencia o de oposición, las relaciones de los ángeles con Dios se presentan como una colaboración.

Los maestros espirituales insisten en esta distinción. Destacan la superioridad de los dones conferidos directamente por Dios al alma, como subrayan también el origen divino de las luces que el Ángel Custodio proporciona al hombre. Los buenos pensamientos provienen originariamente de Dios, aunque nos lleguen por el ministerio de los ángeles. El canal es tributario de la fuente.

«El Espíritu Santo no siempre nos inspira directamente por sí mismo. A veces se vale del Ángel de la Guarda, de un predicador, de un buen libro, de un amigo; pero siempre es Él, en última instancia, el principal autor de aquella inspiración» (Antonio Royo MARÍN).

No sólo cerca de nosotros, sino en nosotros

El ángel no nos da la compunción de corazón, observa San Buenaventura, pero nos indica su fuente. Y el Santo Doctor nos recuerda con el salmista: «Él es (Dios) quien sana nuestros corazones contritos». Es el mismo Dios quien o bien llena de luz nuestras almas -afirma San Bernardo-, o bien nos visita por medio de sus ángeles, o bien nos instruye por medio de los hombres, o bien nos consuela por medio de las Escrituras. «Los ángeles y los arcángeles están ahí y nos asisten -escribe a su discípulo, que después fue el Papa Eugenio III-. Pero quien da crecimiento en nosotros a la semilla que ellos han

plantado es Aquel que no sólo está cerca de nosotros, sino que está en nosotros. Si me dices que el ángel también puede estar en nosotros, no te lo discuto, pues me acuerdo bien que está escrito 'El ángel que hablaba en mí'. Pero hay una diferencia grande. Los ángeles están en nosotros por medio de los buenos pensamientos que nos sugieren y no por el bien que obran en nuestro interior. Nos exhortan al bien, pero no lo crean en nosotros. Por el contrario, Dios está en nosotros de tal suerte que afecta directamente a nuestra alma, derrama en ella sus dones, o más bien, es Él mismo quien se vuelca en nuestra alma y nos hace participar de su divinidad. Los ángeles están con nuestra alma, pero Dios está dentro de ella. Los ángeles habitan con ella bajo el mismo techo, pero Dios está con ella como su vida».

Según San Juan de la Cruz, el predominio de las intervenciones directas de Dios en el alma, sin la mediación del Ángel Custodio, como en las etapas inferiores, es lo que caracteriza los estados superiores de la vida espiritual. «La cualidad especial de esta unión del alma con Dios en el desposorio espiritual es que Dios actúa en ella y se le comunica por sí solo, sin el concurso de los ángeles como antes, y sin el auxilio de las facultades naturales». Dios entonces se comunica al alma «sin el intermedio de los ángeles, de los hombres, de una visión o de una representación». «Los sentidos exteriores e interiores, todas las criaturas juntas y el alma misma son muy poca cosa para secundar a Dios cuando otorga sus gracias maravillosas del orden sobrenatural, propias del estado de desposorio espiritual».

La doctrina tomista sobre los carismas ilumina esta distinción. Los carismas, como por ejemplo el don de lenguas, la discreción de espíritus, la profecía, tienen una función esencialmente social: el alma los recibe no para el aumento de su vida espiritual, sino para la instrucción y la dirección de los demás. Los carismas descienden de Dios como de su fuente, indica Santo Tomás, pero llegan hasta los hombres por el canal de los ángeles.

Nada que pueda desconcertar al que cree

La historia de la Iglesia contemporánea presenta dos personas abundantemente dotadas de carismas: Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth, y el Padre Pío, de San Giovanni Rotondo. Numerosos testigos dan fe de que en el confesonario el capuchino estigmatizado comprendía lenguas extranjeras que desconocía, y que además leía en el secreto de los corazones, hasta el punto de completar a veces las confesiones hechas por algunos penitentes: «No ha confesado usted tal pecado cometido en tal circunstancia...». Por lo demás, se sabe que el Padre Pío seguía el consejo de Pío XII: vivía en un trato íntimo con su Ángel Custodio. Dios se servía de este intermediario invisible para revelar al Padre Pío faltas y estados de alma, y por medio de él le daba el comprender lenguas desconocidas.

Teresa Neumann nos muestra un trato familiar semejante con su Ángel Custodio, unida a carismas que dejaban estupefactos a quienes la visitaban. «Teresa, en estado normal, ve continuamente un hombre de luz, un ángel, a su derecha (como lo ve a la derecha de otras personas), y está en continuo coloquio con él. Este ángel le revela lo que debe saber acerca de la vida escondida o del estado de alma de sus visitantes... Lo que a veces se toma por un conocimiento intuitivo de los corazones... y de lo que tantas veces se citan ejemplos, en ella es, realmente, el efecto de una revelación, lo cual es totalmente diferente». Ella sabe inequívocamente si las personas que van a verla o que encuentra en el pueblo han comulgado hace poco tiempo. Si estos fenómenos, debidamente comprobados, pueden desconcertar a un no creyente, no tienen por qué causar sorpresa al cristiano. El cristiano sabe que Dios es amor, que arde por repartir con profusión sus gracias, y que para ello se sirve normalmente de la colaboración de los ángeles. Portadores de carismas, ¿participan los Ángeles Custodios en la distribución de los dones del Espíritu Santo? Aquí hay que hacer una distinción. Mientras que determinados dones afectan directamente a la inteligencia (sabiduría) o a la voluntad (fortaleza), otros dones (consejo, ciencia) conciernen a la razón discursiva, que entresaca sus elementos de los sentidos exteriores y de los sentidos interiores. Parece, pues, que algunos dones del Espíritu Santo llegan al alma sin intermediario, mientras que otros alcanzan el espíritu indirectamente, por la mediación de los ángeles.

Ni huelgas ni vacaciones

«Ha mandado a sus ángeles que te guarden en todas tus idas y venidas»; este versículo de la Sagrada Escritura, como otros textos bíblicos, encierra profundidades y presenta posibilidades de aplicación que no se revelan sino poco a poco a la contemplación.

Decir que los ángeles nos guardan en todas nuestras idas y venidas ¿no es afirmar que su vigilancia abarca absolutamente toda nuestra vida, la infancia y la edad adulta y la vejez, las noches y los días, las horas de trabajo y los momentos de descanso, el tiempo fugaz de las alegrías y las horas interminables del dolor?

Un obrero tiene tres semanas de vacaciones al año; un empleado, cuatro; un funcionario cinco o seis; un profesor, diez. Los Ángeles Custodios no tienen nunca vacaciones. Ni en verano ni en invierno. Están a pie de obra todos los días. La duración del trabajo en el comercio es de siete, ocho, incluso a veces nueve horas diarias. El Ángel de la Guarda trabaja veinticuatro horas. Para conseguir ventajas o mejoras materiales o morales, los que cobran un sueldo paran a veces el trabajo. Con los Ángeles Custodios no hay huelgas: ni general, ni alternativa, ni intermitente. Desde el mismo momento en que un ser humano ve la luz hasta la hora en que, joven, adulto o anciano, entrega su último suspiro antes de comparecer delante de Dios, su Ángel de la Guarda está a su lado, año tras año, mes tras mes, día tras día, hora tras hora, sin un minuto de ausencia^{5a}.

Se considere desde el ángulo del protector o desde el del protegido, las razones de esta continuidad sin falla son manifiestas. Dios ha ordenado a sus ángeles que custodien al hombre en todas sus idas y venidas. Ahora bien, nada en los ángeles puede inclinarlos a la más mínima infracción de las órdenes recibidas. Nada hay en ellos de infidelidad, de indelicadeza, de incoherencia, de olvidos, de ausencias, como las hay en los hombres. «Benedicid al Señor, ángeles todos, héroes poderosos, ejecutores de sus órdenes, atentos al sonido de su voz», reza el salmista. La Iglesia ha incluido estos versículos en la Misa de los Ángeles Custodios.

Los ángeles ven a Dios continuamente, afirma Jesús. Su custodia no es más que una consecuencia de esta contemplación ininterrumpida. Visión de Dios y custodia de los hombres constituyen en ellos una misma actividad.

Alejandra, preguntamos un día a una niña italiana de seis años, hija de un matrimonio de médicos profundamente creyentes, que estaban de vacaciones en un pueblo de la montaña, Alejandra, ¿se toma vacaciones también tu Ángel de la Guarda?

-No, señor, se queda siempre a mi lado, pues si me abandonara, me haría mala...

A esta perfección de fondo y permanente en el ángel protector corresponde la imperfección congénita y continua del protegido. Sin un momento de respiro, el demonio está al acecho para apartar al hombre de Dios. La continuidad del mal reclama la continuidad del remedio, como la permanencia de la amenaza exige la permanencia de la defensa. Un comandante en jefe no desmoviliza sus tropas en tanto el enemigo mantiene divisiones en las fronteras del país. En tanto que no están ya sanos, el médico no abandona a sus enfermos.

Todo hombre y a todo hombre

Una tercera dimensión caracteriza la custodia de los ángeles. No solamente se extiende a todos los tiempos de la historia y a todas las regiones de la tierra, sino que abarca todas las actividades del hombre.

Cuerpo y alma, hábitat, vestido, alimento y condiciones de vida, salud del cuerpo y actividades del espíritu, trabajo y oración: todo lo que tiene que ver con el hombre interesa al ángel.

Como lo muestran numerosos episodios relatados por las Sagradas Escrituras, los ángeles hacen llegar su solicitud hasta realidades que pueden parecer insignificantes o poco dignas de un «príncipe de la corte celestial», como proporcionar alimento a un profeta exhausto en el desierto, la curación de un anciano cegado por el excremento de una golondrina o la participación activa en una guerra defensiva (Macabeos). También la hagiografía presenta numerosos ejemplos de la condescendencia de los ángeles hasta las humildes realidades de la vida.

En estos espíritus celestes no hay el más mínimo desprecio por las ocupaciones que se consideran vulgares, pues nada de lo que está ordenado al servicio de Dios y al servicio de los hombres que Dios ama es vil a sus ojos. Desde el momento que una actividad buena en sí se orienta hacia Dios, afirma Santo Tomás, esa actividad se diviniza en cierto modo. Por muy trivial que pueda parecer, se eleva muy por encima de las ocupaciones más nobles llevadas a cabo con miras puramente humanas. Cuando se ocupaba en el arreglo de la casa de Nazaret, la Virgen María realizaba una tarea de una elevación moral infinitamente superior a la de un monarca orgulloso que presidiera los destinos de un imperio.

Conocer a Dios, amarle y servirle, amar a los hombres por Dios: éste es el objetivo de toda vida humana, y precisamente toda la actividad de los Ángeles Custodios apunta a este fin. Ahora bien, ¿no es la oración el resorte profundo de esta elevación hacia Dios?

Su presencia en el culto de los hombres a Dios

Se comprende el papel capital que los ángeles juegan en la oración oficial de la Iglesia y en la oración personal.

Después de Erik Peterson (El libro de los ángeles), el Cardenal Daniélou principalmente (Los ángeles y su misión) y Dom Cyprien Vaggagini (El sentido teológico de la liturgia) han profundizado en «este aspecto de la vida litúrgica, olvidado y poco conocido».

En efecto, la inserción de la oración, pública y privada, de los fieles en la liturgia celestial de los ángeles, y la presencia de éstos en el culto que los hombres tributan a Dios, merecen tanto más nuestra atención, cuanto que con demasiada frecuencia es algo que pasa inadvertido, incluso entre cristianos plenamente metidos en la renovación litúrgica decretada por el Concilio Vaticano II. Se olvida con demasiada frecuencia que los ángeles, que contemplan sin cesar el rostro de Dios, son los adoradores por excelencia. Son maestros de liturgia.

Todo culto de la Iglesia terrestre es de hecho una participación en el culto que los ángeles y los elegidos en el cielo tributan a Dios; uno y otro tienen el mismo objeto, Dios, y el mismo impulso espiritual, Cristo, Cabeza del Cuerpo místico. Esta tesis se desprende no sólo de la Sagrada Escritura, sino también de la Tradición de la Iglesia y de los mismos textos litúrgicos.

«No hay más que una acción sacerdotal, que es la de Jesucristo -explica Daniélou-. Por medio de ella la creación entera glorifica a la Trinidad. Esta misma acción es la que los ángeles ofrecen en el cielo y los santos en la tierra. Esta participación aparece en el Nuevo Testamento. La liturgia de la Iglesia se presenta en el Nuevo Testamento como una participación en la liturgia de los ángeles. Así en la Epístola a los Hebreos: `Vosotros os habéis acercado... a la ciudad de Dios vivo, la celestial Jerusalén, al coro de muchos millares de ángeles, ... y a la aspersion de aquella sangre que habla mejor que la de Abel' (12, 22-24). En cuanto al Apocalipsis, es todo él la visión del culto cristiano dominical que el visionario contempla como prolongado en la liturgia celestial».

Hablando del Sacrificio de la Misa, el Cardenal Daniélou señala cómo «el despliegue de la liturgia terrestre es como un reflejo visible, un símbolo eficaz de la liturgia de los ángeles. Esta unidad de los dos cultos, está expresada por la misma liturgia del Prefacio, donde invita a la comunidad eclesial a unirse a los Tronos y a las Dominaciones, a los Querubines y a los Serafines, para cantar el himno seráfico, el Trisagio».

«Reflexiona en quién tienes a tu lado y con quién vas a invocar a Dios -exhorta San JuanCrisóstomo-: con los mismos Querubines Representate en qué coros vas a tomar parte. Que no haya nadie que se asocie negligentemente a estos himnos sagrados y místicos. Que nadie se distraiga con pensamientos profanos (Sursum corda!) sino más bien, desprendiéndose de todas las cosas terrestres y transportándose enteramente al cielo, como quien está al lado del mismo trono de la gloria y volando con los Serafines, cante el himno muy santo del Dios de gloria y de majestad».

Comentando la Epístola a los Colosenses (3, 8), el Santo Doctor observa: los catecúmenos .pueden asociarse en la Misa al Gloria in excelsis Deo, cántico de los ángeles inferiores, mientras que el Sanctus, canto de los Serafines, está reservado a los iniciados, a los bautizados.

Dom C. Vaggagini señala una sugerente relación entre el Trisagio de los Serafines, incluido en el Prefacio de la Misa, y la tercera petición del Padrenuestro, en la que Cristo enseña a los hombres a imitar en la tierra la conducta de los ángeles en el cielo. «Es cierto que la triple aclamación de Santo, que, según Isaías, gritaban, alternando, los Serafines al Señor, era usada por los hebreos en la liturgia del servicio de la Sinagoga, y se denominaba Kedushah, es decir, la `santificación', santificación del nombre de Dios. No sería una cosa sorprendente que del uso judío haya pasado a la oración de los cristianos de

los primeros tiempos ya que en la misma oración dominical pedían ellos todos los días a Dios que sea 'santificado' en la tierra su nombre del mismo modo que lo es en los cielos por los ángeles».

Apoyándose en una exégesis penetrante de Orígenes, justificada por estudios recientes del arte poético de Qumran, y, sobre todo, en la interpretación que de ello hace el Catecismo del Concilio de Trento, un biblista contemporáneo, el P. Jean Carmignac, estima que las palabras «en la tierra como en el cielo», es decir, «por los hombres en la tierra como por los ángeles en el cielo», se aplican a cada una de las tres primeras peticiones del Padrenuestro, y no sólo a la tercera, como es creencia común. Así, Jesús exhorta a los suyos a que sigan el ejemplo de los ángeles en su santificación del nombre de Dios, en su cooperación al advenimiento de su reino y en el cumplimiento de su voluntad.

Danielou, Vaggagini y Peterson citan otros textos, en los que se ve como un «leitmotiv» este pensamiento: la liturgia de los hombres en la tierra está asociada a la liturgia de los ángeles en el cielo. Nada de extraño hay en ello, puesto que, como señala Santo Tomás de Aquino, «los hombres y los ángeles están ordenados a un solo fin, que es la gloria de la bienaventuranza divina. Pues el cuerpo místico de la Iglesia no se compone sólo de hombres, sino también de ángeles». Es como una orquesta que se compusiese de una infinidad de ejecutantes: unos cantan, otros tocan un instrumento, todos apuntan a un solo objetivo, bajo la dirección de un solo director: Cristo. «Porque Cristo comunica la gracia a los miembros de la Iglesia, le llamamos Cabeza de la Iglesia».

Y esto no es todo. Los Ángeles Custodios, que tienen la misión de ayudar al hombre en todas sus actividades físicas e intelectuales y espirituales, no serían fieles a su tarea si no consagraran, por así decir, lo mejor de sus energías a estimular y a sostener la actividad más necesaria y la más noble de sus protegidos: el culto a Dios, que puede ser adoración, expiación, acción de gracias e imploración.

San Juan Crisóstomo pone todo su empeño en hacer comprender a sus fieles la presencia invisible de los ángeles durante el Santo Sacrificio: «Los ángeles rodean al sacerdote; todo el santuario, y especialmente el espacio alrededor del altar, está poblado de ejércitos celestiales, en honor de Aquel que está sobre el altar». Y para explayar esta afirmación, entresacada de la fe, el santo añade una observación, fruto de una confidencia: «en una visión, han sido vistos ángeles alrededor del altar, inclinados hacia el suelo, como vemos a los guardias delante del rey». Santo Tomás también lo afirma: «es creencia que los ángeles visitan las asambleas de los fieles, especialmente cuando se están celebrando los Santos Misterios». Si los monarcas de la tierra se rodean de sus dignatarios, ¿no es conveniente que el Rey de reyes esté rodeado de su corte donde quiera que se encuentre?».

De este modo, la asamblea visible de los fieles se duplica con una asamblea invisible de ángeles, como explica Orígenes, comentando el versículo 8 del Salmo 33: «Si el ángel del Señor se mueve alrededor de quienes le temen, es verosímil que, cuando están reunidos legítimamente para la gloria del Señor, el ángel de cada cual se mueva alrededor de cada uno de los que le temen y que esté con el hombre al que tiene el encargo de guardar y dirigir. De tal suerte que, cuando los santos están reunidos, hay dos Iglesias, la de los hombres y la de los ángeles... Y así debemos creer que los ángeles asisten a las asambleas de los creyentes».

A los ojos de San Gregorio Magno estas verdades son indiscutibles: «¿Qué fiel podría dudar de que a la hora misma de la inmolación los cielos se abren a la voz del sacerdote, que en ese misterio de Jesucristo los coros de ángeles están presentes, que los seres superiores comparten con nosotros sus prerrogativas, que los seres terrestres están unidos a los seres celestiales, y que lo visible forma una sola cosa con lo invisible?».

De esta presencia de los ángeles en la liturgia de los hombres, el arte religioso se ha hecho testigo representando, esculpido o pintado, ángeles alrededor del Sagrario.

Esta presencia impone respeto. ¿Qué persona bien educada se permitiría una actitud descuidada o gestos incorrectos delante de una alta personalidad? La presencia de los ángeles en la oración privada y sobre todo en los actos litúrgicos tiene sus exigencias; de ello dan fe las normas fijadas por San Pablo y por San Benito y los consejos de Tertuliano y del autor de la Regla del Maestro.

El Apóstol de las Gentes, o más precisamente, el Espíritu Santo hablando por medio de él, prescribe que las mujeres tengan la cabeza velada durante las oraciones de la asamblea también «por causa de los ángeles», es decir, por respeto hacia los ángeles invisiblemente presentes en el culto.

Como lo señala San Clemente de Alejandría, incluso cuando reza solo, el hombre está mezclado a los coros angélicos. Por eso Tertuliano recomienda a los cristianos que no se sienten cuando recen, por respeto «al ángel de la oración que está a nuestro lado».

A estas voces hace eco San Benito en su Regla (cap. 19): «Creemos que la presencia divina está en todas partes, pero debemos creerlo principalmente, sin la menor vacilación, cuando asistimos al oficio divino». El Salmo 137 dice: «Te cantaré en presencia de los ángeles». De donde la sabia conclusión

práctica del Padre del monaquismo occidental: «Consideremos qué actitud conviene que adoptemos en presencia de Dios y de los ángeles, y dispongámonos para salmodiar de tal manera que nuestro espíritu esté en armonía con nuestra voz».

Un monje benedictino del siglo VIII, Pablo Diácono, comenta así este pasaje de la Regla. «Esta norma puede ser comprendida de dos maneras: una, cuando cantamos los Salmos a Dios, los ángeles están presentes, porque Dios no se queda sin sus heraldos; otra, si nuestro corazón está atento a lo que dice nuestra boca, nuestra intención es parecida a la de los ángeles». Más que excluyentes el uno del otro, ¿no son estos dos sentidos felizmente complementarios?

La Regla del Maestro (Regula magistri), obra de un autor espiritual de la alta Edad Media, nos muestra hasta qué punto se tenía en su tiempo una idea realista de la presencia de los ángeles en la salmodia de los monjes: «Quien ora, si quiere toser o estornudar, tenga cuidado de no hacerlo hacia delante de sí mismo, sino que lo haga hacia detrás, a causa de los ángeles que están delante de él, como lo dice el Profeta: te cantaré Salmos en presencia de los ángeles.». Siendo espíritus críticos modernos, podríamos estar tentados de sonreír ante las minucias de esta etiqueta litúrgica. ¿No habría más bien que admirar esta ingenua delicadeza de sentimientos y el vigor de la fe que los ha inspirado?

Orígenes, que tenía también un sentido muy agudo de la presencia de los ángeles entre los hombres, llega a una conclusión rica en aplicaciones espirituales, iluminando unos con otros tres textos bíblicos: las palabras de Cristo sobre los ángeles que suben y bajan, la consigna de San Pablo acerca de la modestia de las mujeres y el episodio de Eliseo y de Guejazí ante la ciudad de Dotán: «Está prescrito a las mujeres que oran tengan un velo en la cabeza a causa de los ángeles. ¿Qué ángeles? Los que asisten a los fieles y se gozan en la Iglesia, y que nosotros, porque nuestros ojos están oscurecidos por la mancha del pecado, no vemos, pero los Apóstoles de Jesús los ven, ya que les fue dicho: 'en verdad, en verdad os digo: veréis los cielos abiertos y los ángeles subir y bajar sobre el Hijo del Hombre'. Si yo tuviera la gracia de ver como los Apóstoles, percibiría la multitud de ángeles que Eliseo veía y que Guejazí, que estaba a su lado, no veía». Como un telescopio que apuntase a la inmensidad del firmamento, la fe nos hace descubrir todo un mundo invisible, que se sustrae a la inteligencia no reforzada por una fe viva.

Les presta sus alas

En su Epístola 219, ALCUINO cuenta un episodio gracioso de la vida de un monje benedictino inglés, San Beda, Doctor de la Iglesia: «Se cuenta de Beda que decía: 'Sé que los ángeles vienen a las horas canónicas: ...¿qué sucedería si no me encontrasen entre mis hermanos?, ¿no se preguntarían: dónde, pues, está Beda?'».

Llama la atención comprobar cómo la Iglesia, consciente de la fragilidad del hombre, invita a los ángeles a que sostengan a sus hijos cuando oran. ¡Hasta tal punto los hombres encuentran dificultad para desprenderse por unos instantes de sus preocupaciones y recogerse! Para elevar sus corazones y sus espíritus por encima del trajín de la vida, tienen necesidad de dar un aleteo. «No os parezca mal... que recurra al testimonio de vuestras conciencias -observa a este respecto Bossuet-. ¡Qué esfuerzo para elevar vuestros espíritus cuando ofrecéis a Dios vuestras oraciones! ¡En medio de qué tempestades formuláis vuestros propósitos! ¡Cuántas imaginaciones vanas, cuántos pensamientos vagos y desordenados, cuántas preocupaciones temporales que se atraviesan continuamente, para interrumpir el curso de esas oraciones! Así, pues, estando así estorbadas, ¿creéis que puedan elevarse hasta el cielo, y que esa oración débil y lánguida que, entre tantos obstáculos que la frenan, apenas si ha podido salir de vuestro corazón, tenga fuerza para atravesar las nubes y penetrar hasta lo alto de los cielos?... ¿Quién puede creerlo? Sin duda que caerían por su propio peso, si la bondad de Dios no hubiera provisto... Ha enviado a su ángel que Tertuliano llama el ángel de la oración. Por eso Rafael decía a Tobías: «He ofrecido a Dios tus oraciones»... Este ángel viene a recoger nuestras oraciones y «suben, dice San Juan, de la mano del ángel hasta la faz de Dios...— Ved cómo suben de la mano del ángel; admiraos de cuánto les sirve el ser presentadas por una mano tan pura. Suben de la mano del ángel, porque este ángel, al unirse a nosotros y ayudar con su intervención a nuestras débiles oraciones, les presta sus alas para elevarlas, su fuerza para sostenerlas, su fervor para animarlas».

Esta llamada de la Iglesia a la asistencia de los ángeles se hace dramática en la oración de los agonizantes. El hombre se encuentra en esos momentos como acorralado: la pérdida de las fuerzas físicas lleva consigo fácilmente la de las energías espirituales. El demonio, más furioso que nunca, libra sus últimos asaltos para arrebatarse la presa que podría escapársele para siempre. Ángeles de luz y

ángeles de tinieblas se enfrentan a la cabecera del moribundo. Se comprende que la Iglesia movilice a los ángeles en este momento decisivo para el destino eterno del hombre.

Santo Tomás establece un paralelismo entre la influencia de los demonios y la de los ángeles. Discrepa de la tesis que imputa cada pecado a la influencia directa de los demonios. Es ir demasiado lejos, piensa el Doctor Angélico: el peso del pecado original, agravado por las otras faltas y por la presión natural de las pasiones es suficientemente fuerte para dar origen a un pecado, sin que sea necesario sospechar en cada ocasión la instigación del demonio. Cosa diferente son las acciones sobrenaturales del hombre. Éstas se desarrollan en un nivel superior, que el hombre no podría alcanzar por sus propias fuerzas. «Se necesita para ello la ayuda de Dios, que se ofrece al hombre por el ministerio de los ángeles». De esta mediación, Santo Tomás saca una conclusión rica en luces para la espiritualidad y para la pastoral: «Los ángeles cooperan en todas nuestras buenas acciones».

Pío XI abría estas radiantes perspectivas sobre el papel de los Ángeles Custodios en la historia de cada alma, cuando confiaba a sus visitantes que su Ángel de la Guarda había cooperado en todo lo bueno que le había sido concedido hacer durante su vida.

VEN SIN CESAR LO INVISIBLE

Los cristianos que hacen de los ángeles objeto de su contemplación y de su imitación corren el riesgo de enfrentarse con la máxima de Pascal: «El hombre no es ni ángel ni bestia, y por desgracia quien quiere hacerse ángel se hace bestia». ¿No es deslizarse hacia el terreno de los sueños y exponerse a un cruel despertar complacerse en el trato íntimo y en la admiración de los ángeles?

A decir verdad, la objeción no se tiene en pie. Pascal no está contra la contemplación del mundo angélico, realidad viva atestiguada por la Revelación. Denuncia la ilusión de quienes actúan como si su espíritu estuviese independizado del cuerpo, de este cuerpo del que la Escritura afirma que, sujeto a la corrupción, condiciona las actividades psíquicas: «Inseguros son los pensamientos de los mortales, y nuestros cálculos muy aventurados. Pues el cuerpo incorruptible grava el alma, y la morada terrestre oprime la mente pensativa».

Que la Iglesia proponga los ángeles a la admiración y a la imitación de los fieles no debe sorprendernos. Nos propone ejemplos más elevados todavía: La Virgen, Cristo hombre-Dios, y Dios mismo. Si un autor nos ha dado la Imitación de Cristo y otro la Imitación de la Virgen, ¿no tenía otro derecho, en el siglo pasado a intentar componer una Imitación de los ángeles?

Santo Tomás de Aquino mismo se metió por este camino, cuando se detiene a contemplar dos rasgos de los Ángeles Custodios: su imperturbable serenidad ante el mal físico y moral y la perfecta unión que en ellos hay entre la acción y la contemplación. Estos rasgos son ricos en luces para la vida espiritual y para las actividades apostólicas del cristiano.

¿Tristeza de los ángeles?

Inclinado sin cesar hacia el hombre, para defenderlo, darle estímulo e inspirarlo, el Ángel de la Guarda ¿se entristece con lo que es motivo de aflicción para su protegido: pérdidas materiales, fracasos profesionales, accidentes, enfermedades, vejez, inconstancias, debilidades, faltas veniales e incluso pecados mortales? Puesto que acompaña al hombre en todas sus idas y venidas, ¿no tiene el Ángel de la Guarda a veces motivos para entristecerse? ¿Su corazón, si podemos expresarnos así, late siempre al unísono con el de su protegido? ¿Cuál es la actitud del ángel ante el problema que es un tormento secreto para los creyentes insuficientemente ilustrados y un escollo para tantos no creyentes en su camino hacia la verdad: el mal, como cataclismos de la naturaleza, sufrimiento de los niños, enfermedades incurables, pruebas para los hombres buenos, crímenes que claman al cielo, triunfo de los malvados? ¿Cómo reacciona el Ángel Custodio ante la objeción frecuente: «Si Dios existiese, no permitiría el mal: luego Dios no existe»?

Estamos ante un dilema. O bien el ángel sufre con nuestras pérdidas materiales y con nuestras faltas morales, y en este caso no goza de una felicidad sin sombra: el Cielo deja de ser para él el Cielo. O bien nuestro Ángel de la Guarda no llora con quien llora, queda indiferente como un egoísta y frío como

una estatua de mármol y entonces le falta una de las cualidades que más apreciamos en nuestros amigos: la comprensión y la simpatía.

La solución que Santo Tomás da a este problema aparentemente insoluble abre perspectivas nuevas sobre el mundo de los ángeles y también sobre la vida misma del hombre.

El ángel, afirma el Doctor, no sufre ni por las penas ni por los pecados de los hombres. Ésta es la razón profunda de esta imperturbable serenidad: solamente los hechos contrarios a la voluntad del ángel podrían causarle tristeza o dolor. Ahora bien, aquí abajo no se produce nada que sea contrario a la voluntad del ángel. En efecto, su voluntad está totalmente adherida a la de Dios, y nada en el mundo se produce que no se lleve a cabo o se permita por la justicia divina. Nada, pues, aquí abajo contraría la voluntad de los ángeles, porque nada se produce que no esté incluido en los planes de la Providencial.

El P. Royo Marín comenta así la exposición de Santo Tomás. «No sufren los Ángeles de la Guarda por los males físicos que afectan a sus custodiados (enfermedades, dolores, persecuciones, etc.), porque saben que `todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios' (Rm 2, 28). Ni siquiera por los pecados, que Dios permite para sacar mayores bienes (por el arrepentimiento y la penitencia posterior). Tampoco sufren finalmente, por la condenación eterna de sus protegidos, como tampoco sufrirán los bienaventurados al ver en el infierno a alguno de sus familiares o allegados. La razón es porque ellos no tienen ninguna culpa de la condenación de aquellas almas -hicieron todo lo que pudieron para evitarla, con sus inspiraciones y buenos consejos, apartándolos de las ocasiones de pecado, defendiéndolos de mil peligros, etc., y sólo a la rebeldía y soberbia de los pecadores se debe su eterna perdición. Y una vez confirmados en el mal y habida cuenta de su definitiva obstinación en el pecado, los ángeles quieren que se guarde el orden de la divina justicia, que les castiga inexorablemente -aunque menos de lo que merecen, según el Doctor Angélico - y, por lo mismo, ninguna pena o tristeza sienten por su eterna condenación».

¿Por qué Dios permite el mal? ¿Porque no puede hacer otra cosa? ¡Ciertamente no! Es todopoderoso. Le bastaría una nonada, como el granito de arena en el uréter de Cromwell, para impedir el crimen de un asesino o las persecuciones de un tirano. Podría en un pestañear abatir a un Mao, como cayó sobre el rey Agripa. Si Dios tolera un mal es siempre y únicamente para sacar de ello un bien a corto o largo plazo.

Santo Tomás explica esta política divina con un ejemplo muy sencillo: la conducta de un navegante cuyo barco, cargado de mercancías, corre el riesgo de naufragar en un mar tempestuoso. En sí y de manera general, el navegante no quiere arrojar al agua sus mercancías; pero, antes que naufragar él con su embarcación, lo quiere en medio de la tempestad. Esta pérdida se resuelve para él en ganancia. Del mal saca un bien. Sacrifica lo menos y salva lo más. Actúa sabiamente. Si se obstinara en salvar los fardos de mercancía, perdería su barco y su vida.

¿Indiferencia o sabiduría?

Del mismo modo actúa Dios cuando tolera las enfermedades y las epidemias, los terremotos y las inundaciones, el bandidaje, los crímenes y las guerras, las faltas morales, los sacrilegios, las apostasías de individuos y de pueblos: si no impide estos males, como podría hacerlo fácilmente, es porque, un día u otro, su sabiduría y su ser sacarán de ello bienes mayores. De los tenebrosos abismos de la miseria humana, la misericordia de Dios sabe extraer tesoros insospechados. Esto lo saben los ángeles. No es, pues, por indiferencia por lo que los ángeles no se entristecen ante las desgracias y las faltas de sus protegidos: es en razón de un conocimiento más penetrante de estas realidades. Su serenidad no se apoya en la ignorancia, sino en una ciencia superior. Así como el ojo del hombre se queda en la corteza rugosa de los infortunios, sin descender hasta las profundidades ni considerar el porvenir, el ángel atraviesa esa corteza, se sumerge dentro y penetra el futuro. En el grano arrojado a tierra él ya ve la espiga.

El ángel participa de la ciencia de Dios, quien de una sola mirada abarca todas las cosas, pasadas, presentes y futuras. En una página magnífica, digna de San Agustín, Pío XII hace un paralelismo entre las miras limitadas de los hombres y la ciencia infinita de Dios, de la cual participan los ángeles: «Los hombres no son más que niños delante de Dios, todos, incluso los pensadores más profundos y los más experimentados conductores de pueblos. Juzgan los acontecimientos con las cortas miras del tiempo que pasa y vuela sin retorno, mientras que Dios los mira desde las alturas y desde el centro inmóvil de la eternidad. Tienen ante los ojos el estrecho panorama de unos pocos años; Dios ve en su conjunto el concurso complicado y misterioso de todas las responsabilidades, sin que su alta

Providencia excluya la libertad de ninguna decisión humana, ni de las malas ni de las buenas. Los hombres querrían una justicia inmediata y se escandalizan ante el efímero poder de los enemigos de Dios, los sufrimientos y las humillaciones de los buenos; pero el Padre celestial que, en la luz de su eternidad abarca, penetra y domina las vicisitudes de los tiempos y la paz serena de los siglos que no tienen fin, Dios, Bienaventurada Trinidad, lleno de compasión por las debilidades, las ignorancias y las impacencias humanas, pero que ama a los hombres demasiado para dejarlos apartarse, por sus mismas faltas, de los caminos de la sabiduría y de su amor, continúa y continuará haciendo que el sol se levante sobre buenos y malos, haciendo caer la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5, 45), guiando sus pasos de niños con firmeza y ternura, no pidiéndoles más que se dejen llevar por Él y que pongan su confianza en el poder y en la sabiduría del amor que les tiene».

El ángel sabía

Los hijos de Jacob arrojan a su hermano José a una cisterna y lo venden a unos mercaderes egipcios para deshacerse de él: era una horrible felonía, de la que Dios sacará, no obstante, efectos espléndidos: «Vuestra intención era hacerme daño -dirá más tarde José a sus hermanos, siendo ya primer ministro de Egipto-, pero Dios ha sacado un bien de ello... era para conservar la vida de un gran pueblo». Desaprobando la conducta criminal de sus hermanos, Rubén había querido salvar a José y devolverlo a su padre: rasgó de dolor sus vestiduras cuando supo que en su ausencia sus hermanos habían vendido a José a unos ismaelitas. Rubén gemía, pero su ángel, igual que el de José, permanecía imperturbablemente sereno, pues sabía que Dios sacaría un bien de ese crimen.

Fray Juan de la Cruz es arrojado por sus hermanos carmelitas a un calabozo del convento de Toledo. Gesto execrable, del que Dios sabrá, sin embargo, hacer surgir maravillas. Precisamente en su calabozo de Toledo el doctor de las noches recibió las gracias que le llevaron hasta el grado más elevado de la vida mística. Después de su liberación, se referirá a sus carceleros como sus más insignes benefactores. Su unión íntima con Dios le servía para participar, en cierto modo, de la visión profunda que los ángeles, adhiriéndose a los planes de Dios, tienen de los acontecimientos y que les hace comprender que si Dios permite un mal, no es más que para sacar de él un bien mayor todavía.

Imaginemos a Ignacio de Loyola gravemente herido en el sitio de Pamplona por una granada francesa, que le rompe una pierna. Intentemos figurarnos las reacciones de sus amigos, los de la tierra y los del cielo. «¡Qué desgracia! Una brillante carrera militar destrozada» dirían los primeros. «¡Qué suerte! -pensarían los segundos-. Esto es una liberación. Ahora, bajo la sacudida de la gracia, el capitán Íñigo va a emprender una carrera incomparablemente más noble y más útil para los hombres que la profesión de las armas. »

Igual que nuestros Ángeles Custodios, los santos del cielo y también nuestros difuntos liberados de las llamas del purgatorio y envueltos ya por la luz de Dios, permanecen en un estado de serenidad ante las miserias temporales y las faltas morales de los hombres.

A primera vista esto parece inhumano e incluso monstruoso. ¿Cómo es posible que una madre, que esté en el cielo, no se entristezca ante los infortunios de sus hijos que quedaron en la tierra? ¿No se compadecerá de sus necesidades materiales? ¿No sufrirá con sus pecados? ¿No temblará viéndolos meterse por caminos de perdición?

Lo repetiremos: la serenidad de los ciudadanos del cielo ante los males que afligen a los habitantes de la tierra no es el fruto de la ignorancia ni de la indiferencia de un advenedizo, despreocupado por la suerte que puedan correr sus compañeros. Es fruto de una ciencia más profunda y de un amor más ilustrado, porque su voluntad está totalmente unida a la de Dios, cuyos planes providenciales nada pueden estorbar aquí abajo; los elegidos que ya han entrado en la paz de Dios no sufren contrariedad alguna ni sufrimiento ante el espectáculo de las vicisitudes de los hombres. Su inteligencia se ha conformado con la de Dios, y, por tanto, ven en los infortunios de los hombres el desarrollo de los designios de Dios, que son todos adorables.

Importa diferenciar claramente la voluntad de Dios en el sentido de mandato, y la voluntad de Dios en el sentido de disposición o plan.

La primera proscribía toda falta moral, mientras que la segunda incluye el bien y el mal llevado a cabo por los hombres. Aquí abajo se hacen muchas cosas contra la voluntad-mandato de Dios, pero nada sucede fuera de su voluntad-disposición. La Providencia engloba y utiliza misteriosamente todas las cosas para alcanzar sus fines. «Todas las cosas a tu servicio» (Sal 119, 91).

«Verás que todo estaba bien»

Convertido y fundador de un instituto religioso, el capitán Íñigo de Loyola se hace un asiduo del trato con los ángeles. Expresará el deseo de ver en los miembros de la Compañía de Jesús la caridad, el celo por las almas y la serenidad inalterable de los ángeles. En sus Ejercicios espirituales, San Ignacio llama la atención de los ejercitantes acerca de los ángeles. Fieles a su fundador, los jesuitas propagaron la devoción a los ángeles.

Otro gigante espiritual del siglo XVI, San Juan de la Cruz, propone a la imitación de las almas piadosas la serenidad de los ángeles ante el mal, especialmente ante los pecados del prójimo, objeto a veces de un celo intempestivo y de lamentaciones estériles. A medida que avanza en lo espiritual, el alma modifica su actitud con respecto a las faltas del prójimo. De una indiferencia inicial, pasa a la severidad y al desasosiego; más tarde se rodea de serenidad y renuncia a la crítica, sin por eso aprobar el mal. «Una vez que se ha fijado de manera definitiva, la elevación del alma al estado de unión es tan grande que, si bien antes las aguas del dolor la llevaban y traían, y se afligía por la amargura que le causaban los pecados del prójimo, en adelante ya no tendrá más esos sentimientos, aunque reconoce con más perfección que nunca la maldad del pecado... Este alma está en un estado que es semejante al de los ángeles, que comprenden mejor que nadie los efectos del mal, sin sentir dolor por ello, y cumplen las obras de misericordia sin que la compasión las aflijan».

En su sabiduría, observa San Agustín, Dios prefiere sacar bien del mal, mejor que no permitir ningún mal. Exactamente en este sentido, el infortunio es preferible a la ausencia de infortunio, en razón del bien que Dios saca de él. Es como un túnel oscuro que desembocara en la luz. Al contemplar todas las cosas en Dios, el ángel percibe esta salida luminosa, que con facilidad escapa a la mirada miope del hombre.

De manera incomparablemente mejor que el hombre, el ángel capta la verdad de este versículo de la Sagrada Escritura: «Para aquellos que aman a Dios todas las cosas son para bien». Todo, comenta San Agustín, incluso los pecados, que pueden llevarnos a desconfiar más en nosotros mismos junto con una confianza más plena en Dios.

Una mística inglesa, Juliana de Norwick, preocupada por el problema del mal y del sufrimiento participaba sus inquietudes a Nuestro Señor. El Señor la tranquilizó, invitándola a poner su confianza en su amor y en su omnipotencia: «Al final, verás que todo estará bien». Dom Paul Renaudin comenta: «La miseria que nos rodea y la que está asentada en el corazón mismo del hombre no son más que el campo de operaciones de la Misericordia y de la Gracia, la ocasión para la Redención. Tened confianza, el mundo está cercado, rodeado, llevado por la inmensa Bondad divina».

En el Diálogo de Santa Catalina de Siena, el Padre eterno responde también a la pregunta de la Santa: «Tendré misericordia con el mundo, misericordia con la Iglesia... porque te he enseñado que la misericordia es mi propiedad distintiva». «No hay que decir `esto es peor que aquello', porque a su tiempo todas las cosas cumplirán su fin», leemos en el Antiguo Testamento.

Al final: ésta es la palabra clave, que ilumina el problema del mal. El ángel ve el final, que es lo que da explicación a las contrariedades desconcertantes y a las pruebas que crucifican; el hombre, limitado a las solas luces de la razón, ignora este final y se subleva contra el sufrimiento; el creyente, dotado de una fe endeble, soporta el sufrimiento con mala gana, mientras que el cristiano de fe viril cree en esta salida feliz. Y mientras más cree con firmeza, desde el fondo de la noche, más participa -sin llegar nunca a igualarla- de esa serenidad imperturbable que los ángeles conservan ante el mal, reforzada por una repercusión de los actos de fe sobre su inteligencia, sobre su voluntad y sobre su sensibilidad. La paz profunda es una de las características de los amigos de Dios. Tiene su sede en los trasfondos de su alma, y rebosa hasta su rostro y hasta su mirada.

Armonía perfecta

Hay otro rasgo en la santidad de los Ángeles Custodios que llenaba de admiración a Santo Tomás de Aquino, y con él a diferentes fundadores de Institutos Religiosos, como Ignacio de Loyola, Vicente de Paul, Juan Bautista de la Salle, Francois Libermann y María Teresa Soubiran: la síntesis perfecta entre vida contemplativa y vida activa.

Cristo mismo señala esta armonía cuando afirma que los ángeles de los niños están viendo continuamente el rostro de su Padre: contemplan a Dios y al mismo tiempo están custodiando a los hombres. Las palabras del Arcángel Gabriel a Zacarías revelan también esta armonía: «Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, de quien he sido enviado a hablarte y a traerte esta feliz nueva». Sin apartarse de Dios ni un solo instante, Gabriel cumple con su encargo en Judea. Adoración de Dios y misión entre los hombres son para él una unidad. Estas dos actividades se funden la una en la otra. Las intervenciones en la vida de su protegido de la tierra no impiden de ningún modo al ángel contemplar sin cesar el rostro de Dios en el cielo: es «contemplativo en la acción» y «activo en la contemplación».

Así como hay muchos apóstoles, clérigos y seglares en los que una lamentable ruptura separa sus actividades exteriores de su vida interior, en el ángel ocurre al contrario: actividades exteriores y vida interior se fusionan. No hay solución de continuidad en su vida, no hay quiebra. Contemplación y acción forman en él la magnífica simbiosis propuesta como ideal por los maestros de la vida espiritual y recordada por el Concilio Vaticano II. Para el ángel la contemplación de Dios encuentra su acabamiento en la participación, en el gobierno divino del mundo y en la cooperación a la redención de los hombres.

¿El secreto de esta síntesis? Para el Ángel Custodio, explica Santo Tomás, las intervenciones en la vida cotidiana de los hombres son como una puesta en práctica de los pensamientos y de los designios que contempla en Dios. Del mismo modo que el escultor, al tallar un bloque de mármol, realiza al exterior la idea que lleva en su interior, así el ángel, cuando preserva al hombre de un mal paso, iluminando su espíritu, recordándole un propósito olvidado, realiza en el mundo los designios contemplados en Dios.

Existe una continuidad desde la contemplación de los ángeles en el cielo hasta su obra concreta en la tierra, como hay continuidad entre un plan y su ejecución. La contemplación de Dios y de sus designios es la que regula la obra de los ángeles al servicio de los hombres.

Santo Tomás lleva todavía más lejos su análisis: nada hay en la actividad externa de los ángeles que no esté ligado a la contemplación de Dios, fuente de su bienaventuranza. «Igual que el artista considera interiormente el proyecto de la obra que lleva a cabo externamente, así el ángel al mismo tiempo contempla a Dios y sirve a los hombres».

El servicio a los hombres no es para los ángeles una interrupción de su actividad principal: no es para ellos una ocupación secundaria, un pasatiempo, o peor todavía, un trabajo molesto, como lo es el cuidado de los niños para unos padres de temperamento intelectual o artístico. El servicio a los hombres es un elemento de la actividad esencial de los Ángeles Custodios, y es fuente de su bienaventuranza sin sombra.

No obstante, contra la tesis de la fusión que se da en el ángel entre la contemplación de Dios y el servicio de los hombres, podríamos oponer una objeción sacada de la experiencia cotidiana.

Santo Tomás ya lo había observado: «Las ocupaciones exteriores son un obstáculo para la contemplación de la verdad». En efecto, leemos en la Sagrada Escritura: «El que no tiene otros quehaceres puede llegar a ser sabio».

El que dispersa sus energías se debilita y se hace menos apto para la vida intelectual. Un profesor de filosofía que se entregase intensamente al deporte, a la jardinería o a pequeños trabajos de aficionado, mermaría el tiempo y las energías necesarias para su profesión de intelectual.

El Santo resuelve así esta dificultad. En el hombre la actividad externa enturbia la pureza de la contemplación. En efecto, nos entregamos a esta actividad externa con nuestras fuerzas sensibles, cuyos actos, cuando ponemos en ellos nuestra atención, paralizan nuestras fuerzas intelectuales. El ángel dirige sus actos externos por su sola operación intelectual. Estos actos no impiden en ningún modo su contemplación. Pues si una acción es la norma de otra acción, ésta, lejos de estorbar la primera, la ayuda a realizarse. Por eso San Gregorio dice que «los ángeles que actúan exteriormente no quedan privados de las alegrías de la contemplación íntima».

La ruptura entre la vida interior y la actividad externa es una de las grandes tentaciones para el apóstol. Lo es principalmente en nuestra época, que tiende a sobrestimar las capacidades del hombre e

infravalorar la realidad de las consecuencias del pecado original. Se corre así el riesgo de aplicar al apostolado los métodos que son válidos para la publicidad comercial y para la propaganda política. Ahora bien, toda la historia de la Iglesia está ahí para dar fe de la verdad de esta palabra del mismo Cristo acerca del secreto de un apostolado fecundo: «Quien permanece en mí y yo en él, ése dará mucho fruto». «Permanecer en Cristo» no es sólo visitarle unas cuantas veces a lo largo del día: Misa, oficio divino, meditación, lectura espiritual o alguna práctica de piedad. «Permanecer en Cristo» es, como la misma expresión lo dice, «estar permanentemente» en Él por la fe, la esperanza y la caridad, y ser movido constantemente por su espíritu. Los Ángeles Custodios se nos ofrecen como modelos perfectos: permanecen en Dios incluso cuando visitan la tierra. «Los ángeles están siempre en Dios, y... Dios actúa siempre en ellos libre y plenamente » .

Unidad y fecundidad

Una mística a la que ya hemos hecho referencia, Lucie-Christine, muestra los beneficios de esa continuidad entre vida interior y actividad externa, perfecta en los ángeles, más o menos imperfecta en los apóstoles, clérigos o seculares. Señala también las consecuencias desagradables, incluso para la salud, de una actividad apostólica desconectada de la contemplación de Dios y, por consiguiente, privada de unidad interior.

Conviene que «en todas las cosas el puro interés del amor y de la gloria de Dios sustituya al amor propio... Lo que más fatiga al alma no es tanto su actuar como el ardor y el interés que pone en la acción externa o interior; de tal suerte que, mientras más solicitada es su actividad, más nos fatiga y nos consume este ardor que cambia de motivo en cada cosa. Por el contrario, la rectitud de intención nos da un móvil único, un solo interés en todas las cosas, y en ello está el descanso del alma en la acción, y al propio tiempo la fuente de una fecundidad mucho mayor... en ello está la razón de las obras prodigiosas de los santos ».

Un ardor que cambia de motivo en cada cosa nos fatiga y nos consume: ¿no está esta multiplicidad de motivos exactamente en las antípodas de los que comprobamos en los Ángeles Custodios, que tienen por norma de su acción la sola voluntad de Dios?

Otra mística francesa contemporánea, María Antonia de Geuser, dotada de gracias excepcionales, parece haber experimentado en un grado raro en personas que viven en este mundo, esta alianza entre la conversación interior con Dios y el diálogo exterior con los hombres. Pasa con soltura de la una al otro.

El amor a Dios alimenta en ella el amor al prójimo, y éste a su vez estimula a aquél. Hay una simbiosis. «Mientras más me entrego enteramente al deber externo, más presente se me hace mi Jesús, mejor le escucho». «Hubo un tiempo... en el que no podía darme por entero a Dios y a los otros simultáneamente... Ahora mantengo dos diálogos a la vez casi sin esfuerzo..., o mejor, no es más que una misma cosa». Y aclara este misterio: «Puesto que sólo veo a Dios en todo y en todos, ¿cómo podría su voluntad ser un obstáculo para nuestra unión?».

En los cristianos, esta síntesis de vida interior y servicio a los hombres descansa sobre una vida de fe auténtica. Pío XII lo explica así hablando a unas religiosas hospitalarias: «Si tenéis una fe viva, si más allá de los rostros humanos -rostros contractos por espasmos dolorosos o rostros empalidecidos de quienes tienen el organismo ya gastado; rostros ardiendo de fiebre; rostros inquietos por el pensamiento de que su enfermedad se agrava; rostros impasibles, resignados-, si más allá de todos estos rostros sabéis descubrir a Jesús en todas las salas del hospital, yaciente en todos los lechos, inmóvil en la misteriosa solemnidad de los quirófanos, ni siquiera os daréis cuenta de que pasáis de la capilla a las habitaciones de los enfermos; no tendréis cuidado de que la observancia religiosa perjudique a la asistencia o de que ésta sea perjudicial para aquélla. Seguiréis amándole bajo cualquier forma o en cualquier lugar en que se esconda. No habrá interrupción en vuestro coloquio con Él, ninguna distracción, ningún olvido de lo que Él es y de lo que Él quiere».

Nunca está más activa...

«Ninguna interrupción en el coloquio» con Dios, incluso en la actividad externa más absorbente; éste es el ideal que San Ignacio enseña cuando confiaba al P. Rivadeneira su deseo de «parecerse a los ángeles, que no se distraen con ninguna de sus ocupaciones, que no cesan de ver a Dios y de disfrutar de Él».

Se comprende entonces por qué, a pesar de la diferencia profunda entre la naturaleza espiritual del ángel y la naturaleza compuesta del hombre tantos fundadores de órdenes y congregaciones religiosas modernas hayan «propuesto a la imitación de sus hijos e hijas el modelo de los espíritus puros del cielo. Todavía hoy en el oriente cristiano la expresión bios angelicos, vida angélica, sirve para designar el estado monástico; y Pío XII escribía que la vocación de quienes se consagran enteramente a Dios es una «vocación angélica».

La Iglesia misma, en su liturgia, propone a todos los fieles que imiten a los ángeles. Ecce somniator venit!, exclaman los hermanos de José viendo venir hacia ellos a su hermano: ¡Aquí viene el soñador! Es posible que cristianos que se dicen modernos y «a tono con la historia» rechacen como ensoñaciones las consideraciones de un Ignacio de Loyola o de un Vicente de Paúl sobre los Ángeles Custodios. Sin embargo, ahí está la historia, que atestigua cómo la mística ha dado a la Iglesia sus más grandes hombres de acción.

«Acción y contemplación se unen y se funden. Para permanecer con Dios, el alma debe obedecer la moción del Espíritu Santo, que la lleva aquí o allá para llevar a cabo su trabajo. A cualquier sitio al que sea conducida, allí encuentra a Dios, que lleva en sí misma y se goza en la dulce claridad de su experiencia íntima. Nunca es más activa ni más fuerte que cuando Dios la mantiene en la soledad de la contemplación; nunca está más unida a Dios ni nunca es más contemplativa que cuando se entrega a trabajos para hacer la voluntad de Dios y bajo la influencia del Espíritu Santo».

Verdaderamente se puede decir que un alma así imita en esto a los ángeles. Porque ve sin cesar al Invisible y se une a Él con todo su ser, el ángel actúa eficazmente sobre el mundo visible. Participa del poder irresistible de Dios. De Moisés, hombre de acción y de oración, la Sagrada Escritura nos revela que actuaba con tanta seguridad «como si hubiera visto al Invisible».

SENTADA A SU PUERTA

Hace algún tiempo sometimos al Cardenal Journet algunas reflexiones acerca de la intervención de los ángeles en la vida cotidiana de los hombres. «Sí -nos respondió el prelado-, sí, los ángeles se revelan, pero a aquellos que los aman y los invocan.» «Ten confianza con tu Ángel Custodio -escribe S. Josemaría Escrivá-. Trátalo como un entrañable amigo -lo es-, y él sabrá hacerte mil servicios en los asuntos ordinarios de cada día».

Que hay una ligazón entre la invocación del ángel por los hombres y su asistencia está claramente visto en la Biblia, en los escritos de los doctores y en la experiencia de los santos. «Nuestras necesidades suben en alas de la oración, y la ayuda de Dios baja en alas de los ángeles.»

El grito de la miseria reclama la respuesta de la misericordia. Entendemos aquí la palabra oración en su sentido más amplio: elevación del alma a Dios. Esta subida se lleva a cabo no sólo por la oración de petición, de adoración, de expiación, de acción de gracias, sino también por medio de una vida recta, atenta a Dios y orientada hacia Él. «El hombre ora siempre que dirige toda su actividad a Dios», afirma Santo Tomás, comentando las palabras de Jesús: «Es preciso orar siempre y no desfallecer».

Por su fe, Abraham merece la visita de tres viajeros misteriosos, que le anuncian el nacimiento de Isaac. Por la pureza de su vida en medio de la corrupción general, Lot, su esposa y sus hijas merecen la intervención de dos ángeles que los sustraen a una muerte espantosa reservada a los habitantes de Sodoma.

El libro de Tobías se abre con un doble drama: la aflicción de un anciano, que se ha quedado ciego, y la desesperación de una mujer que ha visto morir sucesivamente a siete esposos. En su desolación, el viejo Tobías y la joven Sara elevaron sus voces al cielo. «Estas dos oraciones fueron escuchadas al mismo tiempo por Dios, y un santo ángel del Señor, Rafael, fue enviado para curarlos, a Tobías y a Sara». La aplicación de la hiel del pez capturado por el joven Tobías en las orillas del Tigris devolvió la vista al anciano, y Sara se vio libre del demonio Asmodeo, «el peor de los enemigos, que había matado uno tras otro a cada uno de sus maridos».

«Si escuchas su voz... »

Las consignas que da Dios al pueblo elegido, narradas en el capítulo XXIII del Éxodo, son también reveladoras del vínculo de causalidad entre la oración y la ayuda de los ángeles. La liturgia las utiliza como epístola en la fiesta de los Ángeles Custodios. En su sentido literal, son una exhortación a obedecer al ángel encargado de conducir a los israelitas desde el desierto hasta la tierra prometida. En su sentido figurado, que es el que emplea el misal, invitan a los fieles a seguir las inspiraciones del Ángel Custodio, encargado de conducirlos a través de los peligros de la vida terrestre hasta esa tierra prometida que es el cielo. A esta invitación se añade, por contrapartida, la promesa de la ayuda todopoderosa de Dios mismo. «Enviaré a mi ángel para que vaya delante de ti, que te guarde en el camino y que te haga entrar en el país que te he preparado. Está atento a su presencia y escucha sus consejos, no vayas a despreciarlos. No te dejará pasar ninguna falta, pues es mi representante. » Siguen, en un lenguaje de imágenes, las promesas que Dios ha unido a la docilidad hacia el ángel: «Si escuchas su voz, si obedeces sus mandatos, seré el enemigo de tus enemigos y oprimiré a tus opresores; y mi ángel marchará delante de ti».

Los hombres atentos y dóciles a las inspiraciones del ángel, mensajero de las voluntades de Dios, tendrán a Dios por aliado. Tomará en sus propias manos la defensa de su causa. En unos pocos versículos punzantes, el Salmo 33 evoca un drama: oración de un hombre desgraciado, intervención liberadora del ángel, júbilo, invitación a la confianza. «Clamó este pobre, y Yahvé escuchó y le salvó de todas sus angustias. El ángel de Yahvéh acampa en derredor de los que le temen y los salva. Gustad y ved cuán bueno es Yahvéh: bienaventurado el varón que a Él se acoge». Para indicar el poder del Ángel Custodio, que participa de la omnipotencia de Dios, el autor inspirado recurre a la imagen de la batalla en un campo atrincherado.

El Salmo 90 canta el poder protector de Dios. Muestra las múltiples maneras en las que el Señor interviene para salvar a los suyos. Sobre todo resalta la custodia de los ángeles. Aquí, como en otros pasajes de la Escritura, las intervenciones de la Providencia son provocadas por un acto de abandono de sí, expresado al comienzo del Salmo: «Tú eres mi refugio y mi fortaleza, Dios mío, en quien pongo mi confianza».

A pesar de ser pagano, el rey Nabucodonosor reconoció lealmente que fue la fidelidad al verdadero Dios la que valió a los tres jóvenes hebreos arrojados al horno ardiente el ser milagrosamente preservados de las llamas. «Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, que ha enviado su ángel y ha liberado a sus servidores, quienes, confiando en Él, han desobedecido a la orden del rey y han entregado sus cuerpos al fuego antes de servir o adorar otro dios que no es su Dios».

«Tus oraciones me han hecho venir»

La existencia de estas relaciones de causa a efecto está también confirmada por un ángel, ante cuya aparición Daniel, transido de espanto, se prosternó en tierra: «Daniel, levántate, heme que me han enviado a ti... No tengas miedo, pues desde el primer día en el que, para comprender tomaste la resolución de mortificarte ante Dios, tus palabras fueron escuchadas: y tus oraciones me han hecho venir aquí». La llamada sube, el ángel desciende.

La oración desencadena las intervenciones fulgurantes de los ángeles en los libros de los Macabeos. Todo el pueblo se puso en oración cuando Heliodoro se dispuso a penetrar en el templo para llevarse el tesoro. Cuando se acercaba el ejército de Timoteo, «Macabeo y sus hombres se volcaron en súplica delante de Dios, con la cabeza cubierta de tierra y ceñidos con un cilicio».

Los evangelistas nos cuentan dos visitas de ángeles a Cristo: una cuando terminaba su ayuno de cuarenta días en el desierto; otra en lo más duro de su agonía en el huerto de los olivos. Cada una de esas veces, en medio de la oración, los ángeles visitan al «Hijo del Hombre».

Mientras estaba cumpliendo sus funciones sacerdotales en el templo, Zacarías recibe la visita de un ángel, que le anuncia el nacimiento del Precursor. Y la tradición nos muestra a la Virgen en oración en el momento en que el Arcángel Gabriel se presentó para revelar el misterio de la Encarnación.

Después de una primera detención y de una primera liberación de los Apóstoles por un ángel, Herodes encarcela nuevamente a Pedro y lo hace custodiar por cuatro escuadras de soldados. «Mientras Pedro estaba preso, la oración de la Iglesia se elevaba sin interrupción por él a Dios». La víspera del día en que tenía que comparecer ante el pueblo, Pedro fue objeto de una segunda liberación luminosa. «Pedro estaba durmiendo en medio de los soldados, atado con cadenas, y los guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. De repente apareció un ángel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la habitación, y tocando a Pedro en el costado le despertó diciendo: `Levántate de prisa'. Y se le cayeron las cadenas de las manos. El ángel le dijo también: `Ponte el cinturón y cálzate tus sandalias'. Así lo hizo; pero todavía le dijo más: `Toma tu capa y sígueme'. Salió y le iba siguiendo, pero no creía que fuera realidad lo que hacía el ángel; se imaginaba que era un sueño lo que veía. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que sale a la ciudad, y se les abrió sola. Salieron por ella y caminaron hasta el final de la calle, y de repente el ángel desapareció de su vista. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: `Ahora sí que me doy cuenta verdaderamente que el Señor ha enviado a su ángel y me ha librado de las manos de Herodes y de lo que deseaba todo el pueblo judío'».

Los Hechos cuentan también otras dos apariciones de ángeles a San Pablo durante sus peregrinaciones apostólicas. En medio de una interminable tempestad, que estuvo a punto de tragarse su barco, San Pablo recibió un aliento inesperado: «Esta noche, dijo, se me ha aparecido un ángel de Dios, de quien soy y a quien sirvo, diciéndome: `No temas, Pablo, tú has de comparecer ante el César y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo'. Por tanto, compañeros, levantad ese ánimo».

Habiendo atravesado el Asia Menor, Pablo y su compañero descendieron a Troas, próxima a los Dardanelos. «Pablo tuvo durante la noche esta visión: un hombre de Macedonia, poniéndosele delante, le suplicaba y decía: Ven a Macedonia y socórrenos'. Después de esta visión, inmediatamente, decidimos marchar a Macedonia seguros que Dios nos llamaba a predicar el Evangelio a aquellas gentes». Por el intermedio de un ángel bajo la apariencia de un macedonio, en esta hora histórica Dios orientaba el apostolado de San Pablo hacia Europa.

Merecen que los ángeles les sirvan

Y es otro ángel quien prepara un encuentro entre un gentil «que oraba sin cesar» y el apóstol Pedro. «Había en Cesarea un hombre, llamado Cornelio, que era centurión de la cohorte Itálica, hombre religioso y temeroso de Dios, con toda su familia, y que daba muchas limosnas al pueblo y hacía continua oración a Dios. Éste, a eso de la hora de nona, en una visión vio claramente a un ángel del Señor entrar en su aposento y decirle: 'Cornelio'. Él, mirándole sobrecogido de temor, dijo: '¿Qué quieres de mí, Señor?'. 'Tus oraciones y tus limosnas han subido arriba, hasta la presencia de Dios, y se ha acordado de ti'. Y el ángel dijo a este gentil que enviase unos hombres a Jope y que hiciera venir a Simón, llamado Pedro. Instruido, él también, por una visión, Pedro fue a casa de Cornelio y lo bautizó a él y a los suyos » .

Por aquel mismo tiempo un ángel se dirigió al diácono Felipe y le pidió que fuera a eso del mediodía a la carretera que baja de Jerusalén a Gaza. Sentado en su carro, un alto funcionario de Candace, la reina de Etiopía, regresaba de una peregrinación a Jerusalén, leyendo en alta voz a Isaías. «¿Entiendes lo que estás leyendo?», le interrogó Felipe, inspirado por el Espíritu. «¿Cómo podré entenderlo si nadie me lo explica?», respondió el ministro. E invitó a Felipe a que subiera y se sentara junto a él. El diácono iluminó este alma leal, que buscaba la luz y, llegados a un lugar en donde había agua, Felipe bautizó al etíope. Los doctores de la Iglesia y los autores espirituales desprenden unas lecciones de estas coincidencias entre la oración, incluso entendida en sentido amplio, y las visitas de los ángeles.

Quienes resisten a los demonios, señala Santo Tomás, a propósito del episodio que cierra el ayuno de Jesús en el desierto, merecen que los ángeles les sirvan. Resistir a las tentaciones del demonio es una consecuencia lógica de estar apegado a la voluntad de Dios. Quien dice sí a Dios, dice no al adversario por excelencia de Dios. Quien se cierra al demonio, se abre a Dios. Los hombres que se abren a Dios, se abren a sus enviados en la tierra.

«Se dice en San Lucas que Cristo, entrado en agonía, oraba más largamente, y que entonces se le apareció un ángel para confortarlo. Todo eso sucedió por nosotros», observa San Buenaventura. «Cristo no tenía necesidad de ser sostenido: era para mostrar que los ángeles asisten de buen grado a quienes oran con devoción, que los sostienen y los confortan, y también que presentan sus oraciones a Dios»

Para que el sol pueda entrar...

Mientras más el espíritu está desprendido de la servidumbre de los sentidos, observa el doctor Angélico, más abierto está a las inspiraciones de los ángeles. Por eso los niños y los santos parecen ser los preferidos de los ángeles: la inocencia natural y la pureza conquistada a fuerza de lucha predisponen para acoger la luz.

«No te llegará la calamidad ni se acercará la plaga a tu tienda», afirma el Salmo 90, himno a los Ángeles Custodios. «Considerad que esta promesa no se hace a los hombres que viven según la carne -comenta San Bernardo-, sino a quienes, aunque viven en la carne, se conducen según el espíritu». «¡Desgraciados de nosotros -exclama el mismo santo- si nuestros pecados nos hacen indignos de recibir la visita de los ángeles y de gozar de su presencia! Si tenemos gran necesidad de la compañía de los ángeles, debemos evitar cuidadosamente ofenderlos, y ejercitarnos en la práctica de las virtudes que sabemos son de su agrado», como la pureza, la pobreza voluntaria, la caridad fraterna.

El bienaventurado Pedro Fabro señala también que el vicio, y particularmente el exceso en la bebida y en la comida, cierran al hombre a las inspiraciones de los ángeles buenos y lo abren a las influencias de los ángeles malos. Por eso toma la determinación de «guardar mucha moderación en el comer y en el beber, y en toda su actividad externa..., viendo que es cosa muy necesaria para que los espíritus malos pierdan el poder de habitar en su cuerpo y de mover su espíritu, porque no encuentran un corazón entorpecido por el alimento y la bebida».

«Cuando el sentido de la castidad disminuye en las conciencias, observa Pablo VI, se ve que también disminuye la capacidad de acoger en sí la palabra de Dios, el deseo de la vida eterna, la sed de conversar con Dios».

Estas indicaciones de los maestros espirituales no son, por lo demás, sino la aplicación de una ley general, que vale tanto en un plano natural como en el terreno de la gracia: la impresión de una nueva forma exige una disposición adecuada de la materia.

Para que el sol pueda alumbrar y calentar una habitación es preciso levantar las cortinas y abrir las ventanas. Para que un líquido pueda llenar un vaso, éste debe estar vacío. Para que la gracia impregne a un ser libre, es preciso que éste se muestre receptivo. La gracia no entra jamás violentando. Dios respeta el juego de las facultades que Él mismo ha establecido.

Para resumir todo esto en pocas palabras, podríamos decir que hay dos agentes en escena: el amor inconmensurable de Dios, que arde por extenderse, y la indigencia insondable del hombre, que con frecuencia la ignora.

« Una nada rodeada por Dios »

«Dios no desea en el mundo más que una sola cosa, la única de la que tiene necesidad, pero la desea de una forma tan extraordinariamente fuerte que le presta todos sus cuidados. Ésta es esa sola cosa: encontrar vacío y preparado el fondo noble que Él mismo ha puesto en el noble espíritu del hombre, con el fin de llevar a cabo en él su obra noble y divina. Dios tiene todo el poder en el cielo y en la tierra; pero le falta una sola cosa: el no poder cumplir en el hombre la más exquisita de sus obras.»

En este lenguaje antropomórfico Juan Tauler expresa el deseo que devora a Dios de dar, de dar sin interrupción, de dar sin medida, con tal de que en el hombre encuentre disposiciones receptivas.

«El hombre -señala el Cardenal de Bérulle- es una nada rodeada por Dios, indigente de Dios, capaz de Dios y llena de Dios si él quiere».

Innumerables son los pasajes de la Sagrada Escritura que afirman la conexión íntima que existe entre esa apertura del hombre y las efusiones de la gracia.

«He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré y comeré con él, y él conmigo» «...Fácilmente se deja ver (la sabiduría) de los que la aman, y es hallada de los que la buscan. Y aun se anticipa a darse a conocer a los que la desean. El que temprano la busca no tendrá que fatigarse, pues a su puerta la hallará sentada».

«El Todopoderoso -dice la Virgen- colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despidió sin nada».

Todos los hombres son pobres. Pero no todos reconocen por igual su indigencia. La oración les hace entrar en la cuenta de esa indigencia. La oración no enseña nada a Dios, que conoce nuestras necesidades antes incluso de nuestro nacimiento. Tampoco tiene por meta el rendir a Dios, en el sentido estricto de la palabra, y de empujarle a darnos hoy lo que parecía que nos negaba ayer. Dios no cambia de idea. Lo que la oración cristiana consigue es doblegar el orgullo, la soberbia del hombre, que cierra el paso a la gracia como una persiana cierra una habitación a la entrada de la luz.

Los doctores de la Iglesia no paran de insistir sobre este tema. En el análisis que hacen de las pasiones malsanas y de sus repercusiones en la conducta del hombre, y especialmente en su vida espiritual, un Tomás de Aquino y un Juan de la Cruz muestran hasta qué punto las efusiones de la gracia están condicionadas por las disposiciones morales del hombre.

¿Quiere esto decir que el Todopoderoso se encuentra impotente ante las malas disposiciones de los hombres, y que éstas son capaces de ponerle un obstáculo infranqueable? No. Muy finamente, Santo Tomás observa que en su omnipotencia Dios puede crear en los hombres las buenas disposiciones. Si están, las utiliza, y esto es el juego normal de la gracia; que faltan, Dios puede producirlas, pero esto es la excepción, como determinadas conversiones fulgurantes, humanamente inexplicables. Pues «el buen querer de Dios no está limitado por nada: puede crear al mismo tiempo el sujeto, la disposición y la gracia, como puede crear al mismo tiempo materia, disposición y forma». El principio enunciado por el doctor Angélico tiene un alcance general. Si la entrada de la gracia está ordinariamente condicionada por la presencia de buenas disposiciones, Dios, en su omnipotencia, puede de modo excepcional crear porque sí esas disposiciones.

En esta creación, hecha por Dios mismo, de las disposiciones necesarias para acoger la gracia reside, al parecer, la solución de un arduo problema que se planteaba Henri Bergson ante conversiones radicales e instantáneas, como la de San Pablo en el camino de Damasco. «Para comprender correctamente estas mutaciones radicales de la conciencia -dijo un día a Jean Guitton-, sería preciso poder observar hoy día experiencias análogas a la de San Pablo. Conozco una que me indicó mi amigo William James. Debería usted estudiar a fondo ese caso singular. Se trata de una persona hostil a la religión católica, cuyo

nombre es Ratisbonne. A la una del mediodía, Ratisbonne entró por educación en no sé qué iglesia de Roma. A la una y diez minutos Ratisbonne sale transformado para siempre, con absoluta seguridad. ¿Cómo explicar estos cambios instantáneos y persistentes? Ese es el problema.» Jean Guitton recuerda estas reflexiones de su maestro Bergson con ocasión de la aparición del libro Dios existe, yo lo he encontrado, de André FROSSARD..

Estas consideraciones sobre el condicionamiento de la gracia en general y de la intervención de los ángeles en particular encierran la respuesta a una objeción contra la custodia de los ángeles: si existen, ¿por qué hay tantos pecados entre los hombres? ¿Por qué no iluminan a los pecadores? La respuesta es sencilla: no basta con que el Ángel de la Guarda dé buenas inspiraciones, sino que se necesita también que éstas tengan buena acogida.

Estas consideraciones proyectan también luz sobre otro aspecto de la misión de los ángeles: los favores excepcionales de que gozan las personas que viven en un trato familiar con ellos. Estos favores no deben causarnos asombro. Si bien parecen sobrepasar los méritos del hombre, no superan ciertamente las profundidades del amor de Dios, de ese Dios cuya sed de darse no podremos comprender, sed de darse sin descanso, de darse con profusión'.

Si bajo un cielo radiante de verano una sala se encuentra llena de luz, se lo debe a los rayos del sol que en ella penetran. Si permanece en la oscuridad, habrá que acusar a las manos que no han descorrido las cortinas y abierto las ventanas. Rayos de luz que parten de Dios, «los ángeles se revelan, pero a quienes les aman y les invocan».

No podríamos hacernos una idea ni siquiera un poco aproximada de esta sed. El amor que Dios tiene a los hombres desborda todos nuestros conceptos, como el océano sumergiría en sí todos los recipientes en los que un niño quisiera encerrarlo. En pocas líneas sobrias, de una densidad doctrinal y de una riqueza mística extraordinarias, el Doctor Angélico explica las exigencias espirituales de esta incomprehensibilidad de los atributos de Dios: «Nuestra fe se regula según la verdad divina; nuestra caridad, según la bondad de Dios, y nuestra esperanza, según la inmensidad de su omnipotencia y su misericordia. Es ésta una medida que excede a toda facultad humana, de manera que el hombre nunca puede amar a Dios tanto cuanto debe ser amado, ni creer o esperar en Él tanto como debe; luego mucho menos llegará al exceso de tales acciones». Y los Santos Ángeles son uno de los principales canales por los que el amor de Dios vuelca sus favores sobre los hombres.

PERSPECTIVAS DE FUTURO

«Vendrá un tiempo en el que no podrán soportar la sana doctrina, sino que, entrándoles una fuerte comezón de oír, recurrirán a una caterva de doctores para satisfacer sus deseos.» Y como las gentes tienen esa comezón de oír novedades, «cerrarán sus oídos a la verdad y los abrirán a las fábulas ».

La Iglesia propone con frecuencia a la meditación de los fieles esta advertencia contra el abandono de la sana doctrina y contra el afán de novedades. Esta advertencia figura en la epístola de la misa del común de doctores.

La confusión doctrinal de nuestro tiempo hace pensar en la predicación del Apóstol. Hoy, según observa Pablo VI, todas las verdades se ven discutidas. El filósofo alemán Dietrich von Hildebrand denuncia la entrada del caballo de Troya en la ciudad de Dios. Jacques Maritain ve en «una especie de arrodillamiento ante el mundo, que se manifiesta de mil maneras» uno de los fenómenos más curiosos de la crisis actual del catolicismo. El P. Luis Bouyer analiza la descomposición del catolicismo. Hans Urs von Balthasar termina su libro *Cordula* con un capítulo titulado «Cuando la sal pierde su sabor». Es un diálogo de ficción entre un comisario político y uno de esos cristianos aquejados por la enfermedad del arrodillamiento ante el mundo: «Vuestro cristianismo no vale un disparo de fusil; os habéis liquidado vosotros mismos, y nos habéis ahorrado tener que perseguiros».

«La Iglesia se halla en una hora de inquietud, de autocrítica, incluso se diría de autodestrucción -dice Pablo VI-. Es como una revolución interna, aguda y compleja que nadie habría podido esperar después del Concilio». «Os habéis liquidado vosotros mismos», «una hora... de autodestrucción»: estos dos juicios suenan igual, aun viniendo de dos fuentes bien distintas.

La advertencia de San Pablo, que la liturgia hace suya, podría también aplicarse al abandono de la doctrina de la Iglesia sobre la misión de los ángeles entre los hombres. Cuando, por una parte, la Profesión de fe de Pablo VI afirma el papel de los ángeles en el gobierno del mundo, y con sus ejemplos y sus palabras Pío XI, Pío XII y Juan XXIII exhortan a los fieles a que vivan un trato familiar con los ángeles; por otra parte, hoy se ve la angelología puesta en discusión. Los Ángeles Custodios también se han hecho objeto de desmitificación.

Citemos, escritas antes de la Segunda Guerra Mundial, estas líneas de una persona que parece haber vivido una gran intimidad con los ángeles:

«El demonio es astuto, actualmente está trabajando para provocar un relajamiento de la moral y de la fe en los futuros sacerdotes. Se atacará la existencia de los ángeles; el culto a la Santísima Virgen, que será considerado como una encantadora manifestación de sentimentalismo; se verterán opiniones exaltadas sobre su Inmaculada Concepción y sobre su virginidad. Incluso habrá sacerdotes profesores de Universidades o maestros de religión que hablarán de exageración en el culto de la Virgen y de los Santos y que exhortarán a los fieles a dirigirse directamente a Dios y no recurrir más, en sus oraciones, a esta pueril intercesión de los santos»..

Al final de su estudio de teología positiva sobre los ángeles, G. TAVARD se pregunta acerca de las causas de este actual declinar de la devoción a los ángeles. Ve una de las causas, según él decisiva, en el desinterés por parte de los teólogos que, desde los tiempos de la escolástica, no han hecho progresar la angelología. Los teólogos -dice- preferían tratar los temas que interesaban a sus contemporáneos. Por los silencios a que da lugar, este adaptarse a los gustos de los hombres encierra un peligro: favorecer la penetración del espíritu naturalista y racionalista entre los cristianos.

Tavard cree poder señalar otra causa de esta falta de inclinación de los fieles hacia una liturgia cuyo lenguaje no entendían (hasta la actual reforma) y de este escepticismo moderno hacia las tesis de la angelología que no se derivan directamente de la Revelación.

Ve motivos para un nuevo resurgir del culto de los ángeles en la reforma litúrgica y en las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que ha confirmado la doctrina tradicional de la Iglesia sobre los ángeles.

Un estudio expone la enseñanza angeológica del Vaticano II: «¿No será esta «contestación» una razón de más para que los fieles se adhieran a la enseñanza de la Iglesia? Si Dios permite que se sometan a discusión verdades reveladas, ¿no será para ofrecer a los creyentes la ocasión de que profundicen en puntos de doctrina, iluminando mejor sus fundamentos y rechazando sus excrecencias? Por las sanas reacciones a que dan lugar, los «contestatarios» de la angelología pueden convertirse, a pesar de ellos mismos, en sus promotores.

Decadencia y expansión

Por lo demás, desde hace algún tiempo los escritos acerca de los ángeles se multiplican en diferentes países de Europa. Incluso los ángeles son objeto de congresos científicos, por ejemplo, en Alemania y Francia. El director de una revista francesa de espiritualidad nos decía que el único estudio de su publicación que le había valido numerosas cartas de agradecimiento a lo largo del año era un artículo sobre el papel de los Ángeles Custodios en la vida cotidiana, a la luz de la Sagrada Escritura y de la Tradición. El autor, un seglar, no era un teólogo profesional, como la mayor parte de los colaboradores de la revista. Son muchos los fieles que sienten interés por los ángeles.

El actual desarrollo de la angelología evoca un pensamiento de San Juan de la Cruz: mientras más aumentan las miserias de los hombres, más multiplica Dios sus misericordias. Para atajar la influencia del naturalismo en el mundo, la Providencia llevó al magisterio supremo de la Iglesia a proclamar los dogmas de la Inmaculada Concepción (1854) y de la Asunción de la Virgen (1950). Estas definiciones provocaron un renacer de la piedad mariana y de los estudios sobre la Virgen.

Es posible que la angelología llegue a conocer un desarrollo semejante. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, puede revelar al filo de los tiempos el alcance de determinadas expresiones de la Biblia sobre las que a veces pasamos sin sospechar sus riquezas. Pablo VI hace esta observación acerca de las profundidades insondables del Evangelio:

«Basta con prestar un poco más de atención para comprobar que expresiones en apariencia modestas tienen un incalculable vigor de expresión, una riqueza de contenido, una amplitud de aplicación, una profundidad teológica y humana, una Verdad que se manifiesta realmente en toda su esencia, que es divina». Gracias al dogma de la Inmaculada Concepción hoy medimos mejor que antes de su proclamación las profundidades del saludo del Arcángel Gabriel a María: «Llena eres de gracia». Quizá llegue el día en el que los fieles vean mejor que nosotros las aplicaciones prácticas de la promesa: «Ha dado orden a sus ángeles para que te custodien en todas tus idas y venidas».

Presencia amiga en la soledad...

El culto a los ángeles parece particularmente apto para remediar un mal que hoy día es frecuente: el sentimiento de soledad y de inseguridad.

Si es cierto que la fe cristiana va tomando solidez en grupos escogidos, también es cierto que en las masas disminuye. El número de cristianos consecuentes parece disminuir. Por otra parte, un complejo de aislamiento amenaza con invadir a las minorías fieles y paralizar su empuje. Hay referencias que ponen de manifiesto que estos dolorosos sentimientos existen incluso en hogares que se consideran cristianos y en comunidades religiosas: «Me siento solo... No encuentro apoyo a mi alrededor... Tengo que nadar contra corriente... ». Una mentalidad de arrodillamiento ante el mundo ahoga los esfuerzos de superación espiritual. ¿Y qué decir de los hombres y mujeres que a lo largo de años viven solitarios en su fidelidad a Dios, sin el aliento de presencias amigas y de encuentros estimulantes?... Pero cuál no sería la luz, el apoyo, la alegría para esos hombres y mujeres si llegasen a «realizar» la presencia continua de un ángel a su lado. Una toma de conciencia no conceptual, como la de quien escuchara una exposición teórica sobre los ángeles, sino una toma de conciencia concreta y viva, como la de un hombre en relación mano a mano con un amigo muy querido.

Monseñor Jean Calvet, siendo decano de la Facultad de Letras del Instituto Católico de París, contaba cómo el testimonio de una campesina le había recordado la existencia de los Ángeles Custodios.

«Estaba paseándome por un camino en hondonada y umbroso en mi campiña, cuando me encontré junto a unas matas y tres ovejas a una anciana encorvada y apoyada en la cachava. Como he de conocer a todos, la dije:

-Buenos días, Catinelle.

Se medio enderezó y me respondió:

-Buenos días, señor párroco y la compañía.

-¿Cómo, abuela? Estoy solo; ¿dónde ve usted la compañía?

Se irguió un poco más, vi su rostro surcado de arrugas y sus ojos todavía hermosos. Me dijo con gravedad:

-¿Y el Ángel de la Guarda, dónde lo deja usted?

-Abuela, gracias. Iba a olvidarme del Ángel de la Guarda; gracias por habérmelo recordado.»

Este episodio fortuito puso a los ángeles en el primer plano del pensamiento y de la oración de Jean Calvet: «En mi oratorio he preparado un rinconcito para mi Ángel de la Guarda».

«Recibí una dura lección -añade el autor-. El pueblo cristiano conserva las tradiciones que los intelectuales abandonan. Las fuentes no se pierden, como a veces podríamos creer; se introducen un piso más abajo en el subsuelo.»

Esta es la postura de los cristianos que creen sin reservas en la presencia del Ángel Custodio: lo invisible es para ellos una realidad, una realidad cuasi visible.

Recordamos haber leído una página emocionante de Cesare Angelini. El autor cuenta que, habiendo asistido en una antigua abadía al canto de Completas, fue removido en su interior por las palabras de la oración, recitadas por el Padre Abad con gran convicción comunicativa en el silencio del santuario: «Visitad, Señor, este hogar... Que vuestros ángeles habiten en él y que nos conserven en la paz».

Cesare Angelini volvió a su celda. Una vez cerrada la puerta tuvo la clarísima certeza de que no estaba solo. Percibía una presencia misteriosa. Sentía que un ángel estaba allí para él, para él solo. El escritor fue entonces invadido por una alegría profunda, como no había experimentado nunca.

«La fe es el acto de creer en lo que no se ve», afirma San Agustín, y Newman define al cristiano como «un hombre que cree lo que no ve».

Como los rayos X

Para comprender la firmeza de esta certidumbre y para no relegarla a la categoría de un sueño o de una autosugestión, es conveniente hacer referencia a una verdad de la psicología religiosa, de la que echa mano Santo Tomás: la superioridad de las fuerzas sobrenaturales, que derivan de Dios, sobre las energías naturales, que dependen de la naturaleza humana. Por la fe, el hombre participa en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de la creación. Por la fe, el hombre ve, en cierto modo, a su Ángel Custodio con los ojos de Dios. Por la fe, el cristiano discierne una presencia allí en donde el espíritu, con sus solas fuerzas naturales, no percibe ninguna realidad.

Esta penetración de la fe podría ser comparada a los rayos X. Mientras que la luz del sol y la luz eléctrica se detienen en la superficie del cuerpo de un paciente, los rayos X atraviesan la carne y alcanzan la osamenta. Ésta existía realmente, incluso cuando los rayos del sol y la luz eléctrica no la iluminaban. Del mismo modo, los ángeles existen realmente, incluso si los flash de los reporteros gráficos, los tests de los psicólogos, las encuestas sociológicas y los reportajes periodísticos no pueden contar con ellos.

Para descubrir determinadas realidades se necesitan instrumentos especiales. Hay estrellas que son visibles sólo con el telescopio. ¿Se puede negar la existencia de esos astros simplemente porque el hombre de la calle no los ve a simple vista?

Permítasenos volver sobre un episodio de la Sagrada Escritura rico en enseñanzas, que pone de manifiesto el suplemento de conocimientos que la fe proporciona al hombre. La escena transcurre en Dotán, residencia del profeta Eliseo y de su servidor Guejazi. El rey de Siria ha hecho cercar la ciudad de noche «con caballos y carros y una gran tropa». «El siervo del hombre de Dios se levantó muy de mañana y vio que la ciudad estaba cercada por una tropa con caballos y carros y dijo al hombre de Dios: `¡Ah, mi Señor ¡¿qué haremos?'. Él le respondió: `Nada temas, que los que están con nosotros son más que lo que están con ellos'».

Eliseo conocía esta superioridad por su fe. Dotado de una fe menos lúcida, Guejazi ignoraba esta superioridad. El servidor tenía necesidad de una luz de lo alto. «Eliseo oró y dijo: `Señor, ábrele los ojos para que vea'. Dios abrió los ojos al servidor, y vio éste la montaña llena de caballos y carros de fuego». Este ejército celestial era una revelación del poder de los ángeles.

Lucie-Christine, a quien su fe intensa le hacía creer en los ángeles como si los estuviera viendo con sus ojos de carne, estima que si pudiésemos ver continuamente los ángeles que nos rodean y protegen perderíamos el sentimiento de nuestros males, pero esto no debe ser en la tierra.

Efectivamente, veríamos que las fuerzas malvadas que nos inquietan a veces e incluso nos perturban, ya sea en la vida cotidiana, ya en el ámbito político internacional y de la vida de la Iglesia, están a decir verdad controladas por la Providencia; ésta utiliza las fuerzas del mal para purificar a los amigos de Dios, como el dentista se sirve de la fresa para ahuecar un diente cariado. Jamás, en ningún momento de la historia, pierde Dios el control absoluto de la situación. Siempre, incluso en las épocas más oscuras de la historia de la Iglesia y de la vida de los pueblos, los ángeles fieles dominan las intrigas de los ángeles

rebeldes. El último de los ángeles buenos manda sobre el mismo Lucifer, príncipe de los rebeldes, y se hace obedecer por él, afirma Santo Tomás.

Esta supremacía se basa en el hecho de que la voluntad del ángel bueno está plenamente adherida a los designios de Dios, que se realizan infaliblemente, siempre y en todas partes. «Cualquiera, hombre o ángel, que se adhiere a Dios se hace espiritualmente uno con Él y, por eso mismo, superior a cualquier otra criatura».

La fulgurante respuesta de Juana de Arco al bastardo de Orleáns proyecta una luz sobre esta superioridad táctica de los jefes que se adhieren a los designios de Dios. «En nombre de Dios, el consejo de Mesire (es decir, Dios) es mejor que el vuestro y que el de los hombres; y también es más seguro y más sabio. Habéis querido engañarme, pero os habéis engañado a vosotros mismos. Pues os traigo la mejor ayuda que haya tenido ningún caballero, villa ó ciudad. Y es el beneplácito de Dios y el apoyo del Rey de los Cielos, no por consideración a mí, sino que procede puramente de Dios, el cual, por los ruegos de San Luis y de San Carlomagno, ha tenido piedad de la ciudad de Orleáns».

El trato familiar con los ángeles produce un sentimiento de seguridad. Nuestros compañeros invisibles nos comunican algo de la paz que beben en Dios, que es verdaderamente «el Señor de la historia» (Pío XII).

El desierto florece

Pero ver en los ángeles únicamente unos defensores no sería sino ver un solo aspecto de la misión que cumplen. Si la ciudad necesita un cuerpo de policía y un ejército, también necesita maestros, escritores y artistas. El Ángel Custodio no cumple sólo una función de barrera, de dique o de muralla; también es un resorte, un estimulante, una luz. Tiene por misión no solamente apartar el mal físico y moral, sino también, y sobre todo, llevar hacia el bien. Como un guía montañero, el ángel precede a su protegido: «Voy a enviar un ángel delante de ti, para protegerte en el camino y para conducirte hasta el sitio que te he preparado... Mi ángel marchará delante de ti».

Esta presencia de luz y de amor la experimentan quienes se abren a sus inspiraciones y a su irradiación. Reciben de su compañero de camino alientos, estímulos, alegrías, que en absoluto encuentran entre los hombres. «Sólo las almas que se abandonan a la guía de sus ángeles, que viven un trato amistoso con ellos, que los aman, que los honran e invocan confiadamente, pueden decir del poder, de la bondad y de la generosa delicadeza de estos divinos sembradores de perfección».

Pero hay que señalar una diferencia entre la amistad de los ángeles y la de los hombres. «Los Ángeles Custodios no nos abandonan, aunque nosotros abandonemos a Dios», afirma San Francisco de Sales. El amor del ángel por el hombre es lúcido, puro, fuerte, constante; no está sujeto a altos y bajos, a abandonos, a olvidos ni a infidelidades. El amor del ángel es una derivación del amor de Dios por los hombres; y de este amor tiene la constancia y un soberano desinterés. Diferente es el amor que los hombres se tienen entre sí. Se dejan influenciar por tantos factores: un dolor de cabeza nos hace irritables, una palabra ambigua nos despierta la susceptibilidad, una ofensa provoca resentimientos. ¿No se han visto malentendidos o divergencias de puntos de vista oscurecer las amistades más serenas? Y los choques por diferencias de temperamento ¿no son frecuentes en los hogares y en las comunidades religiosas?

Ninguna de estas fallas se dan en los Ángeles Custodios. Corresponda o no el hombre a su amistad, ellos siguen velando sobre él. Continúan fieles a su misión incluso cuando el hombre se muestra infiel a sus deberes para con ellos. Continúan tendiéndole la mano incluso cuando el hombre se obstina en darles la espalda y en hacerse los sordos a sus inspiraciones. «Mi ángel piensa en mí, que no pienso nunca en él», confesaba, confusa, una lectora de un estudio acerca de los ángeles. «¡Rodrigo, soy tuya! ¡Rodrigo, voy a ti!» -exclama una heroína de Paul Claudel, que está abocada a la perdición-. «Y yo te acompaño», declara su ángel Custodio.

En bastantes países hay un servicio de asistencia espiritual llamado el teléfono amigo. Personas que padecen soledad buscan por medio de ese servicio un aliento: «Me siento inútil, estoy sola. En mis noches como pan y silencio». «Entro en un cine, y durante el espectáculo no hago más que preguntarme: ¿y después qué haré? Un corto paseo. ¿Y después?» Cuál no sería la estupefacción de estas personas si alguien les revelara la presencia continua de un ángel que les ve, les ama y arde en deseos de poblar su soledad y de hacer que su desierto florezca, llevándolas a emplear su tiempo y energías en el servicio de Dios y de los hombres.

Nunca se insistirá bastante en la armonía que existe entre la delantera que se toman Dios y los ángeles, por una parte, y, por otra, las esperas secretas del espíritu y del corazón del hombre. Dios es amor. Jesús descendió a la tierra «para salvar lo que estaba perdido». Como el agua, la gracia busca vacíos que llenar. Como el sol, los dones de Dios buscan espacios en los que derramar su luz. Los Ángeles Custodios secundan estas operaciones. Nos disponen para que recibamos la gracia. Son verdaderos amigos para nosotros. Un concepto raquíctico del cuerpo místico lleva a infravalorar esta amistad.

Pablo VI hacía esa observación cuando la canonización de ese amigo de los ángeles que fue fray Banildo, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas: importa mucho reforzar el sentido, tan frecuentemente debilitado en nosotros, de la comunión de los santos; el sentido de que, según San Pablo, somos «conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios».

«Se diría -escribe Jacques Maritain- que estúpidamente creemos que ese pueblo (los elegidos en el cielo y los ángeles) duermen en la visión beatífica y ya no quieren volver a vernos, que nos han olvidado. Y en verdad que en cuanto a nosotros, en lo que está en nuestra mano, hacemos todo lo posible para ello ». «Tanto los ángeles como los justos -señala Dom Cipriano Vagaggini- se interesan sumamente, por los hermanos que están aún en la lucha y les ayudan de diversas formas: ofrecen a Dios las oraciones de los fieles; ruegan espontánea y continuamente a Dios por ellos; los ángeles sirven de intermediarios entre Dios y los fieles de aquí abajo; revélanles los designios de Dios; intervienen en la batalla como ministros de Dios, para castigar a los enemigos y fieles de la bestia, especialmente mediante los elementos materiales, de los que tienen el poder por voluntad de Dios; conducidos por su jefe, Miguel, emprenden también directamente la lucha contra Satanás y sus satélites».

«Vivimos con los ángeles»

«El Dios escondido, el Dios misterioso, no es el Dios lejano, el Dios ausente: es siempre el Dios próximo». Pues «en Él vivimos, nos movemos y somos». De igual modo, guardando las distancias y la proporción, podemos decir que el ángel escondido, el ángel misterioso, no es el ángel lejano, el ángel ausente, sino que está siempre próximo, como Dios cuyo enviado es entre los hombres. El ángel nos acompaña siempre y por todas partes, y «coopera en todas nuestras buenas acciones». «Ya desde aquí abajo vivimos en la compañía de los ángeles», escribe Santo Tomás, con la rigurosa sencillez del contemplativo que expresa el fruto de su experiencia. Interrogada acerca de la presencia de los ángeles, Juana de Arco declara a sus jueces: «Los he visto muchas veces entre los cristianos».

Para explicar a sus feligreses que «hay ángeles a nuestro lado», Newman recordaba los ángeles que Jacob veía en sueño subir y bajar. El hijo de Isaac es la imagen del hombre, objeto de continuas solicitudes por parte de los Ángeles Custodios, que llevan hasta el cielo nuestras oraciones y nos traen luces y energías. El mundo de los ángeles nos rodea por todas partes, como la atmósfera que nos envuelve. «Fijaos en esto: se habla con frecuencia de ese mundo como si sólo fuera a existir después de nuestra muerte. No, existe ya desde ahora. Está en medio de nosotros, está a nuestro alrededor. » Jacob lo apercibió en un sueño. Ángeles, cuya presencia no había sospechado, lo rodeaban. En una palabra, «también nosotros vivimos rodeados de un mundo de espíritus, con los cuales estamos en comunicación, aunque no lo queramos». ¿Por qué, pues, rebelarse ante este misterio, cuya existencia está atestiguada por la fe?

Sensible, como Newman, ante la presencia del mundo invisible, Paul Claudel intenta analizar la irradiación misteriosa del Ángel de la Guarda sobre el hombre: «El paso con que avanzamos es al mismo tiempo el nuestro y el de ellos. Nosotros solos no seríamos capaces de esta ligereza triunfal, de esta modestia y, al mismo tiempo, de esta seguridad. Este pequeño estribillo que de cuando en cuando repito para darme ánimos, parecido a las canciones de jugar al corro que en tiempos le enseñaba a mis hijos, lo he aprendido de su boca. Él es quien ha limpiado mis ojos con la hiel del pez inefable. Él es quien me ha hecho ver todo bajo un aspecto nuevo y quien hace que bajo mis pies el color del azur esté tiñendo incluso el camino más ingrato. Él es quien extrae de todas las cosas, para mí, la moralidad y la acción de gracias, y quien hace que todo a mi derecha y a mi izquierda se convierta en ritmo, idea, semejanza, proposición, temperamento e himno» (...) «Una vez comenzada la conversación entre el peregrino y su compañero, ¿quién podrá detenerla? ¡Qué gozo da el oírlo, y nosotros cuántas cosas tenemos que ofrecerle! ».

Todavía más: una vez hecho familiar de su Ángel Custodio, el hombre entrevé algo de su misteriosa hermosura. «No cree -escribe un teólogo- que todas las perfecciones, que todas las bellezas que encierra un globo como la tierra puedan compararse con la perfección y la belleza de un ángel. Santo Tomás dice

en algún lugar que cada ángel ocupa en el universo el lugar que en el universo ocupa una estrella o un sol».

Es el mismo sentimiento de Ángela. Estando en oración en la catedral de Foligno invocó a los ángeles. Se le aparecieron: «La presencia de los ángeles me inundó de tal alegría, que si no la hubiera sentido no habría creído que la vista de los ángeles fuera capaz de proporcionarla».

Un poeta contemporáneo no cristiano, Rainer María Rilke, adivina algo de este esplendor sobrehumano de los ángeles: «si uno de ellos me acogiera en su corazón, caería muerto a causa de su existencia demasiado fuerte, pues lo hermoso no es más que el primer grado de lo terrible» (Elegías de Duino). «En el vocabulario muy preciso de este poeta -señala Daniélou- lo terrible es lo que expresa la intensidad de la existencia divina, lo que arroja al hombre en una especie de espanto sagrado.»

Una seglar contemporánea canonizada por Pío XII en 1940, Santa Gema Galgani, disfrutaba como Francisca Romana de la presencia visible de su Ángel de la Guarda. Vivía en un trato familiar con él. El ángel era para ella como un hermano mayor, lúcido, tierno, a veces severo y exigente: no dejaba pasar falta sin regañar a Gema. El director espiritual de la santa dudó en un primer momento de esta presencia visible. «Yo notaba que cada vez que ella levantaba los ojos para mirar al ángel, para escucharle o hablarle, aunque no fuera durante el tiempo de la meditación o de la oración, perdía el uso de los sentidos; en esos momentos se la podía zarandear o pinchar, que no sentía nada. En cuanto apartaba la vista de su Ángel de la Guarda o en cuanto cesaba el coloquio volvía en sí... Señalo estos detalles para que nadie quiera atribuir a una alucinación este trato íntimo con el ángel».

Este trato familiar, de Santa Gema con su Ángel de la Guarda es sin duda excepcional, como era excepcional su vida de penitencia y de oración en medio del mundo. Su director espiritual no deja de advertir que Dios mide sus gracias según la vocación particular de cada cual. No todos están llamados a la misma forma de perfección y de actividad apostólica. «De ello se sigue que la misión de los Ángeles Custodios varía según los individuos. Gema fue llamada por la Providencia a ocupar un lugar muy superior al del común de los elegidos; por eso convenía que su ángel tuviese con ella un cuidado muy particular». Una observación del Cardenal Daniélou concuerda con ésta del P. Germano: «Los más grandes de entre los santos y los hombres de Dios han vivido en este trato familiar (con los ángeles), desde San Agustín hasta John-Henry Newman».

Entre los cristianos de los tiempos modernos que vivieron un trato íntimo excepcional con su Ángel Custodio, citaremos a la Fundadora de las Siervas del Santísimo Sacramento y de la caridad, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, nacida en Madrid en 1809 y fallecida en Valencia en 1865; y también una joven brasileña, Cecilia Cony, nacida en 1900 y muerta en 1939, como religiosa franciscana

Maquinistas escondidos del cosmos

No querríamos terminar estas páginas sin hacer mención a un aspecto poco explorado todavía por los autores: las relaciones entre los ángeles y el cosmos. Santo Tomás proyecta una luz sobre estas relaciones con una afirmación de alcance incalculable: «Todas las cosas corporales están gobernadas por los ángeles. Y ésta no es una enseñanza sólo de los doctores, sino de todos los filósofos».

«Se trata, pues, de una doctrina sólidamente establecida en la tradición y en la razón. Por nuestra parte, pensamos –comenta el Cardenal Daniélou- que el gobierno inteligente y fuerte del que da muestras el cosmos puede muy bien tener por ministros a los espíritus celestiales, por más que esto desagrade al racionalismo de algunos de nuestros contemporáneos. Podría suceder que esta conexión entre los ángeles y el universo visible nos diera la clave de determinados misterios».

Los ángeles gobiernan las fuerzas de la naturaleza con una inteligencia y una capacidad muy superiores a las de nuestros más insignes sabios, escribe un teólogo. Los ángeles, añade, podrían proporcionarnos la solución de muchos problemas planteados hoy día a las ciencias positivas y podrían desvelarnos ciertos secretos de la naturaleza.

«Añadamos que los descubrimientos de la física nuclear vienen a ampliar estos horizontes (de Santo Tomás) de manera todavía insospechada -comenta por su parte el Cardenal Journet-. Nos hacen penetrar en un mundo que aunque sigue siendo el de la materia, en él la materia participa en cierto modo de la invisibilidad del espíritu. El principio de indeterminación de Heisenberg nos muestra lo que todavía queda de incomprensible para nosotros en este terreno. Aquí es donde puede ejercerse, de manera privilegiada y hasta puede que preponderante, la acción de los espíritus puros creados sobre el cosmos».

Estas relaciones interesaban mucho a Newman. Presentando un día a los ángeles como «los maquinistas escondidos del universo», se preguntaba «si esta doctrina no sería más razonable y más gozosa para el espíritu que la que se contenta con invocar leyes y teorías científicas».

«La naturaleza no carece de alma. Su obra cotidiana respira inteligencia. Obedece órdenes que recibe», escribe Newman. Y concreta, con su lenguaje de poeta y de hombre espiritual: «A cualquier parte que miremos, todo nos trae el recuerdo de estos seres llenos de gracia y de santidad, servidores del Altísimo, que se dignan ponerse al servicio de los herederos de las promesas. En cada soplo de aire, en cada rayo de luz, ante cualquier perspectiva bella, rozamos la orla, vemos agitarse la túnica de quienes contemplan a Dios cara a cara... ».

«Me imagino... a un sabio. Está analizando una flor, una brizna de hierba, una piedra, un rayo de luz. Y si, de repente, descubriera, bajo estas formas visibles, a un ser poderoso escondido en ellas, y que les da su belleza, su gracia, su perfección ¡cuál no sería su asombro! Como cuando quedamos azarados al tropezar con alguno o al darle un pisotón, sin darnos cuenta. No porque creamos haberle hecho daño, sino simplemente porque tenemos conciencia de haberle faltado al respeto. En una hierba, en una flor, hay mucho de qué asombrarnos y hasta de qué sentirnos como agobiados. Me parece muy bien que sepamos tanto como el más consumado de los botánicos; pero ¿qué sabemos en comparación con estos sabios invisibles, a cuyos ojos nuestra mejor ciencia no es más que ignorancia? Así, pues, cuando vamos por ahí filosofando sobre las cosas de la naturaleza, repitiendo nomenclaturas y describiendo las propiedades de los seres, deberíamos pensar en estos grandes servidores de Dios que nos están oyendo, y no aventurarnos a hablar sin un cierto respeto, como hacemos en presencia de personas más sabias que nosotros. No vayáis a pensar que ésta es una devoción de mera fantasía... Con toda seguridad que la Sagrada Escritura no está falta de razón cuando nos habla de los ángeles y, en lo que a mí respecta, no veo que nuestra inteligencia pueda emplearse en cosa más útil que en relacionar así la visión de este mundo material con otro mundo... Por lo demás nada más fácil de comprender».

« ¡Entendámonos!, podríamos precisar con el P. Régamey, ¡entendámonos! No se trata de ninguna manera de introducir entre las fuerzas que conoce la física moderna ni entre las que pueda ir conociendo, y a su mismo nivel, unas influencias de origen espiritual que entrarían en composición con ellas para producir los fenómenos. No pensamos que la influencia angélica pueda jamás ser captada en sí misma, como los físicos han descubierto protones, fotones, mesones, rayos cósmicos, radar... No buscaremos en el mundo un lugar para una acción espiritual de esta índole y nos causa asombro ver a excelentes autores consagrar páginas y páginas a refutarlo. Bastan dos frases, evocando la exigencia de rigor que constituye como la nobleza de las ciencias modernas: la aplicación de lo observado, en el terreno de las ciencias, debe llevarse a cabo a la `altura' de lo observado; en este terreno debemos considerar científicamente inexistente `todo aquello con lo que ninguna experiencia puede conectar el espíritu partiendo de lo observado'».

El P. Régamey limita así la esfera en cuyo interior no ha lugar el hacer intervenir a los ángeles. Otro teólogo, el P. Lavy, autor también de una obra aguda sobre Los ángeles, muestra desde qué nivel superior parte su influencia absolutamente espiritual sobre el mundo material. Lo que Newman describe con un lenguaje de poeta y de hombre espiritual, el P. Lavy lo expresa en el idioma más riguroso del filósofo y del teólogo:

«Los ángeles ejercen una providencia incluso sobre el mundo material. Es difícil dar explicación a esta actividad. Hay que evitar el atribuir a causas superiores lo que se explica suficientemente por causas naturales. Si la ciencia basta para explicar el mundo material por el mismo mundo material, es inútil recurrir a causas superiores. Por otra parte, donde la naturaleza no se explica sola, es razonable recurrir a agentes superiores.

»La naturaleza no se explica sola en su existencia, lo cual nos ha llevado a recurrir a una causa creadora. La naturaleza no se explica sola en su movimiento, ese movimiento que, arrebatando el mundo al caos, lo saca de él. El movimiento en el conjunto del universo no se explica sin un motor divino. `El movimiento -dice Balzac- sopla incomprensiblemente desde el soberano fabricante de los mundos'. Pues bien, ahí hay sitio para toda una jerarquía de intermediarios. Observad que no quito su acción propia a ninguna causa inferior, ni incluso a los elementos.

Santo Tomás admite la actividad en los cuerpos: `Los seres corporales tienen maneras de actuar determinadas por la naturaleza que han recibido de Dios'. Pero al mismo tiempo admite que esta actividad no se ejerce sino en el interior de un movimiento impreso a los cuerpos y que no viene de ellos mismos: `Las cosas corporales tienen actividades determinadas, pero no las ejercen sino en tanto que reciben una moción, pues es propio del ser corporal no actuar sino en tanto que reciben una moción' (loc. cit., ad 1). En el seno del movimiento, cualquiera que sea su nombre, calor, luz, electricidad, es donde

todo se forma en este mundo. Lo repito, pues, el ángel puede tener acción en el movimiento de las cosas, pero una acción superior que la física no nos revela. 'El ángel transforma la materia corporal más perfectamente que los agentes corporales, es decir, actuando sobre esos agentes corporales como una causa superior a ellos'. San Agustín dice que no se produce un movimiento en el espacio que no presuponga un movimiento en el tiempo, ni un movimiento en el tiempo que no presuponga un movimiento vital, ni un movimiento vital que no presuponga un movimiento intelectual.

»La oscuridad de esta acción, la dificultad de definirla, no prueba nada más que nuestra ignorancia. Ya que, mientras más profunda es una acción, más escondida está, como la de Dios, que es la más escondida de todas. Los mismos agentes físicos, la luz, el calor, la electricidad, podemos comprobar su acción, pero se nos escapa el porqué de su acción e incluso su misma naturaleza. ¿Qué hay, pues, de extraño en que la acción del espíritu sobre el cuerpo, la acción del espíritu sobre el espíritu, en fin, la acción de Dios sobre todos los seres, nos escapen también?».

Las reflexiones de los Cardenales Newman, Journet y Daniélou, y las de los Padres Lavy y Régamey sobre el «papel cósmico» de los ángeles ilustran la afirmación de Santo Tomás: a través del ministerio de los ángeles Dios actúa sobre el mundo material.

Los ángeles aparecen como la larga mano del Creador y como sus agentes en el cosmos. Hay que convenir en que éste es un aspecto todavía poco explorado de la actividad del mundo angélico.

Las investigaciones conjuntas de filósofos cristianos, teólogos y científicos podrán proyectar luces sobre este terreno todavía oscuro. «Mientras más estudio la materia -decía un sabio- más descubro en ella el espíritu». «Mientras más compruebo la presencia de ese espíritu, podrá quizá confesar un día algún otro sabio, más me interrogo acerca de la fuente y del canal a través del cual la fuente comunica con el cosmos.» Ese canal es el mundo de los ángeles.

Para ver las estrellas

Algún lector, quedará quizá pensando en las experiencias y en las declaraciones de los Papas contemporáneos citadas en las primeras páginas: el trato íntimo de Pío XI con su ángel, al cual movilizaba para las entrevistas difíciles y al cual estaba agradecido por haber cooperado en todas sus buenas acciones; la invitación de Pío XII a vivir desde ahora en ese trato familiar con quienes serán nuestros compañeros de eternidad; el deseo que expresaba Juan XXIII, el Papa de la renovación, de ver que se acrecentara el culto a los Ángeles Custodios; por último, el recuerdo en la Profesión de fe de Pablo VI de la participación de los ángeles en el gobierno divino. La técnica utiliza las leyes de la materia. «Pero estas leyes no son sino pensamientos; pensamientos escondidos en las cosas, pensamientos imperativos que no sólo dan a las cosas los nombres que empleamos habitualmente, como el hierro, el fuego y otros, sino un ser particular que las cosas por sí mismas -es evidente- no podrían darse: un ser recibido, un ser que nosotros llamamos recibido. En cada fase de vuestro trabajo estáis encontrando este ser creado, es decir, pensado. ¿Pensado por quién? Sin darnos cuenta, estáis extrayendo de las cosas una respuesta, una palabra, una ley, un pensamiento que está en las cosas. Reflexionando bien sobre ello, este pensamiento nos hace entrever la mano, el poder, ¿qué decimos?, la presencia, inmanente y trascendente -es decir, que se sitúa dentro y por encima- de un Espíritu pensante y todopoderoso, al que estamos acostumbrados a dar el nombre que ahora sube a vuestros labios temblorosos, el nombre misterioso de Dios». (Osservatore Romano, 27-XII-1968.)

Estos testimonios de los Papas pueden sorprender. Son como una ruptura con un despego hoy frecuente hacia los ángeles. Sin embargo, estos testimonios no tienen nada de sentimental ni fantasioso. Son sobrios. Son realistas. Dicen lo que es: Nos abren los ojos.

Podríamos hablar de «la muerte de los ángeles», como se ha hablado de «la muerte de Dios». A propósito de ésta, Pablo VI afirma que no es el sol el que se ha apagado, sino que más bien son los ojos de los hombres los que se han oscurecido. Dios ha muerto no en sí mismo, como muere un grande de la tierra, sino que ha muerto en el pensamiento y en el corazón de muchos hombres.

A propósito de «la muerte de los ángeles», se podría decir analógicamente que no son las estrellas las que se han apagado en el firmamento. Hay siempre miríadas y miríadas de estrellas, incluso si, a pleno día, el hombre no las percibe. Para ver las estrellas hay que entrar en la oscuridad de la noche.

Del mismo modo, para ver los ángeles y conversar con ellos, nos es necesario penetrar en «la oscuridad luminosa» de la fe; nos es necesario dar crédito a Dios, que ha revelado Él mismo su existencia y su misión entre nosotros.

LOS DEMONIOS

LA CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO

«¿Cómo se ha podido llegar a esta situación?» Ésta es la pregunta que se hacía el Papa Pablo VI, algunos años después de la clausura del Concilio Vaticano II, a la vista de los acontecimientos que sacudían a la Iglesia. «Se creía que, después del Concilio, el sol habría brillado sobre la historia de la Iglesia. Pero en lugar del sol, han aparecido las nubes, la tempestad, las tinieblas, la incertidumbre. »

Sí, ¿cómo se ha podido llegar a esta situación?

La respuesta de Pablo VI es clara y neta: «Una potencia hostil ha intervenido. Su nombre es el diablo, ese ser misterioso del que San Pedro habla en su primera Carta. ¿Cuántas veces, en el Evangelio, Cristo nos habla de este enemigo de los hombres?». Y el Papa precisa: «Nosotros creemos que un ser preternatural ha venido al mundo precisamente para turbar la paz, para ahogar los frutos del Concilio ecuménico, y para impedir a la Iglesia cantar su alegría por haber retomado plenamente conciencia de ella misma».

Para decirlo brevemente, Pablo VI tenía la sensación de que «el humo de Satanás ha entrado por alguna fisura en el templo de Dios».

Así se expresaba Pablo VI sobre la crisis de la Iglesia el 29 de junio de 1972, noveno aniversario de su coronación. Algunos periódicos se mostraron sorprendidos por la declaración del Papa sobre la presencia de Satanás en la Iglesia. Otros periódicos se escandalizaron. ¿No estaba Pablo VI exhumiando creencias medievales que se creían olvidadas para siempre?

Una de las grandes necesidades de la Iglesia contemporánea

Sin arredrarse ante estas críticas Pablo VI volvió sobre este tema candente cinco meses más tarde. Y lejos de contentarse con reafirmar la verdad sobre Satanás y su actividad, el Papa consagró una entera catequesis a la presencia activa de Satanás en la Iglesia (cfr Audiencia general, 15 de noviembre de 1972).

Desde el inicio, Pablo VI subrayó la dimensión universal del tema: «¿Cuáles son hoy -afirma- las necesidades más importantes de la Iglesia?». La respuesta del Papa es clara: «Una de las necesidades más grandes de la Iglesia es la de defenderse de ese mal al que llamamos el demonio».

Y Pablo VI recuerda la enseñanza de la Iglesia sobre la presencia en el mundo «de un ser viviente, espiritual, perverso y perversor, realidad terrible, misteriosa y temible».

Después, refiriéndose a algunas publicaciones recientes (en una de las cuales un profesor de exégesis invitaba a los cristianos a «liquidar al diablo»), Pablo VI afirmaba que «se separan de la enseñanza de la Biblia y de la Iglesia los que se niegan a reconocer la existencia del diablo, o los que lo consideran un principio autónomo que no tiene, como todas las criaturas, su origen en Dios; y también los que lo explican como una pseudo-realidad, una invención del espíritu para personificar las causas desconocidas de nuestros males».

«Nosotros sabemos -prosiguió Pablo VI que este ser oscuro y perturbador existe verdaderamente y que está actuando de continuo con una astucia traidora. Es el enemigo oculto que siembra el error y la desgracia en la historia de la humanidad. »

«Es el seductor pérfido y taimado que sabe insinuarse en nosotros por los sentidos, la imaginación, la concupiscencia, la lógica utópica, las relaciones sociales desordenadas, para introducir en nuestros actos desviaciones muy nocivas y que, sin embargo, parecen corresponder a nuestras estructuras físicas o psíquicas o a nuestras aspiraciones profundas. »

Satanás sabe insinuarse... para introducir... Estas expresiones, ¿no recuerdan a las del león rugiente de San Pedro que ronda, buscando a quien devorar? El diablo no espera a ser invitado para presentarse, más bien impone su presencia con una habilidad infinita.

El Papa evocó también el papel de Satanás en la vida de Cristo. Jesús calificó al diablo de «príncipe de este mundo» tres veces a lo largo de su ministerio, tan grande es el poder de Satanás sobre los hombres.

Pablo VI se esforzó en señalar los indicios reveladores de la presencia activa del demonio en el mundo. Volveremos sobre este diagnóstico.

Lagunas en la teología y en la catequesis

En su exposición, el Santo Padre sacó una conclusión práctica que, más allá de los millares de fieles presentes en la vasta sala de las audiencias, se dirigía a los católicos de todo el mundo: «A propósito del demonio y de su influencia sobre los individuos, sobre las comunidades, sobre sociedades enteras, habría que retomar un capítulo muy importante de la doctrina católica, al que hoy se presta poca atención».

El cardenal J. L. Suenens, antiguo arzobispo de Bruxelles-Malines, escribió al final de su libro *Renouveau et Puissances des ténébres*: «Acabando estas páginas, confieso que yo mismo me siento interpelado, ya que me doy cuenta de que a lo largo de mi ministerio pastoral no he subrayado bastante la realidad de las Potencias del mal que actúan en nuestro mundo contemporáneo y la necesidad del combate espiritual que se impone entre nosotros».

En otras palabras, la Cabeza de la Iglesia piensa que la demonología es un capítulo «muy importante» de la teología católica y que hoy en día se descuida demasiado. Existe una laguna en la enseñanza de la teología, en la catequesis y en la predicación. Y esta laguna solicita ser colmada. Estamos ante «una de las necesidades más grandes» de la Iglesia en el momento presente.

¿Quién lo habría previsto? La catequesis de Pablo VI sobre la existencia e influencia del demonio produjo un resentimiento inesperado por parte de la prensa. Una vez más, se acusó a la Cabeza de la Iglesia de retornar a creencias ya superadas por la ciencia. ¡El diablo está muerto y enterrado!

Raramente los periódicos se habían levantado con una vehemencia tan ácida contra el Soberano Pontífice. ¿Cómo explicar la violencia de estas reacciones?

Que periódicos hostiles a la fe cristiana ironicen sobre una enseñanza del Papa no suscita ninguna extrañeza. Es coherente con sus posiciones. Pero que al mismo tiempo se dejen llevar de la cólera, esto es lo que sorprende...

¿Cómo no presentir bajo estas reacciones la cólera del Maligno? En efecto, Satanás necesita el anonimato para poder actuar de manera eficaz. ¿Cuál no será su irritación, por tanto, cuando ve al Papa denunciar *urbi et orbi* sus artimañas en la Iglesia? Es la cólera del enemigo que se siente desenmascarado y que exhala su despecho a través de estos secuaces inconscientes.

El enemigo desenmascarado

Habría que retomar el capítulo de la demonología: esta consigna de Pablo VI tuvo una especie de precedente en la historia del papado contemporáneo.

Era un día de diciembre de 1884 o de enero de 1885, en el Vaticano, en la capilla privada de León XIII. Después de haber celebrado la misa, el Papa, según su costumbre, asistió a una segunda misa. Hacia el final, se le vio levantar la cabeza de repente y mirar fijamente hacia el altar, encima del tabernáculo. El rostro del Papa palideció y sus rasgos se tensaron. Acabada la misa, León XIII se levantó y, todavía bajo los efectos de una intensa emoción, se dirigió hacia su estudio. Un prelado de los que le rodeaban le preguntó: «Santo Padre, ¿Se siente fatigado? ¿Necesita algo?».

«No, respondió León XIII, no necesito nada... »

El Papa se encerró en su estudio. Media hora más tarde, hizo llamar al secretario de la Congregación de Ritos. Le dio una hoja, y le pidió que la hiciera imprimir y la enviara a los obispos de todo el mundo. ¿Cuál era el contenido de esta hoja? Era una oración al arcángel San Miguel, compuesta por el mismo León XIII. Una oración que los sacerdotes recitarían después de cada misa rezada, al pie del altar, después del *Salve Regina* ya prescrito por Pío IX:

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha, sé nuestro amparo contra la adversidad y las asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes. Y tú, Príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno, con el divino poder, a Satanás y a los otros malos espíritus que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas.

León XIII confió más tarde a uno de sus secretarios, Mons. Rinaldo Angeli, que durante la misa había visto una nube de demonios que se lanzaban contra la Ciudad Eterna para atacarla. De ahí su decisión de movilizar a San Miguel Arcángel y a las milicias del cielo para defender a la iglesia contra Satanás y sus ejércitos, y más especialmente para la solución de lo que se llamaba «la Cuestión romana».

La oración a San Miguel fue suprimida en la reciente reforma litúrgica. Algunos piensan que, siendo tan adecuada para conservar entre los fieles y los sacerdotes la fe en la presencia activa de los ángeles buenos y de los malvados, podría ser reintroducida, o bien en la Liturgia de las Horas, o bien en la

oración de los fieles en la misa. Como afirmaba Juan Pablo II el 24 de mayo de 1987, en el santuario de San Miguel Arcángel en el Monte Gargan: «el demonio sigue vivo y activo en el mundo». Las hostilidades no han cesado, los ejércitos de Satanás no han sido desmovilizados. Por lo tanto la oración continúa siendo necesaria.

El 20 de abril de 1884, poco tiempo antes de esta visión del mundo diabólico, León XIII había publicado una encíclica sobre la francmasonería que se inicia con consideraciones de envergadura cósmica. «Desde que, por la envidia del demonio, el género humano se separó miserablemente de Dios, a quien debía su llamada a la existencia y los dones sobrenaturales, los hombres se ha dividido en dos campos opuestos que no cesan de combatir: uno por la verdad y la virtud, el otro por aquello que es contrario a la virtud y a la verdad.

» Meditando las consideraciones de León XIII se comprende mejor la consigna dada por Pablo VI en su catequesis del 15 de noviembre de 1972: «Habría que retomar un capítulo muy importante de la doctrina católica (la demonología), al que hoy se presta poca atención».

Juan Pablo II ha hecho suya la consigna de su predecesor. En su enseñanza ha ido incluso más allá de Pablo VI. Mientras que éste no dedicó más que una catequesis del miércoles al problema del demonio, Juan Pablo II ha tratado este tema a lo largo de seis audiencias generales sucesivas. Y hay que añadir a esta enseñanza una peregrinación al santuario de San Miguel Arcángel en el Monte Gargan, el 24 de mayo de 1987, y un discurso sobre el demonio pronunciado el 4 de septiembre de 1988, con motivo de su viaje a Turín.

Las instituciones, instrumento de Satanás

En otras ocasiones, Juan Pablo II ha puesto en guardia a los fieles contra las insidias del diablo, como por ejemplo en su encuentro con 30.000 jóvenes en las islas Madeira (mayo de 1991) donde citó un pasaje significativo de su mensaje de 1985 para El año internacional de la juventud: «La táctica que Satanás ha aplicado, y que continúa aplicando, consiste en no revelarse, para que el mal que ha difundido desde los orígenes se desarrolle por la acción del hombre mismo, por los sistemas y las relaciones entre los hombres, entre las clases y entre las naciones, para que el mal se transforme cada vez más en un pecado 'estructural' y se pueda identificar cada vez menos como un pecado 'personal'». Satanás actúa, pero actúa sobre todo en la sombra, para pasar desapercibido. Satanás actúa a través de los hombres y también a través de las instituciones.

¿Es posible imaginar el -papel de Satanás en la preparación, lejana y cercana de las leyes que autorizan el aborto y la eutanasia?

En un estudio actual sobre Satanás, Dom Alois Mager o.s.b., antiguo decano de la facultad de teología de Salzburgo, afirma que el mundo satánico se caracteriza por dos rasgos: la mentira y el asesinato. «La mentira aniquila la vida espiritual; el asesinato, la vida corporal... Aniquilar siempre, ésta es la táctica de las fuerzas satánicas». Ahora bien, Dios es Aquel que es y que da sin cesar la vida, el movimiento y la existencia.

La insistencia creciente de dos Papas contemporáneos sobre Satanás y sus maquinaciones ¿no es altamente significativa? ¿No nos invita a una profundización en nuestra postura sobre el papel de Satanás en la historia, la historia grande de los pueblos y de la Iglesia y la historia pequeña de cada hombre en particular?

Esta revisión ha constituido mi preocupación. Como periodista establecido en Roma desde hace varios decenios había escrito en 1970 un libro sobre los ángeles custodios, publicado en once idiomas. Un capítulo pone de relieve «las asechanzas y las emboscadas» que los ángeles malvados hacen a los hombres en su camino a su destino eterno. Un sacerdote santo, que me había felicitado por este estudio sobre los ángeles buenos, me sugirió la publicación de un ensayo análogo sobre los ángeles malvados. Esta propuesta me sorprendió. ¿Cómo podría dedicar tiempo y energías a un tema lateral, antipático y desprovisto de interés práctico? La catequesis de Pablo VI del 15 de noviembre de 1972 y su invitación a retomar la doctrina de la Iglesia sobre los ángeles malos me impresionaron profundamente. Se trataba, a pesar de todo, de un tema importante para la vida cristiana. Más tarde, las catequesis de Juan Pablo II sobre los ángeles malos hicieron madurar en mí el proyecto de publicar un trabajo sobre este tema repulsivo... Sería, me parecía, un modo de responder por mi parte a la invitación de Pablo VI.

Un terreno minado

Sé muy bien que escribiendo estas páginas me aventuro en un terreno minado, rodeado de misterio. Primero por la materia tratada. Después por el escepticismo existente sobre el tema. Pocos cristianos parecen creer verdaderamente en la existencia personal de los demonios. Muchos parecen incluso rechazar esta verdad, no porque sea incierta, sino porque -se nos dice- «hoy en día la gente no la admitiría». ¡Como si el hombre de la era atómica pudiera censurar los datos de la Revelación! ¡Como si ésta se asemejara al menú de un restaurante donde cada cliente elige o rechaza los platos a su gusto!

Otros, también irreverentes con la Revelación, compartirían con gusto la posición de este viejo señor que, al final de una agitada mesa redonda sobre la existencia del diablo, sugería que la cuestión fuese decidida... por un referéndum: «La mayoría decidirá si los demonios existen o no». ¡Como si la verdad dependiese del número de opiniones y no de su consistencia! ¿Lo que afirman cien charlatanes deberá tener más peso que la opinión meditada de un sabio o de un santo?

Algunos años antes de la intervención de Pablo VI, el cardenal Gabriel-Marie Garrone denunciaba la conspiración del silencio sobre la existencia de los demonios: «Hoy en día apenas si se osa hablar. Reina sobre este tema una especie de conspiración del silencio. Y cuando este silencio se rompe es por personas que se hacen los entendidos o que plantean, con una temeridad sorprendente, la cuestión de la existencia del demonio. Ahora bien, la Iglesia posee sobre este punto una certeza que no se puede rechazar sin temeridad y que reposa sobre una enseñanza constante que tiene su fuente en el Evangelio y más allá. La existencia, la naturaleza, la acción del demonio constituyen un dominio profundamente misterioso en el que la única actitud sabia consistiría en aceptar las afirmaciones de la fe, sin pretender saber más de lo que la Revelación ha considerado bueno decirnos».

Y el cardenal concluye: «Negar la existencia y la acción del 'Maligno' equivale a ofrecerle un inicio de poder sobre nosotros. Es mejor, en esto como en el resto, pensar humildemente como la Iglesia, que colocarse, por una pretenciosa superioridad, fuera de la influencia benefactora de su verdad y de su avuda».

Es una obra buena armarles

Una decena de años más tarde, una vigorosa profesión de fe del obispo de Estrasburgo, Mons. Léon Arthur Elchinger, se hará eco de las consideraciones del cardenal Gabriel-Marie Garrone. Pondrá, como se suele decir, los puntos sobre las «íes», desafiando de esta manera a cierta *intelligentzia*. «Creer en Lucifer, en el Maligno, en Satanás, en la acción entre nosotros del Espíritu del mal, del Demonio, del Príncipe de los demonios, significa pasar ante los ojos de muchos por ingenuo, simple, supersticioso. Pues bien, yo creo.» «Creo en su existencia, en su influencia, en su inteligencia sutil, en su capacidad suprema de disimulo, en su habilidad para introducirse por todas partes, en su capacidad consumada de llegar a hacer creer que no existe. Sí, creo en su presencia entre nosotros, en su éxito, incluso dentro de grupos que se reúnen para luchar contra la autodestrucción de la sociedad y de la Iglesia. Él consigue que se ocupen en actividades completamente secundarias e incluso infantiles, en lamentaciones inútiles, en discusiones estériles, y durante este tiempo puede continuar su juego sin miedo a ser molestado.»

Y el prelado expone sus razones de orden sobrenatural primero y después de orden natural. «Sí, creo en Lucifer y esto no es una prueba de estrechez de espíritu o de pesimismo. Creo porque los libros inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento nos hablan del combate que entabla contra aquellos a los que Dios ha prometido la herencia de su Reino. Creo porque, con un poco de imparcialidad y una mirada que no se cierre a la luz de lo Alto, se adivina, se constata cómo este combate continúa bajo nuestros ojos. Ciertamente, no se trata de materializar a Lucifer, de quedarnos en las representaciones de una piedad popular. Lucifer, el Príncipe del mal, actúa en el espíritu y en el corazón del hombre.»

«Finalmente, creo en Lucifer porque creo en Jesucristo que nos pone en guardia contra él y nos pide combatirlo con todas nuestras fuerzas si no queremos ser engañados sobre el sentido de la vida y del amor».

Hay que hablar del demonio a la generalidad de los cristianos y, más en particular, a los cristianos fieles a la Iglesia y dóciles á su enseñanza. Mi deseo es ayudarles a profundizar en sus conocimientos relativos a los ángeles rebeldes, como Mi Ángel marchará delante de ti se proponía hacer conocer mejor la misión de los ángeles de luz.

¿Mis fuentes? Son la Sagrada Escritura y la Tradición, recibidas filialmente de las manos de la Iglesia y el Magisterio de los Papas. Especialmente la doctrina de Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, del que una encíclica de Pío XI elogia la angelología. En su escuela me siento en compañía segura.

«La malicia del demonio es profundamente desconocida por los hombres -afirmaba Ernest Hello, eminente pensador católico del siglo pasado-; es una buena obra dársela a conocer; es una buena obra armarles.»

Divulgar la doctrina católica sobre los demonios significa, también hoy, responder a una llamada urgente del Magisterio.

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA...

En uno de sus análisis más penetrantes, el Concilio Vaticano II se dedica a desentrañar las causas del ateísmo contemporáneo. Entre ellas, el Concilio señala la existencia de una imagen falsa de Dios: «Algunos se representan a Dios de un modo tal que, al rechazarlo, rechazan un Dios que no es de ninguna manera el del Evangelio».

Se podría decir analógicamente que algunos se representan al diablo de un modo tal que, al rechazarlo, rechazan a un diablo que no es de ninguna manera el de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.

En la existencia de esta postura es importante la responsabilidad de un cierto tipo de iconografía, remarca el historiador H. I. Marrou: «Estamos demasiado acostumbrados, a partir del arte románico, a ver aparecer a los demonios como monstruos horribles. Esta tradición iconográfica que, plásticamente, tendrá su apogeo en las creaciones de una inspiración casi surrealista de los pintores flamencos, puede invocar la autoridad de textos que se remontan a la tradición más auténtica de los Padres del desierto, a partir de la primera fuente de toda su literatura, la Vida de San Antonio ...».

H. I. Marrou continúa: «Todos los escritos del mismo tipo están llenos de relatos que nos describen a los demonios bajo el aspecto de monstruos y bestias. Pero hay que remarcar con claridad que, en todos estos textos, se trata de apariencias que los diablos revisten momentáneamente para atemorizar a los solitarios. Estas representaciones no son por tanto legítimas en el arte cristiano más que durante la realización de tales tentaciones y no cuando se trata de representar al demonio, independientemente de este papel, momentáneo, de espantapájaros».

Como subraya H. I. Marrou, Satanás es un ángel caído, pero un ángel, es decir, una espléndida criatura salida de las manos de Dios.

Hay una distancia enorme entre un oso, un lobo, un macho cabrío, una serpiente -bajo cuyas apariencias se representa a veces al demonio- y un ángel, es decir, la más perfecta de las obras salidas de las manos del Creador. Santo Tomás de Aquino, tan mesurado en sus expresiones, remarca que, incluso después de su caída, Satanás conserva integralmente los dones naturales verdaderamente espléndidos recibidos del Creador.

El demonio sigue siendo una maravilla de inteligencia y de voluntad, aunque use muy mal sus dones naturales, incomparablemente superiores a los del hombre. Un atleta gigante sigue siendo un atleta gigante aunque use su fuerza y su agilidad para cometer crímenes.

La Providencia utiliza la malicia de los demonios

La grandeza natural de los ángeles caídos está presente también en el papel que Dios les asigna en la historia de la salvación. No es un papel de comparsa como se podría pensar, sino de protagonistas. Santo Tomás de Aquino lo explica en estos términos: «Por su naturaleza los ángeles están entre Dios y los hombres. Ahora bien, el plan de la Providencia consiste en procurar el bien de las criaturas inferiores por medio de los seres superiores. El bien del hombre lo procura la Providencia de una manera doble. O bien directamente, induciendo al hombre al bien y alejándolo del mal, y conviene que esto se haga por el ministerio de los ángeles buenos, o bien indirectamente, cuando el hombre es probado y combatido por los

asaltos del adversario. Y conviene que se confíe esta manera de procurar el bien a los ángeles malvados, para que después del pecado no pierdan su utilidad en el orden de la naturaleza»⁹.

Así, añade Santo Tomás, un doble lugar de castigo se atribuye a los demonios: uno, por su falta, es el infierno; el otro, por las pruebas que hacen sufrir a los hombres, es el «aire tenebroso», es decir, la atmósfera terrestre de la que habla la Sagrada Escritura.

¡Lenguaje ciertamente misterioso para el hombre moderno! El cardenal Charles Journet intenta explicar así los «lugares» habitados por los demonios: «las dos sedes del demonio se indican una por el infierno, la otra por el aire, la estratosfera, los lugares celestes. La primera sede es la de su infortunio; la segunda la de sus amenazas».

«Hablar de la presencia del demonio en el aire, en la estratosfera, en los lugares celestes, es servirse de una imagen para decir que además de su presencia en el infierno donde está encadenado, el demonio está también presente en el lugar donde vivimos para tentarnos.»

Después de su pecado Dios habría podido precipitar a todos los ángeles rebeldes en las profundidades del infierno, pero corresponde al sabio utilizar los males para fines superiores, observa Santo Tomás. Mientras el Señor precipita en el infierno a una parte de los ángeles malvados, encierra la otra parte en la atmósfera terrestre para tentar a los hombres.

Dios se servirá de su malicia, perfectamente controlada, para poner a prueba a los hombres y para darles de este modo la ocasión de purificarse y de elevarse espiritualmente. Así, los ángeles rebeldes se convierten a pesar suyo en los servidores del Señor o más bien en sus esclavos. Como los presos del Antiguo Régimen eran condenados a remar en las galeras del Estado, así los demonios están condenados a obrar, a pesar suyo, para la salvación de las almas y para la gloria de Dios.

Por lo que se refiere a la duración del ministerio de los ángeles buenos y de las pruebas infligidas por los malos, Santo Tomás escribe: «Hasta el día del juicio final hay que procurar la salvación de los hombres. Hasta entonces, por lo tanto, debe proseguir tanto el ministerio de los ángeles como las pruebas infligidas por los demonios. Durante todo este tiempo, los ángeles buenos son enviados aquí abajo, cerca de nosotros, mientras que los demonios residen en el aire tenebroso para probarnos. Sin embargo, algunos de ellos se encuentran ya en el infierno para torturar a aquellos que son inducidos al mal; de igual modo que algunos ángeles buenos están en el cielo con las almas santas. Pero después del último juicio, todos los malos, hombres y ángeles, estarán en el infierno; todos los buenos, en el cielo ».

Se trata de una visión cósmica de la historia de la salvación: de un lado millones y millones de ángeles fieles a Dios velan guardando a los hombres en marcha hacia su destino eterno; del otro, legiones y legiones de ángeles rebeldes se esfuerzan por perder a esos mismos hombres.

«El mundo cambia de aspecto, escribía René Bazin, cuando se considera a los hombres sólo como almas en camino hacia su destino eterno. » La historia de la humanidad, se podría decir, cambia de aspecto, cuando se la considera el teatro del encuentro entre dos ejércitos de ángeles que se disputan el espíritu y el corazón de los hombres. Habría que poder considerar este espectáculo con «los ojos de Dios», es decir, con una mirada de fe viva, para medir un poco sus dimensiones apocalípticas. «Sobre la escena del mundo, escribe un autor espiritual, la vida de las almas puede aparecer circundada de banalidad. En realidad, esta vida está dominada por un invisible y grandioso altercado entre Dios y el demonio».

María enfrentada a la serpiente

El Concilio Vaticano II recuerda estas verdades profundas de la Revelación cristiana. «Un duro combate contra las potencias de las tinieblas tiene lugar a través de toda la historia de los hombres; comenzada al inicio, durará, como el Señor lo ha dicho hasta el último día. Ocupado en esta batalla el hombre debe combatir sin pausa para conseguir el bien. Y sólo a través de grandes esfuerzos, con la gracia de Dios, logra realizar su unidad interior por su unión a Dios».

«Los demonios, nuestros enemigos, son fuertes y temibles, poseen un ardor invencible y están animados por un odio furioso e inimaginable contra nosotros. De igual modo nos hacen guerra sin descanso, sin paz y sin tregua posible. Su audacia es increíble...» .

María, Madre de la Iglesia, juega un papel decisivo en este «duro combate» contra los ángeles de la tinieblas. Juan Pablo II lo revela en su encíclica sobre la Bienaventurada Virgen María en la Iglesia en marcha (Redemptoris Mater, n. 47), que se inspira en el Génesis y en el libro del Apocalipsis. «Merced a este vínculo especial, que une a la Madre de Cristo con la Iglesia, escribe el Papa, se aclara mejor el misterio de aquella `mujer' que, desde los primeros capítulos del Libro del Génesis hasta el Apocalipsis,

acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. María, en efecto, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella `dura batalla contra el poder de las tinieblas' (cfr Gaudium et spes, 37) que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana».

Las dos ciudades

Hemos oído a León XIII recordarnos «que, por la envidia del demonio, el género humano se ha dividido en dos campos opuestos, que no cesan de combatir: uno por la verdad y la virtud, el otro por todo aquello que es contrario a estos valores». León XIII precisa: «El primero es el reino de Dios sobre la tierra, es decir la Iglesia de Jesucristo cuyos miembros deben servir a Dios. El segundo es el reino de Satanás. Bajo su imperio y su poder se encuentran todos aquellos que, siguiendo los funestos ejemplos de su jefe y de nuestros primeros padres, rechazan obedecer a la ley divina y multiplican sus esfuerzos, aquí para prescindir de Dios y allí para actuar directamente contra Dios».

«San Agustín ha captado y descrito estos dos reinos con una gran perspicacia bajo la forma de dos ciudades opuestas entre sí... tanto por las leyes que las rigen como por el ideal que persiguen.»

«La ciudad terrestre procede del amor de sí llevado hasta el desprecio de Dios, mientras que la ciudad celeste procede del amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí» según la famosa máxima del obispo de Hipona.

León XIII continúa: «Con el paso de los siglos las dos ciudades no han cesado de luchar la una contra la otra, empleando todo tipo de tácticas y las armas más diversas, aunque no siempre con el mismo ardor ni con el mismo ímpetu».

Nota digna de relieve, hecha por el autor de un documento publicado en 1975 bajo los auspicios de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con el título: *Fe cristiana y demonología*: San Agustín muestra al demonio actuando en las dos ciudades, que tienen su origen en el cielo, en el momento en el que las primeras criaturas de Dios, los ángeles, se declararon fieles o infieles a su Señor. En la sociedad de los pecadores, San Agustín discernió un «cuerpo» místico del diablo que se encontrará más tarde en las *Moralia* San Gregorio Magno. Con ocasión del XV centenario de la muerte de San Agustín, el Papa Pío XI recordó la actualidad de la doctrina del santo Doctor sobre la lucha encontrada que se libra a lo largo de los siglos entre la ciudad de Dios y la ciudad de Satanás.

Otra concordancia significativa: también los escritos de Qumrán presentan al mundo dividido en dos campos opuestos: de un lado el campo de los ángeles de la luz; del otro el campo de los ángeles de las tinieblas.

Según el padre Auvray, exégeta, «para San Juan, la Pasión de Jesús es una lucha contra el demonio, a lo largo de la cual éste será vencido; toda la predicación de los Apóstoles será la continuación de esta lucha entre el reino de Dios y el del demonio».

¿No presenta el Apocalipsis, por otra parte, la historia de la Iglesia como una lucha entre Satanás y sus demonios y Dios y sus fieles? Esta lucha se terminará con el triunfo del Cordero y de aquellos que le habrán seguido.

¿Es necesario recordar una vez más, en apoyo de esta contemplación teológica de la humanidad en marcha hacia Dios, las meditaciones clásicas de San Ignacio de Loyola sobre los dos estandartes, el de Cristo y el de Satanás?

¡He aquí una visión de la historia que eleva nuestras miradas muy por encima de los pequeños y grandes sucesos de la vida política, económica, social y cultural de cada día y por encima de nuestras mezquinas querellas entre cristianos!

EL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO

«Los testimonios patrísticos que presentan la entera vida cristiana como una lucha contra el demonio, son muy frecuentes, observa el padre François Vandenbrouche, o.s.b.. Este tema está presente en la tradición. Se encuentran indicios desde San Jerónimo, San Agustín, Prudencio, hasta San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, San Ignacio de Loyola, Scupoli. La idea básica es que el hombre, a consecuencia del pecado original, permanece de algún modo bajo el imperio del diablo» mientras no está unido plenamente a Cristo.

«Bajo el imperio del demonio...» En muchas ocasiones, Jesús habla del «príncipe de este mundo» como de un potencia temible; destinada al fracaso, ciertamente, pero no sin haber logrado victorias parciales. Este «príncipe» se llama también Satanás, jefe de los demonios, como San Miguel Arcángel es el jefe de las legiones de los ángeles fieles.

¿Dos divinidades rivales?

¿Qué se debe entender exactamente por «príncipe de este mundo»? Este término puede prestarse a equívocos. Puede parecer que apoya la tesis según la cual habría habido en el origen del mundo dos principios fundamentales coeternos, iguales y antagonistas, el Bien y el Mal. La Iglesia, se sabe, ha condenado esta seductora gnosis dualista conocida bajo el nombre de maniqueísmo.

¿Cómo resolver la oposición aparente entre la condena del maniqueísmo que coloca a Satanás en el mismo plan que Dios, y las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre el «príncipe de este mundo»?

En primer lugar es importante precisar el sentido de la palabra mundo. Este término no significa aquí ni el cosmos ni la humanidad, sino -como indica un exégeta, el padre Stanislas Lyonnet s.j.- «el conjunto de hombres que rechazan a Dios» del que Satanás es el jefe espiritual. El demonio es, por lo tanto, el príncipe de todos los hombres que rechazan someterse a Dios.

Santo Tomás explica así la expresión «príncipe de este mundo»: «Al diablo se le llama 'príncipe de este mundo' en razón no de una dominación natural legítima, sino a causa de la usurpación de poder, en el sentido que los hombres carnales han despreciado a Dios para someterse al diablo. Como escribe San Pablo a los Corintios: 'El Dios de este mundo ha oscurecido el entendimiento a los incrédulos. Es por tanto el «príncipe de este mundo» en la medida en que es jefe de los hombres carnales, los cuales, según San Agustín, están extendidos por el mundo entero » .

La palabra príncipe se debe tomar, por tanto, no en sentido propio, como si se tratase de una autoridad mundial, sino en sentido figurado.

En un artículo de la Summa Santo Tomás explica también por qué el diablo, en razón de su influencia, puede ser considerado como «la cabeza de todos los malvados». «No sólo la cabeza (de un cuerpo) ejerce una influencia interior sobre los miembros, sino que además los gobierna exteriormente dirigiendo su actividad hacia un fin. Se puede por lo tanto dar a alguno el nombre de cabeza o jefe en relación a una multitud o bien en los dos sentidos de influjo interior y gobierno exterior, y es lo que sucede con Cristo cuando decimos que es la cabeza de la Iglesia; o bien solamente en el sentido de gobierno exterior: en este último sentido, todo príncipe o prelado es cabeza de la multitud que le está sometida. De esta manera el diablo es generalmente cabeza de todos los malvados porque, como se dice en Job (41, 25): 'Es rey de todos los orgullosos».

Caen bajo el dominio de Satanás

Hechas estas precisiones, Santo Tomás continúa: «Corresponde al jefe conducir a su propio fin a los que gobierna. Ahora bien, el fin que pretende el diablo, es que los hombres se separen de Dios. Y por esto, desde el principio, el diablo intentó separar a Adán y Eva de la obediencia a los preceptos de Dios».

«Cuando los hombres, cometiendo pecado, son conducidos a ese fin; es decir, a la aversión contra Dios, caen bajo el régimen y el gobierno del diablo y éste puede ser llamado su cabeza ».

En la misma línea, San Agustín explicaba a los fieles de Hipona cómo su malvada conducta les hacía hijos del diablo: «Si tú imitas al diablo que, por su orgullo y su impiedad se ha elevado contra Dios, serás hijo del diablo. Lo llegarás a ser, no porque él te haya creado o engendrado, sino porque le imitas en su aversión a Dios». Porque el diablo -precisa el santo Doctor- no ha hecho a nadie, no ha engendrado a nadie, no ha creado a nadie. Pero cualquiera que imita al diablo es como si hubiese nacido de él; se transforma en hijo del diablo por imitación.

Estas consideraciones dirigidas a la comunidad cristiana de Hipona, ¿no sirven también como advertencia para los hombres de hoy? ¿Cuántos se dan cuenta de que, dando deliberadamente la espalda a Dios y a su Ley, se transforman, moralmente, en hijos de las tinieblas, cuando poseían la vocación de ser hijos de la luz? Ellos siguen al «príncipe de este mundo».

Es un rasgo característico de los impíos...

Puede surgir ahora una cuestión relativa a las relaciones de los ángeles malvados entre ellos. ¿Existe una jerarquía entre los demonios? ¿Los ángeles menos ricamente dotados obedecen a los ángeles superiores? Rebeldes con Dios, ¿los ángeles pecadores se mostrarían respetuosos hacia sus jefes? En definitiva, ¿admitirían una autoridad? ¿Cómo explicar la concordia relativa que parece reinar en el mundo satánico?

La respuesta de Santo Tomás pone de relieve el rasgo característico del mundo satánico: el odio. «La concordia que lleva a algunos demonios a obedecer a otros no procede de su amistad mutua, sino de una maldad común que les hace odiar a los hombres y resistir a la justicia de Dios. Es un rasgo característico de los hombres impíos, en efecto, unirse entre ellos, y, para lograr sus deseos malvados, someterse a aquellos que ven más poderosos y más fuertes». Se dirá que los ángeles malvados son oportunistas. Y es que también entre ellos «la unión hace la fuerza».

Un teólogo greco-ortodoxo contemporáneo, M. Panagiotis, subraya la necesidad de una exposición clara sobre la omnipotencia de Dios y sobre la potencia del mundo demoníaco. Señalar la presencia activa de Satanás no es disminuir a Dios. «Admitir al demonio no se opone a la dominación absoluta y a la omnipresencia de Dios... porque Dios no podría dejar de tener una autoridad plena y absoluta sobre el universo y sobre el mismo Satanás. Dios limita por otra parte la influencia y la acción de los espíritus malignos, de modo que estén al servicio de los designios y de los planes divinos.»

«Si en el pasado la existencia de Satanás se encuentra ligada a mitos pueriles y repugnantes, no hay que rechazar al mismo tiempo la mentira y la verdad. Una verdadera investigación científica separa lo verdadero de lo falso y restaura la verdad en todos sus derechos.»

«El origen cristiano de esta doctrina establece un baluarte infranqueable delante del dualismo idólatra. Para los Persas significaba la existencia de dos principios distintos y personales en lucha el uno contra el otro; para los griegos y los germanos, por el contrario, insinuaba el triunfo del bien en un combate contra las tinieblas, en medio del caos.»

Dios, Rey de los siglos y Señor de la historia y Satanás, príncipe de este mundo: no existe el peligro de ponerlos en el mismo plano para quienes se acerquen un poco a las profundidades liberadoras de la Revelación.

UN INSTRUMENTO EN LAS MANOS DE DIOS

«Cuántas veces -acaba de decirme Jesús- me habrías abandonado, hijo mío, si yo no te hubiera crucificado.» Es un gigante de la santidad contemporánea, el Padre Pio de Pietralcina, capuchino estigmatizado, quien hacía esta confidencia a su director espiritual.

Palabras impresionantes, ciertamente, que muestran el papel decisivo de la prueba en una vida cristiana. Sin ella, el hombre corre el riesgo de deslizarse hacia la mediocridad y de caer; corre el riesgo incluso de habituarse a vivir en pecado.

Con su concisión y su serenidad habitual, Santo Tomás expresa así esta incómoda verdad: «Dios distribuye a los hombres justos bienes y males temporales en la medida en que lo necesitan para alcanzar la vida eterna».

Un Dios bueno, distribuidor de males. ¡Qué paradoja, al menos en apariencia! Se trata, sin embargo, de una verdad cristiana fundamental. «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga», advierte Cristo. La cruz acompaña necesariamente la vida del cristiano. «El discípulo no está por encima del maestro, todo discípulo bien preparado será como su maestro».

Un camino más rápido

Santo Tomás va todavía más lejos cuando comenta este versículo de la epístola a los Hebreos: «El Señor corrige a aquel que ama, y castiga a todo el que reconoce como hijo». Dios corrige porque ama, explica el santo Doctor. La prueba es, por lo tanto, un fruto del amor. «Consecuentemente, no pueden ser

considerados hijos del Padre aquellos que no son probados y castigados. La ausencia de pruebas es casi un signo de reprobación eterna».

Si se piensa que una parte considerable de las pruebas están causadas por Satanás, se podrá valorar mejor el papel del mundo diabólico en la historia de la salvación.

Es significativa, por otra parte, la atención dedicada por los santos y maestros espirituales a la presencia de Satanás en la vida cotidiana, como también la importancia que asignan al papel de las pruebas y de las tentaciones. «Dios permite al diablo tentarnos y probarnos para aumentar nuestros méritos, hacer más puras y altas nuestras virtudes, y más rápida nuestra marcha hacia Él». ¡Con qué lucidez el Cura de Ars, San Juan María Vianney, que conocía bien a los demonios, pone de relieve su papel en la vida cristiana! « ¡Cuánto nos deben compadecer si no somos combatidos fuertemente por los demonios! Con toda probabilidad somos entonces amigos del demonio. Nos deja vivir en una falsa paz, nos adormece bajo el pretexto que hemos hecho algunas oraciones, que somos menos malos que otros».

El cura de Ars cita a este propósito el consejo de Gregorio Magno. «Si no tenéis tentaciones, entonces los demonios son vuestros amigos, vuestros conductores y vuestros pastores. Viviendo tranquilamente vuestra pobre vida, al final de vuestros días los demonios os arrastrarán a los abismos».

Y el cura de Ars añade esta reflexión que se conecta con el pensamiento de Santo Tomás: «Podemos decir que, aunque sea muy humillante ser tentado, es la señal más segura de que estamos en el camino del cielo». Leemos bien: ¡una señal y la señal más segura!

... un signo de reprobación

Igualmente perspicaces son las observaciones de San Vicente de Paúl sobre el papel de Satanás en la vida cristiana: Dios permite las tentaciones «para ejercitarnos y hacernos santos». Y añade: «Ser probado por las tentaciones es una gracia y un signo de que Dios nos ama».

San Vicente decía a las Hijas de la Caridad «que es un estado bienaventurado el de la tentación y que un día pasado en este estado nos proporciona más méritos que un mes sin tentación... No hay que rezar a Dios para que nos libre, sino para usarlas bien y para que nos impida sucumbir. Un apóstol (Santiago 1, 2) dice: `Aceptad de corazón todas las pruebas por las cuales pasáis'. ¡Al contrario, es un signo de reprobación tener todo según el propio gusto!».

«No seríais Hijas de la Caridad -declaró un día- si no fueseis tentadas.» «Es una regla general que todos los servidores de Dios son tentados.»

Con una punta de humor el cardenal Charles Journet hace este comentario sobre la extraordinaria fecundidad de las tentaciones soportadas con espíritu de fe: «Nadie, después de Dios, habrá trabajado tanto por la santidad de Job como el diablo y nadie la habrá deseado menos».

San Ignacio de Loyola escribía el 16 de septiembre de 1554 a su hermano, el padre Miguel de Nobrego, capturado por los turcos: «Puesto que os ha concedido la gracia de sufrir en su servicio, que Dios nuestro Creador y Señor se digne concederos toda la paciencia y la fuerza que juzgará necesaria para que podáis llevar sobre vuestras espaldas, dando gracias, una cruz tan pesada, reconociendo que es su divina bondad la que envía las penas, las fatigas, las tribulaciones, la adversidad, con el mismo amor con el que envía ordinariamente el reposo, el contento, la alegría y toda prosperidad». Ahora bien, con ese fin, Dios utiliza también a los demonios.

San Ignacio de Loyola añadía: «Dios sabe como un médico muy sabio, y quiere como un Padre muy bueno el remedio más adecuado para curar las enfermedades de nuestras almas, escondidas o manifiestas, y provee así a nuestros cuidados según lo que es mejor, aunque no sea de acuerdo con nuestros gustos».

Como con los ojos de Dios

Sólo una fe profunda y lúcida puede convenir en que las tentaciones del demonio son un instrumento en las manos de Dios para la salvación y el progreso espiritual de los hombres. Se trata de una verdad sobrenatural. La razón del hombre abandonada a sus fuerzas naturales no puede captarla, del mismo modo que un gato o un tigre no podrían volar por muy musculosos que sean.

Conviene recordar aquí, como explica un maestro espiritual, que el cristiano adulto está dotado de tres pares de ojos: los ojos de la carne perciben las realidades materiales; los ojos de la inteligencia captan las realidades espirituales; los ojos de la fe alcanzan las realidades sobrenaturales. Siguiendo a Dionisio Areopagita, Santo Tomás usa una expresión audaz. Afirma que, gracias a este último par de ojos, el cristiano ve «como con los ojos de Dios», participa de alguna manera en la mirada de Dios sobre su obra. Ahora bien, esta contemplación sobrenatural comporta la visión del desarrollo de las vicisitudes humanas, con las legiones de ángeles buenos que contribuyen todos, cada uno en su lugar y a su modo, a la edificación del Reino de Dios.

De acuerdo, se dirá: las pruebas desencadenadas por los demonios pueden favorecer el progreso espiritual del cristiano, como la ausencia de pruebas la puede comprometer. Pero ¿qué sucede en la vida concreta de cada día? ¿Cómo el diablo, que odia a los hombres, puede ayudarles en la subida hacia Dios?

La explicación no es difícil. El diablo, tentándonos, nos coloca delante de una alternativa. Nos obliga a optar entre el bien y el mal. Sirve a nuestra causa proporcionándonos la ocasión de una elección constructiva. Ahora bien, ¿proporcionar a una persona ocasiones de elevarse moralmente no es hacerle un servicio precioso? ¿Y no es cierto que los hombres y las mujeres pueden permanecer toda su vida en un estado de mediocridad moral, por no haber estado nunca en la ruda y feliz necesidad de optar entre dos vías: una en descenso y otra en subida?

Tomad un niño y dejadle pasar su adolescencia en un pueblo atravesado por un arroyuelo. No aprenderá a nadar. Haced crecer a este mismo niño en una ciudad bañada por el mar: en pocos años será un excelente nadador. Se le ha dado la ocasión de desarrollar sus aptitudes.

Así sucede con los hombres en camino hacia su destino eterno. Con el permiso del Señor de la historia, Satanás puede suscitar en su camino todo tipo de obstáculos: dificultades materiales, problemas de salud, incomprendimientos, oposiciones, enemistades, envidias, odios, etc. Son otras tantas ocasiones de optar entre dos soluciones: la capitulación o la lucha.

Parece que la quiere destrozar

San Vicente de Paúl usa una deliciosa comparación para mostrar a las Hijas de la Caridad como Dios se sirve de las pruebas y de las tentaciones del demonio para el progreso espiritual de los hombres: «Hijas mías, sois como una piedra con la que se quiere hacer una bella imagen de Nuestra Señora, de San Juan, o de algún otro santo. ¿Qué debe hacer el escultor para lograr su diseño? Es necesario que tome el martillo y quite de esa piedra todo lo superfluo. Y para esto golpea primero con grandes golpes de martillo, de manera que si lo vierais, pensaríais que la quiere destrozar; después, cuando ha quitado lo más grueso, toma un martillo más pequeño y un cincel para comenzar a formar la figura con todas sus partes y, al final, otros instrumentos más delicados para lograr la perfección que desea dar a esta imagen».

He aquí ahora la aplicación práctica: «Daos cuenta, hermanas mías, que Dios se comporta de manera similar con nosotros. Ved una pobre Hija de la Caridad o un pobre misionero; antes de que Dios les retire del mundo, son groseros y brutales, son como grandes piedras; pero Dios quiere hacer bellas imágenes y para esto actúa y golpea con grandes golpes de martillo. ¿Y cómo lo hace? En primer lugar haciéndolos sufrir calor y frío, después enviándoles a ver a los enfermos en el campo, donde el viento sopla en invierno. No hay que dejar de ir por el mal tiempo. ¡Sí! Éstos son los grandes golpes de martillo que Dios descarga sobre una pobre Hija de la Caridad. Quien no viera más que las apariencias, diría que esta hija es desgraciada; pero si se echa una mirada sobre el designio de Dios, se verá que todos estos golpes no son mas que para formar esta bella imagen».

«Cuando Dios ha decidido perfeccionar a un alma, permite que sea tentada contra su vocación, estando alguna vez preparada a abandonarlo todo. Después, como el escultor, toma el cincel y comienza a diseñar rasgos sobre este rostro, lo adorna y lo embellece».

«Él permite que sea tentada.» ¡No importa si por los hombres o por los demonios! Lo que hay que comprender bien es que las pruebas y las tentaciones pueden jugar un papel positivo en los planes de Dios. «Todo lo emplea para el bien de los que ama» (Rm 8, 28), incluso cuando descarga grandes golpes de martillo sobre ellos y parece destrozarlos. ¡Cuántos golpes de martillo y de cincel debió sufrir el bloque de mármol del que Miguel Ángel ha sacado la Piedad! ¡Y cuántas pruebas y tentaciones, causadas por los hombres y por los demonios, han debido superar los grandes santos para llegar a ser lo que son!

LA TÁCTICA DEL DIABLO: PASAR INADVERTIDO

San Francisco de Asís ha sido definido «la oración encarnada» por el modo en el que todo su ser tendía continuamente hacia Dios. De Satanás se podría afirmar que es, de alguna manera, odio total hacia Dios, envidia total hacia los hombres, por el modo en el que el pecado domina su ser.

Esta definición del demonio repugna a nuestra inteligencia. ¿Cómo concebir, en efecto, un ser extraordinariamente dotado, que sea sólo odio y envidia? Este misterio de iniquidad nos desconcierta.

El Papa Juan Pablo II ha intentado dar una explicación en su catequesis sobre los ángeles en el verano de 1986. El 23 de julio abordó el tema de la caída de los ángeles que dividió el mundo de los espíritus puros en buenos y malos. «Los buenos han escogido a Dios como bien supremo y definitivo, conocido por la luz de la inteligencia iluminada por la Revelación. Haber escogido a Dios significa que se han vuelto hacia Él con toda la fuerza interior de su libertad, una fuerza que es amor. Dios se ha convertido en el fin total y definitivo de su existencia espiritual.» «Al contrario, prosigue el Papa, los otros ángeles han vuelto la espalda a Dios, a la verdad del conocimiento que muestra en Él el bien total y definitivo. Han hecho una elección contra la revelación del misterio de Dios, contra su gracia que les hacía partícipes de la Trinidad y de la amistad eterna con Dios en la comunión con Él por el amor. Sobre la base de su libertad creada, han hecho una elección radical e irreversible, del mismo modo que los ángeles buenos, pero diametralmente opuesta: en lugar de una aceptación de Dios plena de amor, le han opuesto un rechazo inspirado por un falso sentimiento de autosuficiencia, de aversión e incluso de odio que se ha transformado en rebelión».

El orgullo conduce a la ruina

¿Cómo explicar tal oposición contra Dios en seres dotados de una inteligencia tan potente y enriquecidos por tanta luz? ¿Cuál puede ser el motivo de una elección radical e irreversible contra Dios? ¿De un odio tan profundo que puede parecer el fruto de la locura?

Juan Pablo II remarca que «los Padres de la Iglesia y los teólogos no dudan en hablar de una 'ceguera' producida por una valoración excesiva de la perfección de su ser, llevada hasta el punto de negar la supremacía de Dios que exigía por el contrario un acto de sumisión dócil y obediente. Todo esto parece expresado de manera concisa por las palabras: '¡No te serviré!' (Jr 2, 20), que manifiesta el rechazo radical e irreversible de tomar parte en la edificación del Reino de Dios en el mundo creado».

En una palabra: Satanás, el espíritu rebelde, quiere edificar su propio reino, y no el de Dios. «Se erige en primer adversario del Creador, opuesto a la Providencia, antagonista de la sabiduría amante de Dios.» «De la rebelión y del pecado de Satanás, como también de los pecados del hombre, debemos sacar una conclusión y acoger la sabia experiencia de la Sagrada Escritura que afirma: 'El orgullo conduce a la ruina' (Th 4, 13).»

Estas consideraciones sobre la rebelión de Satanás son difíciles pero al menos nos ayudan a comprender mejor la presencia en el cosmos de una infinidad de ángeles, de los que unos, los rebeldes, se esfuerzan por separar a los hombres de su Creador, y los otros, los ángeles fieles, nos estimulan y nos defienden en nuestra subida hacia Dios.

El Vaticano II y las amenazas de Satanás

La catequesis de Juan Pablo II nos permite comprender mejor también algunas consignas pastorales de los Apóstoles a las comunidades de la Iglesia primitiva. Así, San Pablo escribe a los fieles de la ciudad de Éfeso. Después de haber exhortado a una vida cristiana más coherente a los padres y a los hijos, a los dueños y a los esclavos, el Apóstol añade una consideración, a la vez sorprendente e iluminadora: «No tenéis que luchar sólo contra los hombres sino también contra las potencias del infierno» (cfr Ef 6, 12). Esto significa que no es suficiente para un buen cristiano luchar contra sus malas tendencias y contra la influencia perniciosa del ambiente, sino que debe combatir también contra esos enemigos invisibles que son los demonios.

Es significativo, por otra parte, que en su Constitución dogmática sobre la Iglesia (Lumen gentium, 35), el concilio Vaticano II retoma a su vez esta exhortación del Apóstol a la iglesia de Éfeso: combatir sin cesar contra esos enemigos invisibles que son los demonios. Es como si los Padres del Concilio Vaticano II dijeran a los católicos: «Queridos hermanos y hermanas, ¡atención! ¡Estad siempre en guardia! ¡Al lado

de vuestros enemigos visibles, están, invisibles, estos enemigos poderosos que son los demonios, siempre al acecho de una presa! ¡Vigilad para no caer en sus redes!

La llamada de atención válida para los cristianos del primer siglo lo es también para los cristianos de hoy como lo será para los de mañana. Porque no ha cambiado nada y nada cambiará en la debilidad congénita de los hombres y en el odio feroz de Satanás hacia ellos. La persistencia del peligro requiere la continuidad de la vigilancia.

Un pasaje bien conocido de la primera «encíclica» de San Pedro suena de modo parecido a la consigna de San Pablo a los Efesios. San Pedro incluso es mucho más explícito. Se expresa en un lenguaje fácilmente comprensible por el común de los fieles: «¡Sed sobrios y vigilad! Vuestro adversario, el diablo, anda como león rugiente buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe» (1 P 5, 8).

San Juan de la Cruz: comparaciones sacadas del arte militar

Es significativo que San Pedro, para subrayar mejor la gravedad del peligro, llegue a comparar al demonio con el león, el animal que se reputa más feroz.

Eco fiel del pensamiento de San Pedro, San Juan de la Cruz pone de relieve los ataques de Satanás. Para subrayarlo bien, el Doctor místico recurre a expresiones tomadas del arte militar: lucha, lucha espiritual, batalla espiritual, guerra, lucha furibunda, enemigo provisto de armas y baterías, después de los combates no faltan ni asaltos y ataques, ni trampas y emboscadas, encuentros violentos en los que se combate, en los que se enfrentan los unos con los otros, en los que se resiste, en los que se prevalece, de los que se sale vencedor o vencido.

Notemos igualmente que la llamada de atención de San Pedro referente al león siempre en busca de presa, no se dirige sólo a una minoría de cristianos fervientes; concierne a toda la comunidad de los creyentes. Se refiere a nosotros.

Cada palabra, en esta Carta pastoral de San Pedro, merecería un comentario, tan grande es su densidad de sabiduría práctica. En verdad, para las primeras comunidades cristianas, recientemente evangelizadas, la lucha contra los demonios no era una cacería de placer, una afición dejada al capricho de cada uno. La presencia y la acción de Satanás era manifiesta. Esta lucha incesante, conducida por el Adversario, formaba parte integrante de la vida de los cristianos. Se comprende por lo tanto la insistencia de San Pedro sobre la necesidad de vigilar y de resistir. La vida cristiana y el destino eterno de cada hombre depende de esta vigilancia y de esta resistencia.

Remarquemos también que San Pedro invita a los fieles a sacar sus armas del arsenal de la fe sobrenatural: «Resistidle firmes en la fe». Porque Satanás no puede ser rechazado únicamente con las armas naturales. El cristiano necesita fuerzas sobrenaturales, del mismo modo que un ejército moderno necesita la aviación. La infantería sola no basta, ni la artillería.

SUS PRESAS PREFERIDAS

Los santos nos lo dicen: Satanás tiene víctimas preferidas para sus ataques. No ataca a todos los hombres con el mismo furor. Los cristianos mediocres y los pecadores inveterados son ya suyos. Su rabia se despliega especialmente contra los convertidos, que se han sustraído a su imperio. Se ensaña contra los cristianos fervientes, contra los militantes empeñados con todas sus fuerzas en el Reino de Dios. Se desencadena por fin y sobre todo contra los santos y los devotos de la Virgen María. «El demonio tienta sobre todo a las almas hermosas, observa el Cura de Ars. Siempre que el demonio prevé que alguien hará el bien redobla sus esfuerzos.» Y añade: «los santos más grandes son los que han sido más tentados». Satanás se enfrenta con cualquiera que trabaja por la extensión del Reino de Dios.

Santo Tomás observa que «Satanás se esfuerza de manera muy especial en dificultar la predicación evangélica». Piensa también que «es un honor ser atacado por el demonio, puesto que tiene especial inquina contra los santos».

El diablo, indican también los maestros espirituales, se ensaña sobre todo contra la oración y, más en particular, contra la contemplación. ¿No es ésta uno de los resortes más poderosos de la Iglesia en sus diversas actividades? Y la oración contemplativa ¿no es uno de los modos más elevados de rendir homenaje a Aquel que es objeto de un odio implacable por parte de Satanás y de sus ejércitos?

Para poner adecuadamente en práctica su programa de odio, Satanás necesita poder pasar desapercibido. «La insidia más conseguida del diablo es la de persuadirnos de que no existe», escribía en el siglo pasado Charles Baudelaire, mientras que un escritor alemán afirmaba con humor macabro que «nada alegra tanto al diablo como leer el anuncio de su muerte en los periódicos».

Curioso contraste: mientras que los grandes de este mundo están ávidos de publicidad, mientras que los hombres políticos, los hombres de negocios, los artistas, las estrellas del cine y del mundo del deporte desean que los medios de comunicación hablen de ellos, Satanás, por el contrario, desaparece. Se esconde. Disimula. Se disfraz. Este monstruo de orgullo puede parecer un modelo de humildad..., por su esfuerzo en no aparecer. ¿Su gran aspiración? Pasar totalmente inadvertido para realizar mejor así sus planes de odio hacia Dios y de envidia a los hombres. «¿Para qué atraería inútilmente la atención e indicaría abiertamente su presencia, cuando su poder de disimulo es su medio de acción más eficaz?».

Algunos indicios reveladores

¡Cómo se deben regocijar las potencias de las tinieblas al constatar hoy en día el silencio casi completo de los medios de comunicación sobre el diablo! ¡Y cómo deben exultar ante las timideces de ciertas personas de la Iglesia que no osan pronunciar el nombre de Satanás! Citemos, por poner un ejemplo, la consigna dada por un sacerdote a los catequistas de su parroquia: «Sobre todo ¡no habléis del diablo a los niños! Y esto por dos motivos. Primero, porque hay que evitar traumatizarlos. En segundo lugar, porque el diablo no existe».

Un catequista objetó: «No puede ser, padre, el diablo existe porque el Cura de Ars ha tenido relación con él ...». El eclesiástico respondió: «¡Si el Cura de Ars hubiese comido menos patatas hervidas, no habría visto al diablo!».

Estos silencios culpables nos permiten comprender mejor el deseo de Pablo VI de que los responsables de la evangelización concedan una atención más grande a la presencia activa de Satanás en el mundo y en la Iglesia.

Pablo VI se preguntaba si tales síntomas permiten identificar con certeza la presencia de las fuerzas satánicas. ¡Problema importante, ciertamente, pero qué delicado! Pablo VI estima que la respuesta a esta pregunta «requiere mucha prudencia, incluso si los signos del maligno parecen algunas veces evidentes». Y el Papa precisa: «Podríamos suponer su siniestra intervención donde se niega a Dios de un modo radical, sutil y absurdo, donde la mentira hipócrita se afirma con fuerza contra la verdad evidente, donde el amor es ahogado por un egoísmo frío y cruel, donde el nombre de Cristo es objeto de un odio consciente y salvaje; donde el espíritu del Evangelio es desnaturalizado y desmentido por los hechos; donde se afirma que la desesperación es la única perspectiva, etc.».

El Papa reconoce que «se trata de un diagnóstico demasiado vasto y demasiado difícil», que por el momento no podría profundizar y autenticar. «Este diagnóstico posee, sin embargo, un interés dramático para todos. La literatura moderna le ha consagrado, en efecto, páginas célebres. El problema del mal sigue siendo para el espíritu humano uno de los más importantes y de los más permanentes, incluso después de la victoriosa respuesta que le ha dado Jesucristo. `Nosotros sabemos, escribe San Juan Evangelista, que hemos nacido de Dios, pero que el mundo entero gime bajo el imperio del Maligno'»

Juan Pablo II lo ha dicho en su Mensaje a los jóvenes del mundo entero (31 de marzo de 1985): «No hay que tener miedo en llamar por su nombre al primer artífice del mal: el Maligno. La táctica que ha aplicado y que aplica consiste en no revelarse, para que el mal, difundido por él desde el origen, se desarrolle por la acción del mismo hombre, por los sistemas y por las relaciones entre los hombres, entre las clases y entre las naciones..., para que el mal se convierta cada vez más en un pecado estructural y se pueda identificarlo cada vez menos como pecado personal. Es decir, para que el hombre se sienta en un cierto sentido `liberado' del pecado mientras que, al mismo tiempo, se hunda cada vez más en este pecado». Como afirma Juan Pablo II «no hay que tener miedo en llamar por su nombre al primer artífice del mal: el Malvado», es decir, el diablo, del que el Padre nuestro nos hace pedir cotidianamente que nos libere (Mt 6, 13).

Si nos hace implorar cada día esta liberación, es porque el Maestro es quien mejor comprende la profundidad de nuestra innata debilidad y la extensión de la perniciosa empresa de Satanás.

COMO PERRO SUJETO POR UNA CADENA

El episodio tiene por teatro una buhardilla de estudiante en París, calle Vaugirard, no lejos del Institut catholique. Son las 9 de la noche. El estudiante, Antoine X., está absorto en una lectura apasionante: *El Mundo invisible*. Este volumen de 532 páginas trata de los ángeles y de los demonios, de la telepatía y de la telestesia, del espiritismo, de la brujería, de los exorcismos, etc. Publicado en 1931, el autor de la obra es un teólogo francés, el cardenal Alexis Lépiciér (1863-1936).

Bruscamente, Antonio cierra su libro, a causa de un terror repentino. La lectura le ha trastornado. Le ha revelado la existencia del mundo demoníaco. Descubre que Satanás tiene un poder inaudito sobre el mundo material que puede manipular a su gusto. Antoine descubre igualmente el poder extraordinario que Satanás puede tener sobre las facultades del hombre. El estudiante rememora entonces los episodios dramáticos que aparecen en la vida de los santos. Una idea le viene a la cabeza: «Si Satanás penetrara en mi buhardilla... Si me apaleara y me tirase a tierra... ¿Qué haría? ¿Cómo defenderme? ¿A quién pediría ayuda?».

El miedo confunde, puede paralizar las facultades. Antoine se levanta bruscamente, toma su impermeable y se precipita hacia la puerta de salida: «Al menos, se dice, si el diablo me ataca en la calle, no estaré solo... ¡Sí! ¡Salgamos! ¡Salgamos!».

Pero en el mismo momento se le ocurre una idea, sugerida sin duda por su ángel custodio: «si, antes de salir, acabase la lectura del capítulo sobre el poder de los demonios...».

Antoine colgó su impermeable y se puso a leer de nuevo... Se informó de que, por grande que sea el poder de los demonios, está sometido al permiso de Dios. Satanás, el príncipe de este mundo, no puede hacer ningún daño sin la luz verde de Dios, el Rey de los siglos. Satanás posee un gran poder, ciertamente, pero un poder controlado por una potencia todavía más grande. Nuestro estudiante acabó este día la lectura leyendo estas verdades liberadoras. Inicialmente traumatizado por el descubrimiento de la potencia inaudita de Satanás, recobró enseguida la paz mediante la fe en la omnipotencia de Dios. Serenado, Antoine se durmió.

La palabra de Dios que nos revela esta verdad fundamental es, en efecto, tranquilizadora.

Dios controla las actividades de Satanás, lo domina y lo utiliza para sus propios fines porque su poder, como indica el Catecismo de la Iglesia Católica «no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños -de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física- en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo».

Así, desde los primeros capítulos del Libro de Job, vemos a Satanás irritado contra la santidad de este «hombre íntegro y recto, que temía a Dios y se guardaba del mal», hacer «gestiones» delante del Altísimo para obtener la autorización de tentar a este justo.

Satanás hace incluso gestiones escalonadas. La primera, para obtener el permiso de golpear a Job en sus bienes. «Todos sus bienes están en tu poder» (Jb 1, 12), dice Dios. Y una segunda para obtener el permiso de probar la santidad de Job. «Dispón de él, pero respeta su vida» (Jb 2, 6), responde Dios.

Es significativo que Dios precise cuidadosamente los límites de los poderes concedidos a Satanás. No es una luz verde incondicional. Como el Creador pone límites al flujo del mar enfurecido -«No irás más lejos... aquí se romperá el orgullo de tus olas» (Jb 38, 11)-, así, impone límites al odio y a la envidia de Satanás.

El Evangelio de San Mateo nos revela que los demonios tienen necesidad de luz verde incluso para una operación de rutina como entrar en un rebaño de puercos pastando en la tierra de los gerasenos. «Había, a una cierta distancia, un gran rebaño de puercos pastando. Y los demonios suplicaron a Jesús: `Si nos expulsas, envíanos a ese rebaño de cerdos'. `Id', les dijo. Salieron entonces y se fueron a los puercos y he aquí que, desde lo alto de la escarpada, todo el rebaño se precipitó en el mar donde se ahogó» (Mt 8, 30-32).

El relato de la Pasión nos presenta un ejemplo dramático de los límites impuestos por Dios al poder del diablo sobre los Apóstoles. Satanás había pedido a Dios poder probar a los Apóstoles, como el agricultor criba el grano. El Señor no acepta esta petición mas que en parte. Como explica el padre Lagrange, o.p.: «El Señor ha permitido a Satanás cribar a los Apóstoles como el trigo, golpeado y un poco lastimado, pero ha puesto un límite. A quien Satanás deseaba sobre todo hacer caer era a Pedro, el jefe de los

Apóstoles. Jesús conocía el peligro que amenazaba a Pedro. No ha querido preservarlo enteramente, pero su oración ha protegido su fe. Su fe, por tanto, no desfallecerá y, cuando se recupere de su conducta errónea, le corresponderá confirmar a sus discípulos». El padre Lagrange cita la observación profunda de un exégeta protestante: «Preservando a Pedro, cuya ruina hubiera arrastrado a todos los demás, Jesús ha preservado a todos». Es así como Dios, Señor de la historia, sabe utilizar la malicia de Satanás para la construcción de la Iglesia.

¡Hacedlo deprisa!

Santo Tomás de Aquino insiste mucho en este punto: el diablo no puede tentar a los hombres cuanto desea, sólo puede atormentarlos en la medida en que Dios lo permite. ¡Ni más, ni menos!³⁶.

El relato de la Pasión presenta otro ejemplo del sometimiento del diablo a las disposiciones de la Providencia. Después de haber señalado que, en la última Cena, Satanás entró en Judas, San Juan cita estas palabras de Jesús al traidor: «Lo que has de hacer, ¡hazlo deprisa!» (Jn 13, 27). ¿Se puede expresar más explícitamente el control de Dios sobre las maquinaciones de Satanás presente en Judas? Ciertamente, como explican los exegetas, las palabras de Jesús no equivalen a una orden. No eran tampoco un estímulo a la traición. Expresan simplemente, en un lenguaje vigoroso, un permiso.

Si Dios no tuviera controlados a los demonios, afirma San Agustín en una homilía, no quedarían justos sobre la tierra. En efecto, si pudieran liberar plenamente su odio hacia Dios y hacia los hombres, Satanás y sus ángeles destruirían todo lo que sirve para la gloria de Dios.

Puede ladrar, pero no morder

San Pablo nos asegura: «Dios no permitirá que seáis tentados más allá de vuestro poder de resistencia sino que, junto a la tentación, os dará los medios para superarla y la fuerza para soportarla» (1 Co 10, 13).

En la raíz de las tentaciones del diablo se presentan dos movimientos: el amor de Dios por los hombres y la odiosa envidia de Satanás. Dios permite la tentación por amor, para dar a la criatura humana la ocasión de elevarse hacia Él por actos de virtud; el demonio realiza la tentación por odio, para hacer caer al hombre. Dios ofrece al hombre una ocasión de subir y Satanás utiliza esta misma ocasión para hacerle caer. Así, por una misteriosa orden de Dios, sin saberlo, sin quererlo, a pesar suyo, contra las inclinaciones de todo su ser, Satanás contribuye indirectamente pero realmente a la extensión del Reino de Dios sobre la tierra. ¿No es ésta, por otra parte, la razón de su presencia entre los hombres hasta el último juicio, antes de ser precipitado en las profundidades del infierno?.

Que Dios controla y utiliza para sus fines las actividades de Satanás, el estudiante Antoine, de la calle Vaugirard, lo comprendió y esta verdad lo tranquilizó. ¿Por qué temblar delante de la potencia de Satanás? Jamás corre como un perro rabioso que hubiese roto su cadena. Dios lo tiene siempre encadenado, de día y de noche.

Santa Teresa del Niño Jesús usaba una imagen para mostrar los límites del poder de Satanás: comparaba el diablo a un gran perro malo que no puede nada contra una niña pequeña subida en las espaldas de su padre.

A un sacerdote de la Misión, a quien Satanás tenía razones para odiar, San Vicente de Paúl le escribía: «El diablo puede ladrar, pero no puede morder; os puede atemorizar, pero no haceros daño. Y esto os lo aseguro delante de Dios, en presencia del cual os hablo».

BAJO LAS APARIENCIAS DE UN ÁNGEL DE LUZ

Un artificio hace particularmente peligrosas las tentaciones del diablo. Se presenta, no como una potencia de las tinieblas sino, más frecuentemente, como un ángel de luz. Buitre rapaz, puede presentar las apariencias de una amable paloma. Tremendamente repugnante en su realidad auténtica, se transforma en atractivo y simpático.

Según ciertos exegetas, la expresión «ángel de luz» empleada por San Pablo -«Satanás se transfigura en ángel de luz» (2 Co 11, 14)-, se referiría a las apariencias seductoras bajo las cuales Satanás se habría presentado a Eva en el paraíso terrestre. Fue éste el primer engaño del ángel caído cuya entera «política» en relación a los hombres no es otra que la impostura y el engaño. ¿No lo definió Jesús como mentiroso y padre de la mentira? (Jn 8, 44).

En un expresión particularmente concisa, Santo Tomás caracteriza la táctica seductora de Satanás: «Aliud protendi, et ahud intendit». Una cosa es lo que parece ofrecer y otra el objetivo secreto que persigue. No tiene rival en la ambigüedad y en la duplicidad.

Bajo el pretexto de la humildad

Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia y maestra de espirituales, tuvo que ver con Satanás. Conocía su táctica. En su autobiografía, cuenta cómo el demonio, bajo pretexto de humildad, consiguió alejarla durante más de un año de la práctica de la oración mental, alma de la vida carmelita. «Hízome en esto gran batería el demonio y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que - como ya he dicho- la dejé año y medio o al menos un año (...) y no fuera más, ni fue, que meterme yo misma sin haber menester demonios que me hicieran ir al infierno.

¡Oh, válgame Dios, qué ceguera tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio para su propósito en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida y que todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello».

«Bajo apariencia de bien, afirma san Vicente de Paúl, el diablo seduce al mal. Propone la cosa (malvada) como muy dulce y útil, añade salsa para que se encuentre agradable. Si ve que no se acepta su propuesta, que se resiste a esta primera tentación, cambiará la salsa».

Los maestros espirituales señalan una tentación del diablo frecuente entre las personas preocupadas por su progreso espiritual. Bajo el pretexto de una influencia apostólica más grande, el demonio les hace desear una ocupación distinta de la suya. «Es el mal de los males para los que tienen buena voluntad, decía San Francisco de Sales, querer estar siempre donde no pueden y no querer estar donde pueden». Creando la confusión entre las almas Satanás quiere alejarlas de la voluntad de Dios.

San Francisco de Sales desvela otra insidia de Satanás: hacernos comenzar muchas cosas al mismo tiempo para impedir que las acabemos. «Con frecuencia el enemigo intenta que emprendamos y comencemos varios proyectos para que, abrumados por el excesivo trabajo, no acabemos nada y dejemos todo imperfecto. Alguna vez incluso nos sugiere el deseo de emprender alguna tarea excelente que prevé que no llevaremos a término para alejarnos de realizar una menos excelente que podríamos realizar fácilmente. Porque a él no le preocupa en absoluto que se hagan muchos proyectos y comienzos mientras no se concluya nada.»

El santo ilustra su pensamiento con gustosas comparaciones: «No hay que comer tanta carne que no se pueda digerir lo que se toma. El espíritu seductor nos para en los inicios haciendo que nos contentemos con una florida primavera; pero el Espíritu divino nos hace mirar los comienzos sólo para llegar al fin y nos hace alegrarnos de las flores de la primavera sólo con la pretensión de gozar de los frutos del verano y del otoño».

Conducir al activismo

Otra tentación de los cristianos fervientes: el activismo. «Cuando el diablo no puede lograr directamente que obremos mal, nos lleva a abrazar más bien del que podemos atender y nos sobrecarga..., hasta que nos encontramos abrumados bajo un peso demasiado grande y una carga

excesivamente pesada.» Así se expresaba uno de los más grandes hombres de acción de la historia de la Iglesia, San Vicente de Paúl, en una «conversación con los seminaristas sobre los excesos que hay que evitar en el amor a Dios ».

Gerson, canciller de la universidad de París, autor de un tratado sobre las diversas tentaciones del diablo, señala entre otros los artificios siguientes: sugerir empresas demasiado difíciles para provocar el activismo; impulsar a recitar una multitud de oraciones para quitar el gusto y para alimentar un orgullo sutil a costa de los deberes de estado; impulsar a abstenerse de hacer el bien bajo el pretexto de la modestia y de la humildad; suscitar la cólera en los otros bajo el pretexto de corrección fraterna; inducir a la complacencia en las dulzuras de la devoción hasta el punto de hacer de ellas el objetivo de la vida interior.

¡Qué realismo en este análisis del corazón del hombre y de las insidias de Satanás! ¡Qué bien ilustra la máxima de Santo Tomás de Aquino los artificios sugeridos por Satanás: una cosa es lo que el diablo parece ofrecer y otra es el objetivo secreto que desea!

¿El objetivo presentado? Una actividad febril, una catarata de oraciones, una actitud de humildad, un compromiso social, una piedad sentimental. ¿El objetivo buscado? El activismo, ruina de la vida espiritual; el formalismo, cáncer de la piedad; un simulacro de modestia, alimento secreto del orgullo; un amor del hombre separado del amor de Dios; una devoción sin fundamento dogmático; un desánimo angustioso y paralizante.

El más difícil de descubrir

En su estudio sobre la demonología de San Juan de la Cruz, el padre Nilo di San Brocardo señala que engañar y engaño son las palabras empleadas con más frecuencia por el Doctor místico cuando habla de las actividades de Satanás. «El diablo, escribe, se transfigura, sabe transfigurarse, disimular, enmascararse, difundir errores y mentiras, en una palabra: sabe engañar. Y todo esto con un objetivo: dañar espiritualmente al alma. Para separarla de la vía segura de la fe se insinúa con delicadeza y discreción; no le faltan por otra parte habilidad, artificios y astucia».

El Santo Doctor establece una comparación entre los tres enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne. «El mundo es el enemigo menos dificultoso. El demonio es más oscuro de entender. La carne es más tenaz que todos, .y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo».

«Sus tentaciones y astucias (del demonio) son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos, mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra».

San Juan de la Cruz insiste por lo importante que le parece esta verdad: «No hay poder humano comparable al suyo (al del diablo); sólo la potestad divina lo supera, sólo la luz divina es capaz de desenmarañar sus artificios».

La sola perspicacia humana no basta para desenmascarar a Satanás, sólo con la fuerza humana no se le puede rechazar. Es necesario ante todo la virtud de la fe. «Yendo el alma vestida de fe, no ve ni atina el demonio a ofenderla, porque con la fe va muy amparada, más que con todas las demás virtudes, contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo».

EL MECANISMO DE LA TENTACIÓN

Un prelado que por su misión ha sido llamado a profundizar en la doctrina católica sobre los ángeles malos, el Cardenal L. J. Suenens, Arzobispo emérito de Bruselas-Malines, esboza el cuadro siguiente de la fe de los cristianos contemporáneos en la existencia de los demonios.

«Hay que reconocer que existe hoy entre los cristianos cierto malestar sobre el tema de la existencia del o de los demonios. ¿Mito o realidad? ¿Se debe relegar Satanás al reino de los fantasmas? ¿Consiste simplemente en la personificación simbólica del Mal, un desagradable recuerdo de un edad pre-científica ya pasada?

»Numerosos cristianos optan por el mito: los que aceptan su realidad se sienten inhibidos y molestos al hablar del demonio, por miedo a que parezca que aceptan la imaginería popular que le rodea y que desconocen los progresos de la ciencia.

»La catequesis, la predicación, la enseñanza teológica en las universidades o los seminarios evitan generalmente el tema. E incluso donde se discute la existencia del demonio, no se aborda apenas el examen de su influencia en el mundo. El demonio ha conseguido hacerse considerar un anacronismo: es el culmen de su éxito sobre nosotros.

»En estas condiciones, el cristiano de hoy en día necesita valor para afrontar la ironía fácil y la sonrisa compasiva de sus contemporáneos. Y más si se tiene en cuenta que reconocer la existencia del demonio no encaja casi nada con lo que Léon Moulin llama el optimismo pelagiano de nuestra época.

»Más que nunca, por tanto, se invita al cristiano a confiar en la Iglesia, a dejarse conducir por ella... ».

El cuadro trazado por el cardenal Suenens parece sombrío. Quizá sería todavía más sombrío si se analizara la opinión de los cristianos que creen en la existencia del diablo, por lo mucho que se ha diversificado. ¿No parecen considerar muchos las tentaciones del diablo como algo que afecta a una élite espiritual, a los santos? El común de los cristianos no sería apenas objeto de los asaltos e insidias de Satanás.

¿Existencia de Satanás? ¡Sí! ¿Un peligro inmediato para todos y cada uno? ¡No! Y, sin embargo, todos y cada uno, enseña la Iglesia, pueden ser objeto de las insidias y de los asaltos del diablo como, por otra parte, todos y cada uno pueden beneficiarse de la compañía fraternal de un ángel guardián. He aquí la importancia, para los cristianos, de tener sobre este tema ideas fundadas en la doctrina de la fe.

Satanás en nuestra vida cotidiana

Cuando la Iglesia, el martes por la noche a la hora de Completas, exhorta con San Pedro a los hombres a la vigilancia, a la sobriedad y a la oración frente a su adversario que ronda como león rugiente buscando a quién devorar, ¿no está pensando en todos sus hijos?... Cuando, con San Pablo... , el Concilio Vaticano II recuerda a los fieles que, junto con la carne y la sangre, deben combatir también contra el poder de las tinieblas, ¿no se dirige también al conjunto de los hijos de la Iglesia? (Lumen gentium, 35).

Estos ataques de Satanás, ¿cómo se realizan en la vida cotidiana? Estamos ante una cuestión importante que merece ser dilucidada. Pero si recorréis las publicaciones cristianas (libros, periódicos, revistas) que escriben sobre el diablo, constataréis muy a menudo, con sorpresa, que los autores tratan explícitamente de todo, excepto este punto particular: la acción concreta del diablo en la vida común de los hombres. Como remarca el cardenal Suenens: «Incluso en los lugares en los que se discute sobre la existencia del demonio, apenas se aborda el examen de su acción...».

Mostrando gran erudición, los teólogos os hablarán de los demonios en el Antiguo Oriente, en la Antigüedad griega y latina. Os describirán el lugar de los demonios en el pensamiento y en las costumbres de la Edad Media. Por último, expondrán la demonología de los Padres, de los Doctores de la Iglesia y de los teólogos modernos. Pero estos sabios autores os dirán poco o nada sobre lo que más os interesa saber como criaturas en marcha hacia vuestro destino eterno: el modo concreto en el que influyen los demonios en vuestra conducta diaria.

¡Qué me importan las investigaciones y las especulaciones de la demonología si ignoro las verdades reveladas por Dios mismo sobre los ardides de estos seres terribles que rondan continuamente alrededor de mí para separarme del camino recto y para alejarme de Dios!

Es ciertamente útil hablar de las diversas acciones de Satanás que llegan hasta la obsesión y la posesión como conviene iluminar a los fieles sobre los diferentes modos de exorcismo, indicando, por ejemplo, que el gran exorcismo está reservado al obispo y a sus delegados.

También es saludable revelar a los fieles, a través de la hagiografía, las jugadas que los demonios son capaces de hacer a los amigos de Dios como San Francisco de Asís, San Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas, el Santo Cura de Ars, Don Bosco y, más cerca de nosotros, el Padre Pio de Pietralcina, capuchino estigmatizado. Podemos decir con seguridad a partir de sus propias confidencias que sufrieron pruebas tremendas. Y es que Dios puede permitir que sus servidores más fervientes sean sometidos a tentaciones y a vejámenes increíbles para su purificación y su progreso espiritual.

Pero nos resulta ciertamente más útil y saludable conocer, también y sobre todo, la actitud y las estrategias de Satanás con los fieles comunes.

Sólo Dios puede embridar a Satanás

Pues bien, iluminada por la Revelación y guiada por una sana filosofía, la Iglesia me enseña que el demonio tiene cierto poder sobre mí que me puede ser fatal. No puede alcanzar directamente mi inteligencia y mi voluntad, facultades completamente espirituales y accesibles sólo a Dios, pero puede, con sus poderes, afectar mis sentidos externos como la vista, el tacto, el oído, y mis sentidos internos como la memoria, la fantasía y la imaginación. Excepto una intervención de Dios ningún poder humano puede impedir a Satanás que actúe, por ejemplo, sobre mi vista o sobre mi imaginación.

Ninguna muralla, ninguna puerta blindada, ningún guardaespaldas es capaz de impedir la influencia de Satanás sobre la memoria o sobre la fantasía de un hombre. Por rigurosa que sea la clausura de un Carmelo, no podrá impedir que el demonio atraviese sus muros -como un sonido atraviesa una pared- para sugerir en el alma de una monja, a través de imágenes mundanas, incertidumbre sobre su vocación y estimularla a dejar el convento. Por muy atenta que esté una madre de familia en su tarea educadora, no podrá impedir que el diablo introduzca en la imaginación de sus niños secuencias con imágenes turbadoras. Por muy alta que sea la autoridad de un sacerdote y resplandezca su santidad, no podrá substraerse a las incursiones hipócritas de Satanás en su memoria y en su fantasía.

En resumen, diría el Santo Cura de Ars, no hay que creer que existe un lugar de la tierra en el que podamos escapar a la guerra que nos hace el demonio a través de nuestra imaginación y nuestra memoria. «Encontraremos al demonio por todas partes, y por todas partes intentará quitarnos el cielo; pero por todas partes y siempre podemos vencer. »

Un maestro espiritual contemporáneo, el padre Joseph Guibert, s.j., describe de este modo la fuerza y, al mismo tiempo, los límites del poder del demonio sobre nuestra sensibilidad y sobre nuestra imaginación:

«La sugestión exterior (del demonio) no alcanzará nunca más que de modo indirecto la inteligencia y la voluntad. Los hombres, en efecto, sólo pueden alcanzar estas facultades a través de nuestros sentidos, por la palabra oral o escrita, o por sensaciones diversas: ver, tocar... provocadas en nosotros, y que despiertan en nuestra alma imágenes y sentimientos; los demonios sólo pueden actuar directamente sobre nuestra sensibilidad y nuestra imaginación. Pueden, por lo tanto, suscitar imágenes en nosotros, agruparlas y así sugerirnos ideas, excitar movimientos de nuestra sensibilidad y, como consecuencia, de nuestra voluntad, pero sin poder alcanzar jamás directamente nuestras facultades espirituales. Los demonios pueden, sin embargo, lo que no pueden los hombres, al poder actuar inmediatamente sobre nuestros sentidos interiores, nuestra imaginación, nuestra sensibilidad y las reacciones orgánicas más profundas de nuestro cuerpo. Éste será el campo propio de su actividad tentadora. Nos harán imaginar relaciones falsas, provocarán en nosotros temores vanos, movimientos desordenados, etc.»

¡Potencia e impotencia de los demonios! Pueden obrar en nuestro psiquismo movimientos afectivos e impulsos pasionales que ningún psicólogo sabría provocar. y al mismo tiempo, son controlados por Dios que «ordena todas las cosas al bien de los que le aman».

El poder del demonio sobre nuestras facultades sensibles interiores (memoria, imaginación, fantasía) puede llegar a paralizar nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Se llega entonces a la obsesión y, en los casos extremos, a la posesión diabólica.

La mayor parte de los males penetran por ahí

Momento decisivo: una conciencia iluminada reconoce las sugerencias del diablo y entrevé la malicia. La voluntad se encuentra entonces frente a un dilema: adherirse al mal o separarse. ¿La voluntad se opone? Es un fracaso para el diablo. ¿Acepta la sugestión malvada? Se trata entonces de una primera victoria de Satanás. Otras victorias seguirán porque, una vez aceptada, la imagen pernicioso alargará sus tentáculos mortales como un pulpo. De este modo la conciencia psicológica del hombre puede convertirse en teatro de un duelo terrible.

San Juan de la Cruz es probablemente el maestro espiritual que más ha subrayado el carácter dramático de la opción que el espíritu del hombre está llamado a tomar ante los objetos que le presenta la imaginación. Tener el dominio de su sensibilidad y, muy especialmente, poseer un control perfecto de su memoria imaginativa es guardar «la puerta y la entrada del alma». Es tener en jaque al Maligno.

Con un perspicacia genial, San Juan de la Cruz describe el poder de los demonios sobre la memoria y la imaginación y, a través suyo, sobre el espíritu del hombre y sobre su conducta. Mediante los conocimientos registrados por la memoria y la imaginación, escribe el santo, el demonio puede tener una gran influencia sobre el alma. «El demonio, en efecto, puede añadir formas, noticias y discursos, y por medio de ellos afectar el alma con soberbia, avaricia, ira, envidia, etc., y poner odio injusto, amor vano, y engañar de muchas maneras. Y, allende de esto, suele él dejar las cosas y asentarlas en la fantasía de manera que las que son falsas, parezcan verdaderas, y las verdaderas falsas. Y, finalmente, la mayor parte de los engaños que hace el demonio y males al alma entran por las noticias y discursos de la memoria ».

Leemos bien: la mayor parte de los males..., la mayor parte de los errores... Es como decir que las fuerzas demoníacas se desencadenan principalmente no en los pocos seres poseídos por él, y que son objeto virtual de los exorcismos, sino en la cabeza y en el corazón del común de los hombres. Y esto sucede a lo largo de todo el día, y sin que sean conscientes la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres, jóvenes -o menos jóvenes, cultos o incultos. El demonio busca continuamente penetrar en la memoria y la imaginación de los hombres para realizar su tarea de odio y de mentira. Sobre la superficie de la tierra, legiones y legiones de demonios están continuamente actuando en la memoria y en la imaginación de los hombres, para separarlos de Dios. ¿No es esto una verdadera guerra, una guerra de dimensiones planetarias, ciertamente invisible, pero muy real?

Su influencia se expande como un gas deletéreo

Un teólogo carmelita, el padre Lucien Marie de San José, observa a propósito de la demonología de San Juan de la Cruz: «El santo sabe que el demonio es el enemigo más fuerte del hombre y el más taimado (Noche oscura, 1. 3, cap. 31), el más difícil de descubrir (Cautelas). Con habilidad, este Maligno utiliza el mundo y la carne como sus dos acólitos más fieles (Cántico espiritual, 3, 5). El santo no teme decir que el demonio causa la ruina de una gran multitud de religiosos en el camino de perfección (Cautelas). No, ciertamente, porque les haga perderse para siempre, sino porque les impide realizar su ideal de santidad. Que sonría quien quiera: no hay poder humano que se acerque al suyo y por eso, sólo el poder divino es capaz de vencerlo, y sólo la luz divina es capaz de descubrir sus tramas» a través de la imaginación y de la memoria.

«El diablo -escribe un autor espiritual despliega sus energías, por decirlo de algún modo, en el vestíbulo del alma, en la zona fronteriza donde se encuentran el espíritu y la materia. Cuanto más indisciplinados son los sentidos más fuerte es la tendencia al placer, más poder tiene el orgullo, más impresionable es la fantasía, más fácil y más segura es la acción de Satanás».

El padre Sertillanges, o.p., da explicaciones análogas: «Al diablo le basta con entrar en la corriente de nuestras inclinaciones, en la sonrisa de las cosas que nos seducen; le basta con apoyarse en lo que cede, en oponerse a lo que tiende a subir. Su influencia se expande como un gas deletéreo que se absorbe sin darse cuenta».

Se comprende en consecuencia la importancia que los santos conceden a la ascesis: dominar la imaginación, controlar la memoria. Está en juego la conducta del hombre y su destino eterno. Una cerilla basta a veces para quemar un bosque. Una imagen perniciosa puede orientar toda una existencia hacia el mal. Satanás lo sabe.

UN ANTÍDOTO

«Dios, afirma el Concilio Vaticano 11, dispuso entrar en la historia humana de un modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en carne nuestra, a fin de arrancar por Él a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás y en Él reconciliar consigo al mundo».

Y, sin embargo, si contemplamos el mundo, ¿no nos parece que Cristo ha fracasado en su designio de sustraer los hombres al imperio de Satanás? ¿No continúa hoy el demonio su obra destructora como antes de la venida de Cristo? ¿No continúa siendo Satanás el «príncipe de este mundo»?

¿Qué responder a estas objeciones de peso?

Escuchemos a Santo Tomás de Aquino. Dios, dice, permite que el demonio tiende a ciertas personas, en determinado tiempo y lugar, según el designio escondido de sus juicios. Siempre, sin embargo, gracias

a la Pasión de Cristo, los hombres disponen de un remedio para protegerse contra las insidias del demonio y, si algunos son negligentes en emplear este remedio, esto no disminuye en nada la eficacia de la Pasión de Cristo.

Empleando una comparación se podría imaginar que un equipo de sabios descubre un medicamento eficaz contra todas las formas de cáncer. ¿Podrían afirmar estos sabios que su descubrimiento ha liberado a la humanidad para siempre del flagelo del cáncer? Sí y no. Sí, porque el descubrimiento ofrece a todos los cancerosos la posibilidad de librarse de su mal. No, porque de hecho, innumerables enfermos no se beneficiarán de este descubrimiento bien porque lo ignoren, bien porque no disponen de los medios materiales necesarios para conseguir el medicamento.

A disposición de todos

Lo mismo sucede con la gracia, este remedio soberanamente eficaz ofrecido a los hombres por la Pasión de Cristo. «Por su pasión, explica el Catecismo de la Iglesia Católica, Cristo nos libró de Satán y del pecado. Nos mereció la vida nueva en el Espíritu Santo. Su gracia restaura en nosotros lo que el pecado había deteriorado» (n. 1708). La gracia está ahí, a disposición de todos los hombres pero de hecho no todos se benefician, bien porque lo ignoran, bien porque la descuidan.

Unos excursionistas pueden, en una región montañosa desconocida, morir de sed a un centenar de metros de una fuente. La fuente existe, pero ellos lo ignoran. ¿Se imputará su trágico fin a la fuente? ¿No sería más correcto achacarlo a su inexperiencia? La Palabra de Dios lo afirma: Cristo ofrece a todos los hombres, sin contrapartida, por puro amor, la corriente de su gracia, potente antídoto contra Satanás. «Oh, todos vosotros los que estáis sedientos, venid hacia las aguas; aunque no tengáis dinero ¡venid!» (Is 55, 1).

¿Pero cuántos desconocen la fuente... y corren el riesgo de perder la vida? Aquel a quien Cristo llama el enemigo hace todo lo posible por alejar al hombre de esta fuente y separarlo de la gracia de Dios.

DIOS UTILIZA LA MALICIA DE LOS DEMONIOS

Un Padre de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, se dedicó especialmente a ilustrar a sus fieles sobre el papel de Satanás en la vida de la Iglesia. Decía a su pueblo: «Si se os pregunta por qué Dios ha dejado subsistir al demonio (después de su rebelión), responded: Dios le ha dejado porque, lejos de dañar a los hombres atentos y vigilantes, el demonio les resulta útil. No, ciertamente, por la maldad de su voluntad, sino por la esforzada resistencia de aquellos que utilizan su malicia para su provecho».

¿En qué consiste esta «esforzada resistencia» que consigue transformar un riesgo de caída en elevación espiritual? El demonio, ciertamente, empuja hacia el mal, y muy frecuentemente bajo la apariencia de bien. Pero el hombre fiel a Dios reacciona enérgicamente, rechaza la mano tendida y aumenta de este modo su apego al bien.

El demonio sugiere un acto de gula y el cristiano vigilante resiste, por amor de Dios. La tentación se convierte de esta manera en un acto que acerca a Dios.

Bajo el pretexto que se debe conocer el mundo en el que se vive, el demonio puede sugerir a un joven cristiano que vea una película de moda inconveniente o que lea una obra sutilmente antireligiosa «de la que habla todo el mundo». Con una enérgica reacción de fe, esta persona dirá no a la película o al libro y su relación con Dios se hará más profunda.

De este modo, sin que lo sepa y contra su voluntad, el Tentador puede contribuir indirectamente a la afirmación en el bien de aquellos a los que querría empujar al mal.

Benefactores a pesar suyo

Un teólogo, el padre Mauricio Flick, s.j., explica así la contribución de Satanás al progreso espiritual de los amigos de Dios: «Por odio a Dios y por envidia a los hombres, los demonios buscan hacer daño de todos los modos posibles. Tentando a los hombres, los ángeles rebeldes les dan ocasión de aumentar sus méritos y de crecer espiritualmente. Así, los demonios que no quisieron cooperar con Dios en la construcción del Cuerpo místico, cooperan a pesar suyo».

¿Hay que considerar a los ángeles rebeldes como benefactores del hombre en camino hacia su destino eterno? Santo Tomás de Aquino aborda la cuestión en su tratado de la Summa sobre la caridad. Se pregunta si, a causa de los beneficios que sin quererlo nos procuran indirectamente, los demonios no tienen derecho a nuestra simpatía. Su respuesta es clara: «Las ventajas que nos provienen de los demonios no son en absoluto debidas a su intención, sino a las disposiciones de la Providencia. Por esta razón, no estamos obligados a tener amistad con ellos, sino a ser los amigos de Dios, que torna en nuestra ventaja su intención perversa».

En una palabra, «la intención de los demonios es la de perder a las almas, precisa Santo Tomás, mientras que la intención de Dios es salvarlas».

San Juan Crisóstomo se expresa de modo análogo. «El diablo es causa de la salvación de un hombre no por su intención, sino por el hábil expediente de la Providencia».

SOMOS MÁS FUERTES

Algunas semanas después del clamoroso discurso del Papa Pablo VI sobre la acción del demonio en el mundo contemporáneo y en la Iglesia, L'Osservatore Romano publicó una selección de artículos sobre demonología (17 de diciembre de 1972). Uno de los colaboradores, el profesor Seattle, resumía así su pensamiento: «Si, por su astucia y por su poder, el demonio supera los límites de la naturaleza humana, no puede vencer a Cristo, nuestro hermano y nuestro Señor. Y tampoco nos puede vencer, en la medida en que estemos unidos a Cristo».

Los maestros espirituales insisten en ese punto: inferiores al diablo si contamos sólo con nuestras fuerzas naturales, somos decididamente superiores si estamos unidos a Cristo. «El alma que está unida a Dios -afirma San Juan de la Cruz- el demonio la teme como teme a Dios mismo».

Santa Teresa de Jesús confiesa, por su parte, que unida a Dios, no temía al demonio más que a una mosca o a una hormiga.

Así, San Pedro nos presenta al demonio como un león rugiente (1 P 5, 8) y Santa Teresa de Jesús como una mosca inofensiva. ¿Contradicción? ¿Evolución del pensamiento cristiano que, con el progreso de las ciencias, desmitificaría al diablo y se despediría de él según el título de un folleto? El autor fue objeto de una advertencia del Santo Oficio que le recordó los documentos del Magisterio sobre la existencia de los demonios.

No, no hay contradicción. Se trata de dos aspectos complementarios. Con el diablo sucede lo mismo que con el gigante Goliat. Según lo mirasen los ojos de los Israelitas aterrados por su prestancia, o los ojos del joven David, que confiaba en el Dios de Israel, el gigante aparecía como un león sanguinario o como una mosca inofensiva.

CRISTO VENCEDOR DE SATANÁS

«Considerando el mundo sin pesimismo, en la verdad, veo que las potencias de las tinieblas dominan, triunfan y amenazan con sumergirlo todo... » Así se expresaba hace poco tiempo, en el ocaso de su vida, un maestro espiritual contemporáneo, el siervo de Dios, padre Marie-Eugéne del Niño Jesús, carmelita descalzo. Y añadía: «no se trata ciertamente de ver al diablo por todas partes, sino de saber que está ahí y que actúa. El enemigo está en el campo de batalla e ignorarlo es exponerse a sus ataques».

¿Esto significa que todos los pecados se cometen por instigación de Satanás y que él es el gran responsable de los males del mundo contemporáneo?

Santo Tomás de Aquino rechaza una visión tan unilateral. El hombre herido por el pecado original puede deslizarse por sí mismo hacia el mal, sin ser empujado por una instigación exterior. En este sentido no se debería imputar al demonio todos los pecados que se cometen sobre la faz de la tierra.

Contrariamente, la inclinación del hombre al mal no existiría sin el peso del pecado original. En este sentido, se puede decir que Satanás está indirectamente en el origen de todos los pecados.

Un lugar colateral

Recordar estas verdades es lo mismo que decir que la demonología debe ocupar en la doctrina católica un lugar no central sino, en cierto sentido, «colateral», según la expresión de Juan Pablo II. «El Verbo está en el centro del Universo... Todas las cosas han sido creadas por Él y en vista de Él (Col 1, 16). Es decir, Cristo... está en el centro del universo... La verdad profunda... sobre Dios y sobre la salvación de los hombres constituye el contenido central de la Revelación... La verdad sobre los ángeles es en cierto sentido 'colateral' aunque inseparable de la revelación central que es la existencia, la majestad y la gloria del Creador. Los ángeles no son criaturas principales en la realidad de la Revelación, y, sin embargo, pertenecen a ella plenamente».

En su estudio sobre la demonología de San Juan de la Cruz, el padre Nilo o.c.d., subraya que «hay que reservar la mejor parte de nuestras energías y de nuestras preocupaciones hacia aquellas realidades que causan directamente nuestra santificación: el amor paternal y misericordioso del Señor; nuestra unión con Cristo Cabeza y Mediador; la acción del Espíritu Santo por la gracia; las virtudes y los dones; la inhabitación de la Trinidad en el alma del justo; la intervención de la Madre de Dios en la aplicación de los frutos de la Redención; la protección de los ángeles y la intercesión de los santos».

¿Cómo juzgar fenómenos aparentemente diabólicos? «Aquí nos encontramos en el dominio de las tinieblas en el que hay que avanzar con una prudencia extrema. No se puede evitar la pregunta: ¿qué es lo que depende del psiquismo de cada uno y qué es lo que denota con nitidez influencias diabólicas? No poseemos criterios seguros y decisivos. Todo lo que podemos decir es que no resulta razonable aceptarlas en bloque como manifestaciones diabólicas -es la tentación de tipo espiritualista-, pero que tampoco es razonable rechazarlas en bloque como fenómenos de histeria o alucinación: es la tentación de tipo racionalista».

Está en juego nuestro destino

Existe, de todos modos, una cuestión mucho más importante para los cristianos comunes como nosotros: ¿cómo precaverse contra las insidias y las astucias del diablo cuya presencia amenazadora está asegurada por San Pedro? Porque, al fin y al cabo, lo que nos importa no son las especulaciones y las hipótesis de los demonólogos sino el conocimiento de nuestras concretas posibilidades de defensa. Está en juego tanto nuestras relaciones con Dios y con los hombres como nuestro destino eterno.

Ahora bien, todo lo que fortifica nuestra vida espiritual -oración, sacramentos y sacramentales, ascesis, meditación y contemplación, trabajo practicado con espíritu de fe y de amor- todas estas actividades contribuyen a reforzar nuestras estructuras espirituales y, por lo tanto, a prepararnos para los ataques y las astucias de Satanás.

Santo Tomás de Aquino subraya especialmente el papel de la Eucaristía y, con San Juan Crisóstomo, observa que «cuando volvemos de la Santa Mesa, somos como leones que soplan fuego, temibles para los demonios». ¿Y por qué razón nos hacemos temibles? Porque «entonces llevamos en nosotros a Cristo, vencedor de Satanás», comenta el Padre R. Garrigou Lagrange o.p.

El enemigo más temible

Con un lenguaje de fuego, San Luis María Grignon de Montfort describe el poder extraordinario de María sobre los demonios: «María es el enemigo más terrible que Dios ha hecho contra el demonio...

Él le ha dado, desde el paraíso terrenal, aunque entonces no estaba más que en su mente, tanto odio contra este maldito enemigo de Dios, tanta habilidad para descubrir la malicia de esta antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, tumbar por tierra y destrozarse a este orgulloso impío, que el diablo la teme no sólo más que a todos los ángeles y a los hombres sino, en cierto sentido, más que a Dios mismo. Y esto no porque la ira, el odio y la potencia de Dios no sean infinitamente más grandes que las de la Santa Virgen, puesto que las perfecciones de María son limitadas sino, primero, porque como Satanás es

orgullosa, sufre infinitamente más siendo vencido y castigado por una pequeña y humilde sierva de Dios: su humildad le humilla más que el poder divino; segundo, porque Dios ha dado a María un poder tan grande contra los diablos que éstos temen más, como se han visto a menudo obligados a confesar a pesar suyo por la boca de sus poseídos, uno de sus suspiros por un alma que las oraciones de todos los santos, y una de sus amenazas que todos los demás tormentos ».

Estos transmisores de la gracia

El padre Marie-Eugéne del Niño Jesús pone de relieve la fuerza de los sacramentales para detener el ataque del demonio. Nota que entre éstos Santa Teresa de Jesús utilizaba particularmente el agua bendita: «De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más, para no tornar. Debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es muy ordinario sentir una recreación, que no sabría yo darla a entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acaecido sólo una vez, sino muy muchas y lo he mirado con gran advertencia».

La misma Santa Teresa cuenta como, después de ser atormentada cruelmente por el diablo, logró finalmente liberarse. «Como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen, pediría agua bendita. Me la trajeron y me la echaron a mí, y no aprovechaba; la eché hacia donde estaba el demonio, y se fue y me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos».

«La Iglesia, comenta el padre Marie Eugéne del Niño Jesús, en las diversas oraciones de la bendición del agua, pide con insistencia que a este agua se le conceda el poder de `poner en fuga toda la potencia del enemigo, extirpar a este enemigo con todos los ángeles rebeldes y expulsarlo..., destruir la influencia del espíritu inmundo y alejar a la serpiente venenosa...' . Se comprende, por lo tanto, añade el padre Marie Eugéne del Niño Jesús, la deposición de la venerable Ana de Jesús, secretaria de la santa, en el proceso de beatificación: `La Santa no emprendía jamás un viaje sin llevar agua bendita. Sufría mucho si se le olvidaba. Por eso todas nosotras llevábamos un pequeño frasco de agua bendita colgado de la cintura y ella quería llevar el suyo'. ¡Es que la reformadora del Carmelo conocía por experiencia el poder de Satanás!

Alguno sonreirá ante esta costumbre de una mujer extraordinaria, elevada por el Papa Pablo VI a la dignidad de Doctora de la Iglesia universal, pero sus consejos son válidos también para el hombre de hoy. San Juan de la Cruz propone un expediente radical contra la influencia de Satanás en nuestra imaginación: en lugar de discutir con el Tentador, conviene elevar inmediatamente nuestro espíritu hacia Dios por un acto de fe o de amor. Es lo que el santo llama un acto «anagógico». Uniendo nuestros afectos a Dios, sucede que el alma deja las cosas de la tierra, se presenta delante de Dios y se une a él. La tentación del enemigo queda así frustrada y derrotada. La idea de realizar el mal queda sin objeto. En este momento el diablo ya no puede alcanzar ni herir al alma porque ya no se encuentra en el lugar en el que esperaba encadenarla por el juego de la imágenes.

La alegría espiritual, antídoto soberano

San Francisco de Asís padeció mucho a causa de los demonios. Como indica Tomás de Celano, su primer biógrafo, el Poverello recomendaba a sus hermanos la alegría espiritual como antídoto contra el poder del diablo. Francisco afirmaba que la letizia spirituale es el remedio más seguro contra las mil astucias e insidias del enemigo. Decía, en efecto: «el diablo exulta sobre todo cuando puede quitar a los servidores de Dios la alegría del espíritu » (cfr Ga 5, 22). El demonio se esfuerza por echar polvo en los pliegues de la conciencia y ensuciar así el candor del espíritu y la pureza de la vida. Pero, proseguía San Francisco, si la alegría del espíritu llena el corazón, la serpiente intentará inyectar su veneno mortal completamente en vano. Los demonios no pueden causar mal alguno al servidor de Cristo cuando le ven santamente alegre. Cuando, al contrario, el espíritu está melancólico, desolado y doliente, se deja abrumar por la tristeza o conducir hacia cosas frívolas.

Francisco, añade Tomás de Celano, se esforzaba por permanecer siempre alegre de corazón y conservar la unción de la alegría. Evitaba con gran cuidado la melancolía a la que denominaba el peor de todos los males. En cuanto notaba algún síntoma corría sin tardanza a la oración para no dar lugar a Satanás.

Santo Tomás de Aquino señala que existen tres medios que nos ayudan a rechazar los asaltos de Satanás: la alegría espiritual, la oración ferviente, el trabajo hecho con espíritu de fe. «La alegría espiritual arma al hombre contra Satanás; la alabanza de Dios es una fuerza que contribuye mucho a rechazar al diablo; el trabajo bien hecho elimina el ocio, terreno propicio para la acción de los demonios».

En la lucha contra Satanás, ¿no es interesante constatar la gran importancia que se asigna a la alegría espiritual por dos gigantes de la santidad, tan diferentes el uno del otro, como San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino? Sin embargo, pensándolo bien, no es de extrañar esta convergencia. Los santos, todos los santos, ¿no son movidos por el mismo Espíritu, fuente inagotable de profunda alegría?

LA LUCHA DE LOS SANTOS CONTRA EL DIABLO

El Papa San Gregorio Magno nos ha dejado en sus Diálogos el relato de una violenta tentación de San Benito. Tuvo lugar en el monte Subiaco, en una gruta conocida hoy con el nombre de Sacro speco (santa gruta), lugar de frecuente peregrinación.

«Un día, mientras estaba solo, el Tentador lo asaltó. Un pequeño pájaro negro, al que se denomina vulgarmente mirlo, se puso a revolotear alrededor de su cara y a posarse tan inoportunamente sobre su rostro que habría podido cogerlo con la mano si hubiera querido, pero hizo la señal de la cruz y el pájaro desapareció. Sin embargo, cuando el pájaro se fue, le sobrevino una tentación carnal tan fuerte como nunca antes había experimentado. Había visto en una ocasión anterior a una mujer; el espíritu maligno se la volvió a poner delante de los ojos del alma y la iluminó con un fuego tal que el espíritu del servidor de Dios apenas podía retener en su corazón la llama del amor de modo que, vencido por la sensualidad, había decidido ya prácticamente abandonar el desierto. Pero de pronto, visitado por la gracia de Dios, volvió en sí. Y al ver una densa mata de ortigas y cardos que había crecido en las cercanías se despojó de su vestido y se tiró desnudo en este matorral de espinas agudas y de ortigas. Se revolcó durante largo tiempo y cuando salió tenía herido todo el cuerpo pero, gracias a las heridas de la piel, había expulsado de su corazón la herida del alma, porque había transformado la sensualidad en dolor. Inflagándose un castigo, se había quemado virtuosamente por fuera, pero de este modo había extinguido la llama que le consumía por dentro. »

San Gregorio Magno añade: «desde este momento, como él mismo aseguró a continuación a sus discípulos, dominó de tal modo la tentación de la sensualidad que nunca más le ocurrió nada parecido».

Fue así como el padre del monaquismo occidental, violentamente tentado por el diablo, consiguió la victoria por un gesto heroico de ascesis.

San Gregorio Magno señala que esta victoria sobre Satanás valió a Benito un aumento de influencia espiritual: muchos hombres, abandonando las vanidades del mundo, acudieron a la escuela de la ermita de Subiaco.

Una pregunta: ¿habríamos tenido la orden de los benedictinos y todas las familias religiosas procedentes de este tronco si San Benito, en una hora fatídica de su vida, no hubiera sabido resistir heroicamente al Tentador?

El demonio me inspiraba...

Una joven monja francesa sufrió también, el 7 de septiembre de 1890, en el Carmelo de Lisieux, la víspera de su profesión, una tentación plena de repercusiones sobre su vida e incluso sobre el desarrollo de la Iglesia universal.

«Se elevó en mi alma una tempestad como nunca antes había experimentado, escribe sor Teresa del Niño Jesús en la Historia de un alma. Nunca había tenido una sola duda sobre mi vocación pero era necesario que pasase por esta prueba. Por la noche, haciendo mi Vía Crucis después de maitines, mi vocación me pareció un sueño, una quimera... la vida del Carmelo me parecía hermosa, pero el demonio me inspiraba la seguridad de que no estaba hecha para mí, que engañaba a las superiores avanzando por un camino al que no estaba llamada... Mis tinieblas eran tan grandes que no veía ni comprendía más que una sola cosa: ¡no tenía vocación! ¡Ah! ¿Cómo describir la angustia de mi alma?... Me parecía (algo absurdo, que muestra cómo esta tentación era del demonio) que si comunicara mis temores a mi maestra, me impediría pronunciar mis santos votos; sin embargo, quería hacer la voluntad del Buen Dios y volver al mundo antes que quedarme en el Carmelo haciendo la mía. Hice por tanto salir a mi maestra y, llena de confusión, le confié el estado de mi alma... Felizmente, vio con más claridad que yo, y me dio una

seguridad completa; por otra parte, el acto de humildad que había hecho acabó por poner en fuga al demonio que pensaba quizá que no osaría confesar mi tentación. Tan pronto como acabé de hablar, mis dudas desaparecieron; sin embargo, para hacer más completo mi acto de humildad, quise confiar mi extraña tentación a nuestra Madre que se contentó con reírse de mí».

Se puede plantear la cuestión: ¿qué habría sucedido si, cediendo a estas falaces sugerencias de Satanás preocupado por alejar de su vocación religiosa a «la santa más grande de los tiempos modernos», Teresa Martin hubiera abandonado el Carmelo para volver al mundo? ¡Qué empobrecimiento para la Iglesia e incluso para el mundo si el diablo hubiera logrado impedir la potente influencia de la «maestra de la infancia espiritual»! ¡Y qué clamorosa victoria para el adversario del Reino de Dios!

El Papa Pío XI planteó una cuestión análoga a propósito de otra prueba victoriosamente superada. Evocando la tentación contra la castidad afrontada por Santo Tomás de Aquino en su prisión de Roccasecca, el Papa indicó que «si la pureza del santo se hubiera ensombrecido en esta circunstancia, es probable que la Iglesia no hubiera tenido jamás su Doctor Angélico» .

Renunciar a su proyecto y hacer como todo el mundo

Como indica el cardenal Charles Journet «el espíritu maligno probó cruelmente» a Nicolás de Flue, patrón de Suiza (1417-1487). Fue al comienzo de su vida de eremita en el Ranft. Satanás le golpeaba «con tal violencia que los que venían a visitarle le encontraron varias veces medio muerto».

El santo ermitaño cuenta que el diablo, según le parecía, había venido una vez «en forma de gentilhomme, con vestidos ricamente adornados, montado en un hermoso caballo. Después de un largo coloquio le había aconsejado renunciar a su propósito y actuar como los demás porque, de otra manera, no podría merecer la vida eterna».

Se trataba, por tanto, de impedir a Nicolás vivir únicamente para Dios y glorificarle a través de su vida de asceta y de contemplativo.

Un contemporáneo cuenta que «a menudo el demonio invadía la celda (de Nicolás de Flue) con un ruido tal que parecía que toda la construcción estaba a punto de hundirse. A veces se presentaba bajo formas horribles, así a Nicolás por los cabellos y le sacaba fuera a pesar de su resistencia».

Y el cardenal Journet comenta: «Todo cristiano sabe que el príncipe de este mundo, que ha venido a tentar a Jesús en el desierto, no dejará reposar a sus discípulos, sobre todo a los mejores».

Como por encanto

Que Satanás se sabe disfrazar de acuerdo con las circunstancias, es algo que los santos han experimentado con frecuencia. Pienso en el padre Marie-Eugéne, santo religioso carmelita (1894-1966) que he conocido bien. Su causa de canonización está iniciada. Profundo conocedor de Santa Teresa del Niño Jesús, hablaba de ella con ardor. Un día en el que, siendo un joven religioso, predicaba un retiro en un Carmelo en Francia, le advirtieron que una monja deseaba encontrarlo en el locutorio. Se dirigió hacia allí y se topó con el rostro de una religiosa... que se asemejaba exactamente al de Santa Teresa del Niño Jesús. «Comenzó a hablarme, tuvo que confiar el padre Marie-Eugéne, y me hizo todo tipo de cumplidos.» Le felicitó por su predicación, le aseguró que llegaría a ser un gran predicador, etc. Cuanto más hablaba la religiosa más a disgusto se sentía al comenzar a sospechar cuál era el espíritu que animaba a su extraña visitante... Para tener el corazón en paz le preguntó: «Hermana, permíteme que os haga una pregunta: ¿qué es la humildad?». Ante estas palabras la religiosa desapareció como por encanto. El padre Marie-Eugéne reconoció al demonio. Porque, afirmaba, el diablo no puede resistir a la humildad. Satanás había tomado la forma de la pequeña santa de Lisieux para engañar más fácilmente al padre y hacerle caer en un pecado de orgullo.

No lo habría creído jamás

Corría el año 1862. La labor de San Juan Bosco en Turín se encontraba en pleno desarrollo. Al comienzo de febrero, sus colaboradores remarcaron, sin embargo, que la salud del fundador declinaba. Pálido, abatido, más fatigado que de costumbre, Don Bosco necesitaba evidentemente reposo.

Interrogado por sus hermanos, el santo acabó por revelar la causa de su enfermedad:

-Tendría necesidad de dormir... Hace cuatro o cinco noches que no cierro los ojos...

-Entonces, dormid, le dijeron. No trabajéis hasta tan tarde por la noche...

-¡Oh!, no es que yo quiera velar, sino que hay alguien que me hace velar a pesar mío.

Don Bosco, ante la insistencia de sus hermanos, les reveló al fin el drama que cada noche, desde hacía una semana, sucedía en su habitación.

Desde hacía varios días, el espíritu maligno jugaba con el pobre Don Bosco y le impedía dormir... Apenas se dormía era despertado bruscamente por una voz de trueno que lo aturdía. Un viento tempestuoso invadía la habitación, lo sacudía y desparramaba sus papeles y sus libros.

Precisamente en estos días Don Bosco estaba ocupado en corregir las pruebas de un opúsculo de vulgarización sobre el diablo: El poder de las tinieblas.

Y esto no es todo. Algunas noches, apenas dormido, el santo fundador era despertado por la aparición en la puerta de su habitación de un monstruo horrible que se acercaba a su cama, dispuesto a lanzarse sobre él. Sucedió incluso que, en pleno sueño, una mano invisible le quitaba las mantas de la cama. A veces, una fuerza misteriosa hacía temblar incluso la cama del santo.

Compadecido, un religioso, el padre Angelo Savio, ofreció a Don Bosco dormir en una habitación vecina a la suya para que, en caso de alerta, pudiese levantarse pronto y prestarle asistencia.

A mitad de la noche siguiente, el joven salesiano se despertó de golpe por un estruendo tremendo. Aterrorizado, emprendió la huida «aunque era un hombre muy valiente».

Después de algunas semanas las vejaciones del mundo satánico contra Don Bosco cesaron.

-Os aseguro -dijo Don Bosco a sus amigos- que si me hubieran contado todo lo que he visto y oído, ciertamente, no lo habría creído.

Evocando delante de los jóvenes las terribles noches vividas entonces, Don Bosco fue interrumpido por un muchacho:

-¡Yo no tengo miedo del diablo!

-Cállate -respondió el santo con una voz vibrante que sorprendió a los testigos-. ¡Cállate, no digas eso! Tú no sabes lo que el diablo podría hacer si el Señor se lo permitiera!

-Sí, sí. Si yo viera al demonio, lo cogería por el cuello y sería él quien tendría problemas.

-No digas tonterías, te morirías de miedo si lo vieras.

-Entonces haría la señal de la cruz..

. -Eso sólo tendría efecto durante un instante.

-Y usted, Don Bosco, ¿cómo hace para rechazarlo?

Don Bosco no reveló su secreto y añadió: «Lo que es cierto es que no deseo a nadie pasar por los terribles momentos por los que he pasado. Y hay que rezar a Dios para que no permita nunca a nuestro enemigo atormentarnos de esta manera».

¿Qué hubiera sucedido si, en lugar de resistir a las vejaciones de Satanás, San Juan Bosco se hubiera desanimado y hubiese renunciado a continuar su labor? ¿Qué vacío habría aparecido en la historia de la Iglesia y de la sociedad sin la obra de Don Bosco y de su familia religiosa!

Los ángeles de luz vencen a los ángeles de las tinieblas

¡Cómo aciertan los maestros espirituales cuando señalan que el diablo tienta preferentemente a los amigos de Dios que son más piadosos y a los hombres y a las mujeres destinadas a una misión especial en la Iglesia!

Ciertamente San Benito, Santa Teresa del Niño Jesús y San Juan Bosco han necesitado gracias especiales para rechazar la mano de Satanás durante las tentaciones. Ahora bien, Dios las concede ordinariamente por el ministerio de los ángeles custodios. Para que la lucha entre el hombre y Satanás no esté desequilibrada, observa Santo Tomás de Aquino, Dios nos asegura la ayuda de la gracia y la protección de los ángeles.

Así se compaginan dos textos densos de la Sagrada Escritura que abren perspectivas infinitas a nuestro espíritu.

Por un lado, la advertencia de San Pedro: « ¡Sed sobrios y vigilad! Vuestro adversario, el diablo, anda como león rugiente buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe» (1 P 5, 8-9).

Por el otro, la confiada afirmación del Salmista: «No te llegará la calamidad ni se acercará la plaga a tu tienda. Pues te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, y ellos te

levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras; pisarás sobre áspides y víboras y hollarás al león y al dragón» (Sal 91,10-13).

Las insidias preparadas por los ángeles de las tinieblas son numerosas pero la ayuda que nos ofrecen los ángeles de la luz es poderosa; más poderosa.

El Rey Aram de Siria estaba en guerra con Israel. El profeta Eliseo, a quien quería capturar, se encontraba en Dota. Aram envió allí caballos, carros y una tropa nutrida, los cuales llegaron de noche y rodearon la ciudad. Al día siguiente, el criado del hombre de Dios se levantó muy temprano y salió: vio que un buen número de soldados rodeaba la ciudad con caballos y carros y dijo a Eliseo: «¡Ah, mi Señor! ¿qué vamos a hacer?». Eliseo respondió: «¡No temas! Los que están con nosotros son más numerosos que los que están con ellos». Eliseo rezó así: «¡ Señor, ábrele los ojos para que vea! ». El Señor abrió los ojos del criado y vio que la montaña estaba llena de caballos y carros de fuego que rodeaban a Eliseo» (cfr 2 R 6, 12-17).

Señor Jesús, tú que has vencido a Satanás por tu Pasión y Resurrección, dignate disipar nuestro miedo al Malvado y a sus legiones, haciéndonos comprender que «los que están con nosotros son más numerosos que los que están con ellos».

Señor, dignate concedernos que veamos con los ojos de la fe lo que no podemos ver con los ojos de la carne: «los caballos y carros de fuego», imagen del invisible ejército de ángeles de luz que nos rodea y nos custodia.